

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXV

Nº4

ABRIL 2012



NUESTRA PORTADA:

SANTIAGO MATAMOROS

Obra de Castro Canseco, finales siglo XVII. Madera tallada, dorada y policromada. Catedral de Ourense.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Maquetación, administración y fotocomposición: Oficina de Informática, Obispado de Ourense.

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXV

Abril 2012

Nº 4

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

- Homilía. Misa Crismal, S. I. Catedral Basílica de San Martín..... 433
Homilía. Homilía en la Vigilia Pascual, S. I. Catedral Basílica de San Martín 280

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

- Defunciones..... 445

Vicaría de Pastoral

- Delegación de Liturgia. “La mesa de la palabra en la celebración litúrgica” 446

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

- Nota sobre una Resolución del Tribunal Europeo de Derechos Humanos 467
Fallecimientos episcopales 468

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

- Angelus 473
Regina Caeli..... 474
Audiencias..... 476
Cartas..... 487
Discursos..... 491
Homilías 496
Mensajes 512

CRÓNICA DIOCESANA

- Abril..... 529



LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

Misa Crismal, S. I. Catedral Basílica de San Martín, 4 de abril de 2012

Gracia y paz a vosotros de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra (...) Aquel que nos amó, nos ha librado de nuestros pecados(...)nos a convertido en un reino y ha hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Con estas palabras del libro del Apocalipsis que acaba de ser proclamado en esta liturgia de la **Misa Crismal**, os saludo con especial afecto a todos y a cada uno de vosotros mis queridos hermanos y amigos sacerdotes, que desde los distintos lugares de la Diócesis os habéis acercado a esta Iglesia Madre para vivir esta jornada sacerdotal. Os saludo con emoción y con temor...Con **emoción**, porque aún no hace dos meses que me encuentro entre vosotros, y en este tiempo, breve pero muy intenso, de todos he recibido continuas muestras de comprensión, ayuda diligente y fraterna colaboración. Con **temor**, porque estoy aprendiendo de todos a ejercer el ministerio pastoral que la Iglesia me ha encomendado y desearía estar más cerca de todos y de cada uno de vosotros, atender vuestras solicitudes, responder a vuestras interrogantes, acompañaros en vuestras tribulaciones pastorales; sin embargo, en los primeros momentos del ejercicio de mi ministerio, el tomar contacto con la realidad diocesana, compleja y diversa, me ha supuesto un esfuerzo de tiempo

y dedicación, que me ha impedido prestar atención a otras realidades eclesiales. Temo no haber podido responderos mejor. A Dios, Nuestro Señor, pido ayuda, salud y fuerza para poder servir a esta Iglesia ourensana con la que he hecho un compromiso de fidelidad que hoy renuevo con gozo; y a vosotros, hermanos y amigos sacerdotes, os ruego que me sigáis acompañando y ayudando, como lo estáis haciendo, sabiendo, como ya os he dicho en mi mensaje cuaresmal que debemos *querernos mejor y ayudarnos más para que así, la Iglesia en Ourense, pueda superar unida, lo que desunida nunca conseguirá: ¡ser fiel a Jesucristo!*

En la oración colecta de esta liturgia, hemos suplicado al Buen Dios, con toda la Iglesia, que así como *por la unción del Espíritu Santo, constituiste a tu Hijo Mesías y Señor*, que a nosotros - especialmente a los sacerdotes - que *somos miembros de su cuerpo*, nos haga *partícipes de su misma unción para ser testigos fieles de la Redención que ofrece a toda la humanidad*. Este es el deseo de la Iglesia para nosotros y podéis tener la certeza absoluta que esta es la súplica de vuestro obispo por todos y cada uno de los sacerdotes de este Presbiterio. Precisamente para eso habéis establecido en la Diócesis esta jornada sacerdotal. Para renovar el dinamismo de esa sacra unción, o dicho de otro modo, para renovar los compromisos de amor

que hemos realizado el día de nuestra ordenación sacerdotal.

Recogiendo las palabras del Apocalipsis de la liturgia de hoy, en este día, vosotros y yo, mis queridos sacerdotes, renovamos a Dios nuestro *Sí. Amen* (Ap. 1,7). A las puertas de este Triduo Pascual, quisiera que le hicierais llegar a todo el Pueblo de Dios, que la Iglesia os ha encomendado, que el Obispo de esta Iglesia que peregrina en estas nobles y antiquísimas tierras de hondas raíces cristianas, quisiera estar presente en todas las comunidades para rogarles que cuiden de los sacerdotes, que recen por ellos, que les acompañen y les estén siempre cercanos, que no les sean ocasión de tropiezos ni de disgustos, sino que sepan valorar a *esos nuevos cristos, los unguidos del Señor* y que encuentren en ellos el auténtico rostro de Cristo *que bautiza, unge, absuelve, consagra, ayuda, cura y enseña.*

Dentro de unos momentos, la Iglesia, por ministerio del Obispo, nos va a preguntar *si queremos unirnos más fuertemente a Cristo y configurararnos con Él.* He ahí la clave de nuestra fidelidad en el ministerio sacerdotal: QUERER. Nuestra llamada y nuestra respuesta es una cuestión de *querer*, toda nuestra vocación y nuestra vida se entiende desde la clave del Amor de Dios que nos ha dado la vida, nos ha escogido, nos ha mantenido hasta este día porque *en Él somos, nos movemos y existimos*, y en cada momento de nuestra existencia nos ayuda a descubrir la grandeza del don de su sacerdocio. Sí, somos conscientes de nuestras mu-

chas fragilidades y pobreza, *¡somos vasos de barro!* pero no lo somos menos de la grandeza del ministerio que ha puesto la Iglesia en nuestras manos, de ahí que en este día renovemos esa entrega de amor que hemos hecho el día de nuestra ordenación. El sacerdote debe ser consciente, más que nadie, de aquello que fue una bellísima intuición de Teresa de Lisieux: *Amar, ser amados y hacer amar al Amor.*

En el amor renovado y rejuvenecido cotidianamente a través de una vida fiel a nuestros compromisos, a nuestra oración personal y litúrgica, a nuestras metas formativas tanto en el aspecto pastoral como en el estudio y el repaso de buenos manuales de Teología, Liturgia, Derecho, Sagrada Escritura, también de algún ensayo de Filosofía para saber descubrir por donde van las líneas fuertes del pensamiento y de la acción que recorre la nervatura íntima de los procesos que estamos encontrando en nuestro mundo contemporáneo y que afectan a la vida y explican los comportamientos de tantos de nuestros hermanos y hermanas, y quizá de nosotros mismos; todo este esfuerzo por lograr una actualidad formativa nos ayudará a ser mejores y más fieles. En nuestra vida y ministerio, realidades que nunca podrá ir separadas, sino que constituyen una realidad ópticamente viva y operativa, debemos aprender a conjugar nuestra *acción pastoral* con la *oración* y el *estudio*. Hermanos, creedme, gran parte de nuestros problemas sacerdotales se encuentran en esa falta de equilibrio en nuestras vidas. Trabajamos mucho, quizá celebramos muchas misas, somos

magníficos servidores y unos agentes de pastoral excepcionales, la sociedad sabe que el sacerdote entregado constituye un catalizador social que soluciona muchos problemas, pero, ¿quien soluciona los nuestros?. El sacerdote, no es un superhombre, somos de la misma carne que la de aquellos a los que tenemos que servir, pero si queremos ser los verdaderos rostros del *Ungido de Dios*, si queremos ser y actuar como auténticos sacerdotes es necesario que nos vean que lo somos, y que vivimos lo que decimos; en definitiva, que ***seamos testigos creíbles del amor de Dios*** predicado por la Iglesia. Renovemos nuestros compromisos sacerdotales y hagamos en esta celebración un com-proyecto como Presbiterio diocesano –Obispo y Sacerdotes – de tal modo que éste sea lo que vertebre toda nuestra pastoral diocesana:

- Querernos más y ayudarnos mejor.
- Exijámonos en nuestro compromiso íntimo con el Señor cuidando la oración personal y aumentando la calidad orante de la Liturgia de las Horas. ¡Reunámonos para agradecer a Dios el tiempo vivido en fraternidad y para rezar juntos!.
- Preocupémonos de renovar el ***estudio cotidiano o semanal*** de algunos de los aspectos que enriquecen el ejercicio de nuestro ministerio. Tenemos que ser buenos sacerdotes, mejor de lo que ya somos, porque nuestros contemporáneos nos exigen más que antes y debemos estar preparados para dar respuesta de nuestra esperanza. Faltan unos meses

para que de inicio el ***Año de Fe***, tomemos más en serio el estudio y la reflexión contemplativa acerca de los misterio de la fe cristiana predicada por la Iglesia para convertirla en carne viva de nuestra experiencia de creyentes y de pastores.

- Pongámonos al día en el uso correcto e inteligente de las nuevas tecnologías; por medio de ellas, no solo podemos economizar recursos, sino que se pueden convertir en cauce de evangelización y catequesis. No os olvidéis que cualquiera de nuestros niños y jóvenes que se encuentran dispersos por la geografía de nuestras parroquias y que no acuden o, si lo hacen, no los podemos atender, sin embargo, por medio de la telemática actual sí se puede entablar un contacto pastoral, con muchos de ellos, que se encuentran inmersos en esta realidad, muchas veces virtual y otras, traicionera y letal para las costumbres cristianas. Las nuevas tecnologías son cauce, medio, instrumento - nos lo recordaba, ya muy anciano y enfermo el beato Juan Pablo II, y lo sigue haciendo ahora Benedicto XVI - que nos puede servir para la nueva evangelización.

En este día, no solo renovamos las promesas sacerdotales sino que se realiza una acción litúrgica de especial trascendencia. El Obispo con el Presbiterio diocesano bendice los óleos de los catecúmenos, de los enfermos y se consagra en crisma para los grandes sacramentos cristianos del Bautismo, Confirmación y Orden, así como para la bendición y

consagración de nuevos templos y altares. Por medio de estas realidades materiales, del aceite, así como de los otros elementos materiales: agua, pan, vino, el Crucificado-Resucitado toca – físicamente – al ser humano, lo hace por medio de estos elementos de la creación. Existe, pues, una interrelación profunda e íntima entre lo creado y el misterio de la Redención; es más, pudiéramos afirmar que se da como una unidad entre ambas realidades que se hace visible por medio de los signos sacramentales. Nada de lo humano, noble y bueno, es ajeno al querer de Dios. Los sacramentos son una expresión viva de la corporeidad de nuestra fe que abraza todo lo creado, todo lo humano y lo divino. Agua y Espíritu, aceite y Don de Dios, pan - vino y Palabra que fecunda con la fuerza del Espíritu. *El pan y el vino fruto de la tierra y del trabajo del hombre* se convierten en signo eficaz y vivo de la presencia de Jesucristo. Esto quiere decirnos que Dios, en su divina providencia, ha escogido estas realidades materiales para que se convirtiesen en signos de su presencia viva y real. Pero no solo eso, sino que *ha escogido a hombres de este pueblo para que por la imposición de las manos participen de su sagrada misión*. Esto quiere decir, hermanos míos que el sacerdote debe ser consciente de que es signo de la presencia de Dios, pudiéramos decir que es como una realidad cuasisacramental, porque *es y actúa en la persona de Cristo cabeza de la Iglesia*. Muchas veces no somos conscientes de esa realidad. Nuestro Pueblo, como recordaba

Juan Pablo II, *en el contexto de la nueva evangelización, tiene derecho a dirigirse a los sacerdotes con la esperanza de “ver” en ellos a Cristo*¹. Tienen necesidad de ello particularmente los jóvenes, a los cuales Cristo sigue llamando para que sean sus amigos y para proponer a algunos la entrega total a la causa del Reino. No faltarán ciertamente vocaciones si se eleva el tono de nuestra vida sacerdotal, si somos más santos, más alegres, más apasionados en el ejercicio de nuestro ministerio. Un sacerdote “conquistado” por Cristo (Flp. 3,12) “conquista” más fácilmente a otros para que se decidan a compartir la misma aventura. Sin embargo, un sacerdote funcionario, un manager de las cuestiones sociales, un pseudolider político, un mediocre empresario no vivirá con pasión su ministerio sacerdotal y así no podrá convertir su vida en un reclamo para conquistar a otros para la causa del Reino porque son otras las causas que hipotecan su vida consagrada. El sacerdote, tal como nos lo demuestran los santos y la memoria viva de tantos magníficos sacerdotes que siempre recordamos, es esa persona que, no obstante el paso de los años, continua irradiando juventud y como “contagiándola” a las personas que encuentra en su camino.

Mis queridos seminaristas que siempre alegráis con vuestra presencia este templo y a todos los que en él participamos en las celebraciones litúrgicas. Dejaos conquistar por el sacerdocio de Jesucristo, buscad solo en Él al gran modelo de vuestras vidas, solo Él no

os defraudará y ayudad a vuestros sacerdotes en la tarea de la nueva evangelización. No os olvidéis que un seminarista auténticamente sano, con el corazón abierto a la belleza de la vida y del Amor auténtico, será un testigo alegre de la vocación sacerdotal vivida con pasión y esperanza.

Mis queridos hermanos y hermanas: Bien es cierto que si hoy es una jornada marcadamente sacerdotal, no lo es menos que vosotros los fieles laicos tenéis una tarea insustituible en la vida de la Iglesia y, de manera especial, en la vida y en el ministerio de los sacerdotes. También a vosotros se dirigirá la Iglesia, por medio del Obispo, pidiéndoos *que oréis por vuestros sacerdotes, para que el Señor derrame sobre ellos sus bendiciones, que sean fieles ministros de Cristo sumo y eterno sacerdote y os conduzcan a Él, única fuente de salvación.*

En nuestra sociedad transida por las modas de un secularismo trasnochado, apoyado en viejas filosofía laicistas excluyentes que cargan todo el entramado social de un relativismo decadente y destructor, los fieles laicos no podéis subiros a la dinámica de moda en nuestro país en donde, la mayor parte de las veces, la figura del sacerdocio católico sale en los medios solo para destacar los aspectos negativos que en ocasiones acaecen en vidas sacerdotales individuales; estos hechos se magnifican y generalizan de tal modo que se elevan a conducta general manchando la santidad, la coherencia de vida y el

heroísmo anónimo de tantos sacerdotes que se esfuerzan por ser fieles en lo cotidiano y sufren a causa de incidentes aislados que tienen como protagonistas a algunos clérigos que, la mayor parte de las veces están viviendo su existencia al margen de la comunión eclesial. Os ruego que arrojéis con vuestro cariño y oración a vuestros sacerdotes; ayudadles en su camino y no os olvidéis que todo aquello que hacéis por ellos lo estáis haciendo por el Señor. Pedid también por mí, para que sea fiel a esta llamada que me ha hecho la Iglesia y así pueda servirlos como Ella quiera que os sirva y que no desfallezca en medio de las dificultades que conlleva la tarea pastoral.

A Ti, Santa María Nai, Madre de Cristo, Madre especial de los sacerdotes, te encomiendo esta Iglesia que te guarda una especial devoción y que te tiene por celestial patrona. Dejo en tu regazo de madre la vida y el ministerio de todos los miembros de este Presbiterio diocesano. Protege a nuestros Seminarios y ayuda a los seminaristas, haz que sean generosos y dejen que su corazón se llene de auténtica pasión por el Evangelio y así puedan decir, muy pronto, como tu siendo joven doncella de Nazaret has dicho un día: *Hágase en mi según tu Palabra...* y, a partir de entonces, cambió la faz de la tierra. Amén.

NOTAS:

1. JUAN PABLO II, *Carta a los sacerdotes*, 7 (13 de marzo de 2005)

Homilía en la Vigilia Pascual

S. I. Catedral Basílica de San Martín, 7 abril 2012

No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado.

Excmo. Cabildo de la S. I. Catedral-Basílica de San Martín

Hermanos sacerdotes. Queridos Seminaristas

Hermanas y hermanos en el Señor

He ahí la síntesis del gran mensaje de esta solemne liturgia, la más grande de las celebraciones del año cristiano: ***No está aquí. Ha resucitado.*** Con razón, nos puede servir a los sacerdotes para evaluar nuestros trabajos pastorales constatar la asistencia a esta celebración por parte de los fieles, incluso por aquellos más cercanos a la Iglesia. Es el termómetro que nos sirve para descubrir cuál es la situación auténtica de la fe de nuestro pueblo. Nos resulta más fácil ir a la búsqueda del muerto perdido o del sepulcro vacío; es menos comprometida la procesión del Santo Entierro, o el sermón de las Siete Palabras. Pero, hermanos míos, No os asustéis – os lo digo utilizando las mismas palabras del Evangelio que acabamos de proclamar – no estoy en contra de estas celebraciones de la piedad de nuestro pueblo; sin embargo, es verdad que nos puede suceder, también a los sacerdotes, que como aquellas mujeres, el primer día de la semana vamos al sepulcro

para embalsamar a un muerto y no nos arriesgamos en acudir a la búsqueda de un vivo, de manera especial de aquellos que se han quedado en la periferia de la Iglesia, de esos que fueron un día y que las circunstancias les fue distanciando. Sepamos descubrir ese *atrio de los gentiles* que cada vez lo tenemos más cerca de las fronteras de nuestros templos. La fiesta solemne de la Pascua es un reto que nos compromete radicalmente para ir a la búsqueda de los vivos que parece que están muertos. La fe cristiana encierra en sí un dinamismo que, cuando la vivimos bien, nos lleva más allá, a romper las fronteras de nuestros miedos y llegar a más; de manera especial a tantos hombres y mujeres contemporáneos que habiendo sido bautizados se encuentran inmersos en la oscuridad. Tenemos que ser luz, para convertirnos en auténticas luminarias para el camino de los nuestros.

En esta noche santa, – como hemos cantado en el Pregón Pascual – la Iglesia trata de hacernos comprender la realidad de la resurrección del Señor traduciendo este acontecimiento misterioso con el lenguaje de los símbolos, a través de los que podemos contemplar, como en un espejo, este acontecimiento sobrecogedor y fascinante: ***¡El Crucificado está vivo!*** En esta Vigilia Pascual, entre otros, podemos centrarnos en estos tres símbolos: la ***luz***, el ***agua*** y el ***canto nuevo*** del Aleluya.

La luz. ¡Qué fascinante es la lectura de fe que podemos hacer sobre el texto del Génesis, el primero que ha sido proclamado en esta noche santa! Para algunos, también cristianos, esta narración de la creación de Dios les resulta insufrible, vulgar e incluso desearían que no se proclamase en la sagrada liturgia, que se arrancase de nuestras Biblias. Un racionalismo recalcitrante y anquilosado les mantiene aherrojados de tal modo que pretenden encerrar la luz de Dios en su pobre inteligencia. Y, sin embargo, mis queridos hermanos, sobre todo los más jóvenes, qué gran belleza encierra —lo que acabamos de escuchar— fijaos en esta expresión: *Que exista la luz* (Gn 1,3). ¡Es lo primero que crea Dios! Donde hay luz, hay vida, solo así el caos se puede transformar en cosmos. Conviene prestar atención a este hecho, en la tradición religiosa de todos los pueblos, incluso de los más primitivos, también en el mensaje bíblico, la luz es la imagen más inmediata de Dios: Él es Luminosidad, Vida, Verdad, en definitiva: es *luz de luz*, luz sobre toda luz. De ahí que la Iglesia lea como una profecía este pasaje de la creación en la Vigilia Pascual; lo hace para indicarnos que con la resurrección de Crucificado se realiza, del modo más sublime que nos podamos imaginar, lo que el texto del Génesis describe como *el principio de todas las cosas*. En esta noche, que significa oscuridad y caos, Dios nos dice de nuevo: *¡Que exista la luz!*. ¡Esa luz es Jesucristo, el resucitado! En realidad; ¿Qué es la resurrección de Jesucris-

to? ¡un estallido de luz!. Es una nueva creación. El caos de la oscuridad y de la noche se convierte, por puro don de Dios, en armonía, paz, orden, pureza, alegría, vida plena. La muerte, y, con ella el sepulcro, - todos los sepulcros - se abren de par en par. No hay cabida para las tinieblas. Como nos recuerda de una manera muy bella el Papa: *El Resucitado mismo es Luz, la luz del mundo. Con la resurrección, el día de Dios entra en la noche de la historia. A partir de la resurrección, la luz de Dios se difunde en el mundo y en la historia. Se hace de día. Solo esta Luz, Jesucristo, es la luz verdadera, más que el fenómeno físico de luz. Él es la pura Luz: Dios mismo, que hace surgir una nueva creación en aquella antigua, y transforma el caos en cosmos.*

Justo al inicio de esta Vigilia Pascual, con esta peculiar liturgia de la bendición del fuego, aparece el cirio pascual, como símbolo de Cristo Resucitado, como Luz del mundo, pero no solo es luz sino que es a la vez luz y calor. La luz se relaciona con el fuego: luz y calor, luminosidad y energía transformadora del fuego, las dos cosas van unidas, que es tanto como decir: Verdad - luz de la inteligencia- y Amor, que esa misma luz que abraza el corazón del ser humano; luz y amor van unidos. De ahí que solo el auténtico Amor, lo que nosotros llamamos Caridad, es una expresión del mismo Dios. Y que, a partir de esa idea, se entiende el ***Omnia in Caritate*** que ha sido comentado en estos dos últimos meses. Pero, fijémonos

en esta realidad, el cirio pascual arde y, al arder, se va consumiendo. Esto nos enseña que cruz y resurrección son inseparables. De la cruz, de la autoentrega de Jesucristo en la Cruz, nace la luz – la Verdad-, que se convierte en ese resplandor para toda la humanidad, en la verdadera luminosidad del mundo. Todos nosotros encendemos nuestras velas del cirio pascual, de algún modo comulgamos con esta idea sublime, pero pocas veces encontramos en ella una aplicación concreta para nuestra vida. Muchas veces nos quedamos en expresiones pobres, casi mágicas, acerca de los cirios de esta noche, lo mismo que del agua, y no nos esforzamos por descubrir el sentido auténtico de lo que la Iglesia nos presenta a través de esta celebración.

Quisiera dirigirme a los más jóvenes que estáis viviendo esta liturgia, también a vosotros mis alumnos del Seminario *Divino Maestro*. Y quisiera hacerlo recordando aquel texto del Evangelio (Mc. 6,34) en el que se nos presenta a Jesús – Luz del mundo – sintiendo lástima de aquella gente *porque andaban como ovejas sin pastor*. El Divino Maestro sintió lástima por aquellas personas que le seguían pero que se encontraban con las corrientes y opiniones contrastantes de aquel tiempo, y no sabían a dónde ir. ¡Estaban perdidos!. ¿Acaso no os sucede también a vosotros, queridos amigos, que en este momento de vuestra vida en el que os encontráis finalizando un ciclo de estudios, o quizá habéis emprendido ya el

camino del seguimiento de Jesucristo pero todavía no os habéis dejado fascinar por la luz del Resucitado...tenéis miedo a entregaros del todo por la causa de Cristo. Nuestra sociedad con sus halagos, sus propuestas y reclamos de falsas publicidades pretenden fascinaros presentándoos los falsos espejismos del momento. Cuánta compasión debe sentir Cristo Resucitado también en nuestro tiempo por tantas falsas filosofías, por esas teorías grandilocuentes de aparentes progresos tras las cuales se esconde, en realidad, una gran desorientación. Surgen, entonces, las preguntas ¿A dónde hemos de ir? ¿Voy bien por este camino? ¿Es esto lo que quiere Dios de mí? ¿Cuáles deben ser los criterios luminosos en los que podamos apoyarnos para vivir nuestra existencia? ¿Cuáles deben ser los valores en los que podemos educar a los jóvenes, sin darles normas que tal vez no aguanten o exigirles algo que quizás no se les debe imponer?. En esta noche, tenemos la respuesta: **Él es la Luz del mundo**. Él es la clave de mis preguntas y de los anhelos más profundos de la humanidad.

El segundo símbolo de esta Vigilia Pascual — la noche en la renovamos las promesas del Bautismo — es el **agua**. El agua es fuente de vida, como un manantial fresco, que da vida a todo aquello que empapa con su presencia. Sin agua no hay vida. De una manera sencilla, una vez más, descubríamos su importancia en las últimas semanas en las que una larga carestía de lluvias

amenazaba campos y cultivos. Si el Resucitado es la Luz del mundo, también es la fuente de agua viva. De Él, brota ese profundo manantial que fructifica y renueva el mundo por medio de la fuente bautismal, ese gran río de agua viva es su Evangelio que fecunda la tierra. El mismo Jesús nos dice *El que cree en mí ... de sus entrañas manarán torrentes de agua viva (Jn 7,38)*. Esto quiere decir que, por medio del Bautismo, el Resucitado no solo nos convierte en personas de luz, sino también en fuentes de las que brota agua viva. Para ser luz, tenemos que dejarnos iluminar; para ser un manantial, tenemos que dejarnos purificar el corazón. Todos tenemos experiencia de esas personas que nos dejan en cierto modo sosegados y renovados; personas que son como el agua fresca de un manantial. No pensemos solo en los grandes santos — amigos de Dios—, sino en aquellas que nos encontramos continuamente en nuestra vida cotidiana: personas que son fuente de alegría y paz. Ciertamente, me podréis decir, conocemos también lo opuesto: gente de la que brota un charco de agua putrefacta, o incluso envenenada, que manchan todo lo que tocan y a su lado solo hay falta de paz y alegría, se respira rencor y, en ocasiones, su rostro refleja el drama profundo que se vive en su interior en donde no se quiere encender la luz de Dios. Pidamos al Señor, que nos ha dado la gracia del Bautismo, que cada uno de nosotros nos esforcemos por ser siempre fuentes de agua pura, fresca, un manantial de verdad y de amor. ¡He

ahí uno de los grandes retos del cristianismo autentico!

El tercer gran signo de la Vigilia Pascual es muy singular, y afecta al hombre mismo. A partir de esta Vigilia Pascual, se canta un **canto nuevo**, el aleluya. Cuando el ser humano experimenta una gran alegría, no puede guardársela para sí mismo. Tiene que expresarla, transmitirla. Pero, ¿qué sucede cuando el hombre se ve alcanzado por la luz de la resurrección y, de este modo, entra en contacto con la Vida misma, con la Verdad y con el Amor? Simplemente, que no le basta hablar de ello. Hablar no es suficiente. Tiene que cantar. En medio de las oscuridades del momento presente cuando desde distintos puntos de nuestra sociedad se oyen voces, no solo críticas, sino también aquellas que se nos muestran cargadas de una preocupante agresividad que parecen pronosticar la muerte de la Iglesia, su desaparición dentro de nuestro entramado social; la Iglesia entona el canto de acción de gracias de los salvados. Y como afirmaba Benedicto XVI, *está sobre las aguas de muerte de la historia y, no obstante, ya ha resucitado. Cantando, se agarra a la mano del Señor, que la mantiene sobre las aguas. Y sabe que, con eso, está sujeta, fuera del alcance de la fuerza de gravedad de la muerte y del mal —una fuerza de la cual, de otro modo, no podría escapar—, sostenida y atraída por la nueva fuerza de gravedad de Dios, de la verdad y del amor. Por el momento, la Iglesia y todos nosotros nos encontramos entre los dos campos de gravitación.*

Pero desde que Cristo ha resucitado, la gravitación del amor es más fuerte que la del odio; la fuerza de gravedad de la vida es más fuerte que la de la muerte.

Al contemplar las páginas de nuestra historia concreta, nos damos cuenta de que la situación de la Iglesia de ahora, como la de todos los tiempos, da la impresión de que está perdiendo pujanza y fuerza apostólica, porque observamos como a los niños se les lleva a otros lugares y no a la iglesia, ¡ni siquiera se les enseña a rezar!; a lo jóvenes se le aparta de los ámbitos eclesiales y se les ofrece otros cauces de autorrealización; incluso algunas instituciones religiosas que han surgido como momentos de luz, parece que se extinguen por falta de vocaciones; pues bien, mis hermanos, a pesar de todo ese ambiente sombrío que puede atenazar nuestra esperanza, la Iglesia siempre está reactualizando su salvación y la renueva domingo tras domingo, día tras día, siempre que celebra la Eucaristía; es más, la Iglesia

siente la certeza de que ya está salva-da. San Pablo ha descrito así esta situación: «Somos... los moribundos que están bien vivos» (2 Co 6,9). A través de la contemplación de los distintos momentos que se han dado a lo largo de la Historia de Salvación, de los que se han proclamado una serie de textos en esta Vigilia Pascual, podemos descubrir cómo la mano salvadora del Señor nos salva y nos sujeta con su fuerza, por eso podemos cantar ya ahora el canto de los salvados porque tenemos la certeza de que *nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo, quedando destruida nuestra personalidad de pecadores (Rm.6, 3-11)*, y libres de esa esclavitud gustamos, de manera anticipada, que *viviremos con El...y su vivir es un vivir para Dios*, por eso, entonamos con gozo el canto nuevo de los resucitados: ¡Aleluya! Y siempre que nos reunimos para celebrar la Eucaristía decimos: Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección ¡ Ven Señor Jesús!. Amén.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

DEFUNCIONES

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **El Rvdo. Sr. D. Marcial Canal Canal**, sacerdote jubilado, de 80 años de edad. Falleció el día 6 de abril de 2012. Había nacido en San Benito de Bentraces el 7 de febrero de 1932; siendo ordenado sacerdote en Ourense el 20 de diciembre de 1958. Ejerció su ministerio pastoral en las siguientes parroquias, desde 1959 hasta 1964, fue ecónomo de San Juan de Argas y encargado de San Juan de Vimieiro, Santiago de Folgoso y San Silvestre de Argas. El 23 de mayo de 1964 fue destinado a la parroquia de San Salvador de Paizás, donde permaneció hasta su jubilación en 2010; se encargó al mismo tiempo de las parroquias de San Pedro de Mosteiro de Ramirás y Santa María de Freás de Eiras.

VICARÍA DE PASTORAL

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LITURGIA

La mesa de la palabra en la celebración litúrgica

Se nos ha pedido dedicar un tiempo al tema de la celebración de la Palabra o mesa de la Palabra en la celebración litúrgica, tratando de profundizar en la temática de la Exhortación “*Verbum Domini*” de Benedicto XVI y cuando estamos ya cerca de la celebración de un Sínodo sobre la evangelización y a las puertas del año de la fe.

Es este un tema presente en la SC, en la DV y en diversos documentos de los Papas y de organismos al servicio de la tarea pastoral del mismo (OLM, OGMR, OGLH, Sac. Car. y “*Verbum Domini*”).

1) *Los documentos del Concilio Vaticano II.*

El n 6 de SC muestra *la importancia que la Iglesia ha dado a la Palabra de Dios dentro de la celebración litúrgica como elemento sacramental*, desde el día de Pentecostés hasta hoy: “Desde entonces, la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyendo cuanto a él se refiere en toda la Escritura (Lc 24, 27), celebrando la Eucaristía”... La proclamación de la Palabra de Dios, en el interior de la celebración eucarística, constituye *un elemento actualizador*

del misterio pascual de Cristo, en el “aquí y ahora” de la comunidad de la Iglesia orante y, a la vez, un elemento cultural en la doble dimensión de santificar al hombre y glorificar a Dios” (cf. SC 5).

Pero es sobre todo SC 24, *el texto más importante* en orden exponer la relación entre sagrada Escritura y Liturgia de la Iglesia. Dice así: “En la celebración litúrgica, la importancia de la sagrada Escritura es muy grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y de ella reciben su significado las acciones y los signos. Por tanto, para procurar la reforma, el progreso y la adaptación de la sagrada liturgia hay que fomentar aquel amor suave y vivo hacia la sagrada Escritura que atestigua la venerable tradición de los ritos tanto orientales como occidentales”.

El texto afirma la *importancia* de la Escritura (proclamada en la celebración litúrgica=Palabra de Dios) por *cuatro motivos*: Las *lecturas* que se comentan en la homilía proceden de la Escritura, de ella se toman los *Salmos* que se recitan o cantan, las *preces, oraciones e himnos li-*

túrgicos están imbuidos del espíritu de la Escritura y las *acciones y signos* reciben su sentido de ella. Las lecturas y salmos son Palabra de Dios en sentido estricto, las oraciones y acciones no son realidades de la sagrada escritura en sentido estricto, pero derivan en su entraña profunda de la sagrada Escritura. Podemos decir con toda verdad que la Escritura es la gran *matriz* de toda la liturgia cristiana.

Esto supuesto SC 24 concluye diciendo que “para procurar la reforma, el progreso y la adaptación” de la liturgia “hay que fomentar aquel amor suave y vivo hacia la sagrada Escritura que atestigua la venerable tradición de los ritos tanto orientales como occidentales”. Es, por la Palabra de Dios proclamada en la celebración litúrgica, por quien se anuncia y se hace presente el misterio de Cristo o la obra de la redención de los hombres. La celebración litúrgica hace actual e interpelante sacramentalmente tal acontecimiento inefable. La Palabra tomada de la Escritura cobra toda su fuerza salvífica cuando la Iglesia la proclama en la celebración litúrgica. Esta interpreta auténticamente la Palabra de Dios y hace que se cumpla en el “aquí y ahora, para nosotros”. Podemos repetir lo de Jesús en la sinagoga de Nazaret: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4, 21).

1. Algunos principios fundamentales en la SC y DV.

Los veremos primero en la SC y luego en la DV. Mediante ellos iremos

descubriendo la riqueza múltiple de la mesa de la Palabra en la celebración litúrgica.

1.1. La presencia real de Cristo en la proclamación de la Palabra.

El n 7 de SC para establecer cómo llevar a cabo “la obra de la salvación” (SC 6) se habla de las distintas presencias de Cristo a su Iglesia, sobre todo en la celebración litúrgica. Refiriéndose a la Palabra, dice: “Está presente (Cristo) en su palabra, pues cuando se lee en la iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla”.

La presencia de Cristo no se da propiamente en el libro de la Sagrada Escritura donde se guarda esa palabra. La presencia está en conexión con la lectura de dicha Palabra en la celebración. Se trata de una presencia *dinámica*, es la misma persona de Cristo la que *está, actúa y permanece* mientras se lee o proclama la Palabra de Dios en la Iglesia. Alcanza su eficacia suprema en el “hic, nunc et nobis” de la celebración litúrgica. A través de la lectura, en la celebración litúrgica, es Cristo *quien habla*. Esto supone el ministerio de un lector (ministerio muy importante), pues cuando la Palabra es proclamada, se convierte en Palabra de Dios, Palabra viva que sale de boca del lector y llega a los oídos y corazón de los fieles. Esta Palabra no es un mensaje privado, se ha escrito para dirigirlo a Israel, al nuevo Israel y está ligado al tiempo en que se dirige a la Iglesia.

La SC vuelve al tema de la presencia de Cristo en la Palabra proclamada durante la celebración en el n 33: “En efecto, en la liturgia, Dios habla a su pueblo; Cristo sigue anunciado el Evangelio. Y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración... Por tanto, no solo cuando se lee *lo que se ha escrito para nuestra enseñanza* (Rm 15, 4), sino también cuando la Iglesia ora, canta o actúa, la fe de los asistentes se alimenta y sus almas se elevan hacia Dios a fin de tributarle un culto racional y recibir su gracia con mayor abundancia”.

En este texto, a la presencia de Cristo cuando se lee la Palabra de Dios en la Liturgia (n 7), se añade que Cristo continúa presente y actuando cuando se proclama el Evangelio. Este es la proclamación culminante de la Hª de la salvación, donde resuena el misterio pascual de Cristo en orden a la salvación de la comunidad. El texto añade que “Dios habla a su pueblo”. La Palabra proclamada actualiza la comunicación, el conversar de Dios con su pueblo. Se requiere fe.

A la iniciativa de Dios y de Cristo, corresponde la *respuesta* de los fieles con el canto, la oración y el silencio. La liturgia de la Palabra es un diálogo. Con la Palabra, se alimenta y robustece la fe de los fieles, el “rationabile obsequium”, el sacrificio espiritual de la propia vida. Entre estos dos elementos, la Palabra y la respuesta de fe, se actúa el diálogo entre Dios y su pueblo: la *Palabra* indica la iniciativa gratuita de Dios salvando al hombre y la respuesta de fe (canto, ora-

ción y silencio) que retorna por Cristo, en el Espíritu, al Padre. Dios “desciende” para *santificar* al hombre y este, con Cristo, responde al Padre *glorificándole*.

1.2. *Íntima unión entre la mesa de la Palabra y de la Eucaristía.*

Este principio se refiere a la Eucaristía pero se puede extender a todos los demás actos litúrgicos. En todos ellos, la Palabra acompaña al gesto, el gesto refuerza y actúa lo proclamado en la Palabra. En este número concreto, (SC 48) el contexto es el de la participación activa de los fieles en la Misa. Los fieles son llamados a “entender bien (el misterio) a través de los ritos y oraciones participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Señor, den gracias a Dios”... Junto a la mesa del Cuerpo del Señor, sin que aparezca explícitamente la mesa de la Palabra se exhorta a que los fieles “sean instruidos con la Palabra de Dios”. Junto a la mesa del Cuerpo de Cristo que *alimenta* la vida de los fieles, está la mesa de la Palabra de Dios que los *instruye*. Las dos mesas son igualmente necesarias para alimentar la fe (verdades que necesitamos para creer) y la vida en Cristo.

1. 3. *La mesa de la Palabra de Dios más abundante.*

Este principio completa al anterior. Se encuentra en el n 51 de SC y se sitúa en el mismo contexto de la Eu-

caristía. Aquí se habla expresamente de “la mesa de la Palabra de Dios”. Ya podemos hablar con toda propiedad de *dos mesas*, en la celebración de la Eucaristía. Es necesario alimentarse de ambas. La mesa de la Palabra no solo prepara a la de la Eucaristía, sino que tiene entidad “a se”, es decir tiene fines y objetivos propios. *SC 51* añade que: “A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con mayor abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura”.

De este principio se deriva la selección más amplia y variada de lecturas para leer en las celebraciones litúrgicas. De aquí, han brotado los leccionarios para la Misa, los sacramentos, la liturgia de las Horas y los sacramentales. Es la joya de la reforma litúrgica. Prácticamente en tres años, quien participe los domingos en la Misa escucha los textos más importantes de toda la sagrada Escritura. El movimiento bíblico y litúrgico que desembocaron en el Concilio, contribuyeron mucho al redescubrimiento de la Palabra de Dios como algo sustancial para la vida de la Iglesia y de los fieles, tanto a nivel de comprensión de la Palabra, como de su vivencia. El Concilio pide que no se prive al pueblo de la abundancia y riqueza de la Palabra de Dios. De ello, brotará la mejor intelección de la H^a de

la salvación o misterio de Cristo. De este principio brota también la homilía “como parte de la misma liturgia”, siendo una exposición “a partir de los textos sagrados” y durante el año litúrgico (cf *SC 52*).

1. 4. *Palabra y rito íntimamente conectados.*

El *n 35* de *SC* recoge un principio muy importante, relativo a la conexión entre la Sagrada Escritura y la Liturgia. El contexto es el de las normas derivadas del carácter didáctico y pastoral de la liturgia. Dice: “Para que aparezca con claridad la íntima conexión entre la Palabra y el rito en la liturgia: 1) En las celebraciones sagradas, debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas”. En *SC 56* encontramos este principio de forma más explícita y amplia, aunque aquí se refiere a la Eucaristía. Reza así: “Las dos partes de que consta la Misa, a saber: la liturgia de la Palabra y la Eucaristía, están tan íntimamente unidas, que constituyen un solo acto de culto”.

De ambos artículos, se deduce claramente que, en la celebración litúrgica, cualquiera que sea, hay una *unidad celebrativa constitutiva* entre la liturgia de la Palabra y la del sacramento. De las dos partes íntimamente unidas, resulta un único acto de culto. Las dos partes unidas contribuyen a la glorificación de Dios y a la salvación de los hombres.

Del principio expuesto arriba (SC 35) brotan *cuatro aplicaciones prácticas*:

1ª: establecer en las celebraciones sagradas una lectura de las sagradas Escrituras más abundante, más variada y más apta. De todo ello, se benefician los fieles.

2ª: se refiere al sermón u homilía que, de momento, no tratamos.

3ª: inculcar por todos los medios la catequesis más directamente litúrgica, breves moniciones en los ritos (sacerdote o ministros), solo en los momentos más oportunos con las palabras prescritas u otras semejantes.

4ª: fomentar las celebraciones sagradas de la Palabra de Dios, sobre todo en los lugares donde no haya sacerdote, por parte de un diácono o delegado del Obispo. La Palabra de Dios a la espera del sacerdote es un medio magnífico para alimentarla fe y recibir fuerza para mantenerse en la vida cristiana.

2. Principios fundamentales en la "Dei Verbum".

Es el documento por eminencia sobre la Palabra de Dios en el Concilio Vaticano II. Se sigue las huellas de Trento y del Vaticano I respecto a "la revelación divina y su transmisión" (DV1), para que todos, con este anuncio salvífico, oyendo crean, creyendo esperen y esperando amen. En el cap. VI sobre la sagrada Escritura en la vida

de la Iglesia, encontramos algunos principios sobre la relación entre Escritura y Liturgia. La DV en este capítulo, no solo sintoniza plenamente con SC respecto al principio de la importancia de la sagrada Escritura en la liturgia, sino que además lo rubrica y ahonda desde el punto de vista de la divina revelación.

2.1. Venerar la sagrada Escritura y potenciar las dos mesas en la celebración litúrgica.

El artículo 21 de DV dice: "La Iglesia siempre ha venerado la sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo". La Iglesia siente una gran *veneración* por la Palabra de Dios desde sus comienzos. La Iglesia profesa esta veneración a la Palabra, porque sabe que ha sido inspirada por el Espíritu Santo (Cf. DV 11). Tal veneración es semejante a la tributada al Cuerpo de Cristo, presente en la Eucaristía.

Esto supone que, como Cristo se hace presente en las especies eucarísticas, así sucede en la Palabra, proclamada en la Liturgia. Es lo afirmado en SC 7 y 33. Si la Iglesia no estuviera segura de esta presencia de Dios y de Cristo en la Palabra proclamada en la celebración, no podría venerar las Escrituras como lo hace con el Cuerpo de Cristo.

Precisemos que el *modo* de veneración es distinto en uno y otro caso (Cf OLM n 10). Además, la fe de la Iglesia en la presencia de Cristo en la Palabra, no supone ninguna merma respecto a la presencia real y sustancial eucarística (*Phase nota 18*). Por todo esto, la Iglesia venera también el libro que contiene la Palabra de Dios que se proclama en la liturgia. Pero la letra del libro, en cierto sentido, muerta, necesita de la lectura y proclamación para hacerse Palabra viva que sale de la boca de Dios.

En *segundo lugar*, el principio enunciado se refiere a las *dos mesas* de la Palabra y del Cuerpo de Cristo, presentes en la celebración litúrgica. Es sobre todo en la celebración litúrgica (por su sacramentalidad, por actualizarse allí el misterio pascual, la obra de la redención en los ritos y preces, Cf. SC 5-6), donde la proclamación de la Palabra de Dios alcanza una mayor eficacia y densidad.

Además la Iglesia en la celebración litúrgica *recibe y distribuye* el pan de la vida, presente en las dos mesas a los fieles. La Iglesia, en la celebración litúrgica, pone a punto las dos mesas para recibir ella misma la Palabra. La Iglesia está sometida y depende ella misma de la Palabra de Dios. Ha de escuchar la Palabra proclamada con humildad y obediencia. Tanto la Palabra como el Cuerpo de Cristo son “*panis vitae*” para la Iglesia. Pero la Iglesia además de recibir la Palabra ha de *repartirla* a todos.

2. 2. *Dinamismo y vitalidad de las sagradas Escrituras.*

La DV en el mismo n 21 habla de los “Libros sagrados” en su vitalidad y dinamismo interior. Se expresa así: “En los libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente limpia y perenne de vida espiritual. Por eso, se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: *La palabra de Dios es viva y eficaz* (Heb 4, 12), *puede edificar y dar la herencia a todos los consagrados* (Hech 20, 32; cf 1 Tes 2, 13)”.

La sagrada Escritura no es letra muerta. En ella, se hace presente el Padre celestial. Se añade a la presencia de Dios y de Cristo que hemos encontrado en textos anteriores. Pero aquí destaca la dinamicidad de esta presencia. El Padre “sale...al encuentro de sus hijos”, cuando se leen dichos libros en la celebración. El Padre toma la iniciativa e inicia el diálogo con sus hijos. Lo hace en un encuentro amoroso. El Padre desea “conversar” con sus hijos. Se trata de una conversación familiar, casi confidencial. Esta Palabra posee “poder y fuerza” tanto para la Iglesia como para los fieles. Tal poder y fuerza derivan de la presencia de Dios y Cristo en ella, de la inspiración y actuación del Espíritu en ella (Cf. DV 11; 14-15; 17). La fuer-

za y el poder grandes de la Palabra de Dios constituye el “sustento y vigor”, la “firmeza de fe”, el “alimento del alma”, la “fuente pura y perenne de la vida” del espíritu. Esta serie de calificativos de la Palabra de Dios han sido cuidadosamente seleccionados para expresar la riqueza y los efectos de la misma en la Iglesia. Esto es lo que debe recibir y ofrecer la Iglesia cuando lee la sagrada Escritura y la proclama en la comunidad celebrante (Cf DV 25).

2.3. *Lectura de la Escritura y oración que realiza el diálogo.*

Este principio aparece en DV 25. El contexto es el de la lectura asidua de la sagrada Escritura. La destinación es a los presbíteros y quienes se dedican “por oficio al ministerio de la Palabra”. A los ministros que proclaman la Palabra en la celebración (momento culminante), se les pide “leer y estudiar asiduamente la Escritura”. *Dos exigencias* muy serias: leer y estudiar asiduamente... Luego debe seguir el comunicarla a los fieles “sobre todo en los actos litúrgicos”, ofrecer “las riquezas de la Palabra de Dios”.

A los religiosos y a todos los fieles, les invita a acudir “de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios”.

La mejor forma de leer la Biblia a lo largo del año, es leerla según el ritmo y modo que marca la Iglesia precisamente en los leccionarios de la Misa, de los sacramentos, de la *LH* y de los sacramentales.

Y, en este contexto de “lectura espiritual”, añade DV 25: “Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues `a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras”. Aunque aquí se habla de una lectura fuera de la celebración litúrgica, también es extensible a ella. También en la celebración respondemos a la Palabra proclamado con el canto, la palabra y el silencio (p.e. El salmo responsorial).

De este modo, se realiza “el diálogo de Dios con el hombre”, es decir, el pueblo de Dios ora a partir, en espera de, mientras escucha y después de haber escuchado la Palabra de Dios. Así ha de entenderse: el salmo responsorial, las aclamaciones que preceden al Evangelio, la homilía, la profesión de fe, la oración de los fieles y el silencio (Cf. *OGMR* 61-71; 56).

3. *La aplicación en el “Ordo lectionum Missae”.*

En el año 1998 como introducción a los leccionarios, se editó una segunda *Ordenación general del Leccionario de la Misa (=OLM)*. Esta explica más ampliamente los principios relativos a la proclamación de la Palabra de Dios, la relación entre Palabra de Dios y acción litúrgica y la estructura detallada de la *OLM*.

Respecto al tema de la *mesa de la Palabra*, la *OLM*, sin mencionarla directamente, afirma en el *n 10* que,

“la Iglesia honra con la misma veneración, aunque no con el mismo culto, la Palabra de Dios y el misterio eucarístico, y quiere y sanciona que siempre y en todas partes se imite este proceder”...La Iglesia moviéndose por el ejemplo de su Señor, “nunca ha dejado de celebrar el misterio pascual de Cristo, reuniéndose para” la *lectura* de lo referente a Él en toda la Escritura” (Lc 24, 47) y realizando “la obra de la salvación por medio del memorial del Señor y de los sacramentos”. En el mismo número, la *OLM* se expresa más explícitamente diciendo: “Alimentada espiritualmente en esta *dobles mesa* (Cf *SC* 51; *PO* 18; *DV* 21; *AG* 6; *OGMR* 8), la Iglesia progresa en su *conocimiento* gracias a la una, y en su *santificación* gracias a la otra”.

A continuación, especifica lo propio de cada una. En la *mesa de la Palabra*, “se proclama la alianza divina” con su pueblo en el desierto, alianza que sigue proponiendo constantemente a su pueblo nuevo en la sangre de Cristo; “se evoca la historia de la salvación” por medio de las palabras. El Señor se dirige a su pueblo narrando los hechos que constituyen tal historia y esta se hace presente a la asamblea que la escucha. En esta mesa, la Iglesia es enseñada por la Palabra proclamada, que siendo la misma, pero proclamada una y otra vez, hace comprender a la Iglesia con más intensidad y amplitud el misterio de Cristo. *En la mesa de la Eucaristía*, “se renueva la misma alianza nueva y eterna”, “la misma historia es presenta-

da a través de los signos sacramentales de la liturgia”. Destaquemos además que, en la celebración de la Palabra sucede un acontecimiento de salvación, ya está presente Cristo (Cf *OLM* 46), ya se realiza de un modo determinado la salvación y la alianza proclamada. Como los discípulos de Emaús, celebramos mejor la Eucaristía hasta reconocerle en la fracción del pan, cuando previamente nos ha caldeado la Palabra.

Se ha de tener siempre en cuenta que la Palabra de Dios “leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia conduce...al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia...como a su fin propio”.

La *conclusión* es que “la celebración de la misa, en la cual se escucha la palabra y se ofrece y recibe la Eucaristía, constituye *un solo acto de culto* (*SC* 56), en el cual se ofrece a Dios el sacrificio de alabanza y se confiere al hombre la plenitud de la redención”. Lo que se dice de la Palabra y la Eucaristía es aplicable a todos los sacramentos y demás celebraciones litúrgicas. Desde la triple perspectiva de la alianza, del alimento y de los signos se nos hace entender la *unidad profunda* existente entre la Palabra y la celebración litúrgica. En toda celebración litúrgica, se actualiza una profunda unión celebrativa entre Palabra y sacramento. Al igual que todos los sacramentos tienden a la Eucaristía, también esta profunda unión constitucional entre Palabra y sacramento tiende a su plena expresión en la Eucaristía.

El principio enunciado inicialmente en *SC* 48, repetido más claramente en *DV* 21, se despliega en el *OLM* haciéndonos comprender cómo la relación constitucional entre palabra y rito viene exigida por la actualización del misterio de Cristo, presentado en la proclamación de la Palabra, en la celebración litúrgica. La Escritura se hace actual y viva en la celebración porque se actualiza el misterio de Cristo o H^a de la salvación que ella constantemente anuncia.

4. *El Catecismo de la Iglesia católica.*

Parte ya del hecho consolidado de que la Eucaristía “se desarrolla conforme a una estructura fundamental que se ha conservado a través de los siglos hasta nosotros”. Llama a las *dos mesas* “dos grandes momentos que forman una unidad básica”: “la liturgia de la Palabra” que incluye: las lecturas, la homilía y la oración universal. El segundo gran momento es “la liturgia eucarística”. Añade que forman juntos “un solo acto de culto” (*SC* 56; 1346). “La mesa preparada para nosotros en la Eucaristía es a la vez la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo del Señor” (Cf *DV* 21; *CCE* 103, 104, 1100, 1184, 1378). Las referencias a documentos anteriores ya mencionados y a la importancia de la Palabra de Dios en la celebración litúrgica es constante en estos números de *CCE*.

El *CCE* habla del “mismo dinamismo del banquete pascual de Jesús resucita-

do con sus discípulos”, que se actualiza en la Eucaristía. Durante el camino, les explicó “las Escrituras”, después “sentándose a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio” (cf *Lc* 24, 13-35). De nuevo, la estructura de las dos mesas: Palabra y su explicación recorriendo la Ley, los Profetas y los Salmos, mostrando cómo se referían a Él y los signos centrales de la fracción del pan. Mesa de la Palabra y del Pan de vida (n 1347). El n 1349 describe minuciosamente los elementos integrantes de la liturgia de la Palabra (Cf 1184). El catecismo lo hace a partir de los datos ofrecidos por la Escritura y de la descripción de san Justino mártir (n 1345).

5. *La Ordenación general del Misal Romano.*

Con la edición típica latina del Misal Romano (2002), se publicó la *OGMR* en castellano (Coeditores litúrgicos 2005). En ella, se dedican varios números (55-63) al tema de la Liturgia de la Palabra. Los apartados que comprende esta sección son: una introducción, sobre el silencio, las lecturas bíblicas, el salmo responsorial, la aclamación que precede al Evangelio, la homilía, profesión de fe y oración universal. Son los elementos que constituyen la mesa de la Palabra. La sección siguiente es la dedicada a la liturgia eucarística (nn 72-89).

“La *parte principal* de la liturgia de la palabra” la forman las lecturas bíblicas

y los cantos que les intercalan. La *desarrollan y concluyen* los otros elementos: homilía, profesión de fe y oración de los fieles. En las lecturas que luego explica la homilía, “Dios habla a su pueblo” (SC 33), le muestra el misterio de la redención y le comunica “alimento espiritual”. Además, Cristo se hace presente a los fieles por su palabra (SC 7). El pueblo “hace suya” esta palabra mediante el canto y el silencio y mediante el “Credo” se adhiere a ella. Y alimentado con ella el pueblo, en la oración universal suplica por las necesidades de la Iglesia y la salvación del mundo.

Con las *lecturas*, “se dispone la mesa de la palabra de Dios” a los cristianos y se les ofrecen los tesoros bíblicos (SC n 51). Estos tesoros se ofrecen abundantemente mediante los leccionarios. Se ha de “respetar la disposición de las lecturas bíblicas”. Tal como se presentan, se ilumina la unidad de los dos Testamentos (anuncio, profecía y cumplimiento) y del plan de Dios o H^a. de salvación. No es lícito sustituir las lecturas y el salmo por textos no bíblicos. Toda otra palabra humana no es comparable a la palabra de Dios (n 57). La proclamación del *Evangelio* es la culminación de la liturgia de la Palabra. Se le debe tributar *suma veneración*, puesto que se le distingue por encima de otras lecturas con especiales muestras de honor, ya por razón del ministro encargado de anunciarlo, ya por la bendición u oración con la que se dispone a hacerlo, sea por parte de los fieles, que con sus aclamaciones reconocen y profesan la

presencia de Cristo que les habla, y escuchan la lectura de pie; sea finalmente por las mismas muestras de veneración que tributan al Evangelio (n 60). Sobre la aclamación que precede a la lectura del Evangelio puede verse los nn 62-64. Sobre la homilía tratan los nn 65-66.

Las lecturas se proclaman siempre desde el ambón (n 58). El oficio de proclamar las lecturas no es presidencial, sino *ministerial*. Son competencia del lector y el Evangelio, del diácono y en su ausencia de otro sacerdote y si no del que preside. Después de cada lectura, el que lee pronuncia la aclamación (“Palabra de Dios” y “Palabra del Señor”). Respondiendo, el pueblo rinde homenaje a la Palabra de Dios, acogida con fe y gratitud (n 59).

Después de la primera lectura, el *salmo responsorial* “es parte integrante de la liturgia de la palabra” y tiene gran importancia litúrgica y pastoral, pues favorece la meditación de la palabra de Dios. Es una respuesta del pueblo a la Palabra de Dios. Se ha de cantar íntegramente o al menos la respuesta del pueblo. El salmista o cantor proclama sus estrofas desde el ambón o desde otro sitio oportuno. La asamblea escucha sentada y respondiendo, a no ser que se pronuncie de modo directo (sin respuesta). Para facilitar al pueblo la respuesta sálmica pueden utilizarse otros textos de respuestas y de salmos seleccionados (n 61).

La *liturgia de la Palabra* ha de celebrarse de modo que favorezca la me-

ditación, evitando toda precipitación que impida el recogimiento. Para ello, ha de haber breves momentos de silencio, adecuados a la asamblea, en los que, con la gracia del Espíritu Santo, se perciba en el corazón la palabra de Dios y se prepare la respuesta mediante la oración. Los momentos de silencio pueden guardarse p.e.: antes de iniciar la liturgia de la Palabra, después de la primera y la segunda lectura y al concluir la homilía (n 56).

El “Credo”, o Símbolo, de la fe se ordena a que todo el pueblo congregado responda a la palabra de Dios anunciada en las lecturas y expuesta en la homilía. De este modo, anunciando la *regla de fe* con la fórmula aprobada para el uso litúrgico, recuerde (la asamblea) los grandes misterios de la fe y los confiese antes de comenzar su celebración en la Eucaristía. Es la fe creída, confesada por la Iglesia, antes de celebrar la fe en la actualización de los grandes misterios. La fe creída, fruto de la fe orada, vuelve a ser regla de fe, antes de ser celebrada de nuevo en la liturgia eucarística (n 67). El “Credo” ha de cantarlo o recitarlo el sacerdote con el pueblo los domingos y solemnidades. También en celebraciones peculiares más solemnes. Puede alternarlo también el pueblo con la *schola* (n 68).

En la *oración de los fieles*, el pueblo responde, de algún modo, a la Palabra de Dios, acogida en la fe y ejerce su sacerdocio bautismal, ofreciendo a Dios sus peticiones por la salvación de todos.

Esta ordenación se hará normalmente en las Misas a las que asiste el pueblo, elevando súplicas por la santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren alguna necesidad, por todos los hombres y la salvación del mundo.

Las *series de intenciones*, de ordinario, serán: por las necesidades de la Iglesia; por los que gobiernan las naciones y la salvación del mundo; por los que padecen y por la comunidad local. En celebraciones particulares (p. e., *Confir.*, *Matrim.* y *Exequias*), el orden de las intenciones puede adaptarse mejor a la ocasión (n 70). Corresponde dirigir esta oración al sacerdote celebrante desde la sede. Las intenciones “sean sobrias, formuladas con sabia libertad, en pocas palabras y reflejando la oración de toda la comunidad”. Estas intenciones las pronuncia el diácono, un cantor o lector o un laico desde el ambón u otro lugar conveniente. La respuesta del pueblo es con la invocación común o rezando en silencio (n 71).

6. *La Sacramentum Caritatis.*

La Exhortación sinodal de 2007 de Benedicto XVI, después de hablar del “*ars celebrandi*”, llama la atención de modo concreto “sobre algunas partes de la estructura de la celebración eucarística que requieren un especial cuidado en nuestro tiempo” (n 43). Entre otras, está la *Liturgia de la Palabra* (n 45). ¿Por qué dice el Papa que requieren *un especial cuidado hoy?* La respues-

ta la ofrece él mismo: "...para ser fieles a la intención profunda de la renovación litúrgica deseada por el Concilio Vaticano II, en continuidad con toda la gran tradición eclesial" (n 43).

Todos los elementos de la Eucaristía deben estar en armonía y fidelidad con la intención profunda, pretendida por la renovación litúrgica conciliar, que estaba en continuidad con la Tradición de toda la Iglesia. La renovación litúrgica conciliar ha tenido la voluntad de reformar y renovar la liturgia, en continuidad con la Tradición con mayúscula, de la Iglesia. Cuando eso no se tiene en cuenta se puede romper la armonía y fidelidad a esa tradición.

Y comienza el Papa por destacar ("ante todo") *el principio* estudiado por nosotros de "la unidad intrínseca del rito de la santa Misa". *Palabra y mesa de la Eucaristía* no han de aparecer como dos elementos yuxtapuestos. La liturgia de la Palabra y la eucarística "están estrechamente unidas entre sí y forman un único acto de culto" (OGMR 28; Sac. Car. 44). Ambas "están intrínsecamente unidas. Escuchando la Palabra de Dios nace o se fortalece la fe (Cf. Rm 10, 17); en la Eucaristía, el Verbo hecho carne se nos da como alimento espiritual". "La Iglesia recibe y ofrece" a los cristianos "el Pan de vida en las dos mesas de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo". El Papa destaca que la Palabra de Dios y el Cuerpo de Cristo son igualmente *Pan de vida* para los fieles.

Recibidos en las dos mesas, alimentan igualmente la vida cristiana. Son ambos necesarios para vivir cristianamente. Habrá que ser muy conscientes de que la Palabra proclamada en la liturgia, conduce a la Eucaristía como a su fin connatural (n 44). Quien recibe la Palabra de Dios, es conducido por ella a la ofrenda del sacrificio de Cristo y a comer su Cuerpo. Quien desee comer el Cuerpo de Cristo debe prepararse y anticiparlo en la Palabra de Dios. No valora suficientemente el Cuerpo de Cristo, quien no valora su Palabra en su sentido más profundo. Quien no escucha y asimila hondamente la Palabra de Dios recibirá su Cuerpo menos fructuosamente.

6. 1. *Recomendaciones sobre la Liturgia de la Palabra.*

El Papa precisa su discurso sobre la liturgia de la Palabra centrándose en *dos afirmaciones fundamentales*: la *primera* es que, "la Palabra que anunciamos y escuchamos es el Verbo hecho carne (cf Jn 1, 14), y hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su permanencia de manera sacramental" (45). La Palabra que irrumpe en la celebración litúrgica se identifica con la persona del Hijo de Dios hecho carne. Lo que oímos no es una voz que nos transmite solamente una Palabra, sino que la Palabra escuchada es una Persona, la Persona del Verbo encarnado. Tal Palabra se refiere a la persona de Cristo y a su presencia sacramental. Por razón de la Palabra, Cristo se hace realmen-

te presente en la celebración litúrgica (SC 7; 33). Por eso, “Cristo no habla en el pasado, sino en nuestro presente” (n 45). Por la acción sacramental de la liturgia, el conocimiento y el estudio de la Palabra de Dios (revelación) nos facilita el aprecio, la celebración y la mejor vivencia de la Eucaristía.

La *segunda afirmación* está tomada de san Jerónimo, dice: “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (DV 25), que en este contexto se descubre en toda su verdad. Y la consecuencia es: trabajar por ayudar a los fieles a apreciar los tesoros de la Sagrada Escritura en los leccionarios, por todos los medios.

Supuestas estas *dos grandes afirmaciones*, el Papa unido a los padres sinodales hace algunas *recomendaciones concretas* en el campo de la liturgia de la Palabra:

- prepararla y vivirla “siempre de manera adecuada”. Esto supone conocer la teología y espiritualidad de la Palabra y tratar de hacerla vida de todos. Conocer los libros litúrgicos (leccionarios) y los criterios de selección de las lecturas. Leer y estudiar asiduamente la Palabra de Dios.

- en la liturgia, póngase gran atención a la proclamación de la Palabra de Dios por parte de lectores bien instruidos. Los lectores tienen un cometido muy importante. Formarse bien, conocer lo fundamental de los leccio-

narios, conocer los géneros literarios, alimentarse de la Palabra de Dios. Ser verdaderos oyentes de la Palabra de Dios. Meditarla y procurar llevarla a la práctica. Cuando se lee la S. Escritura en la Iglesia, Dios mismo habla a su pueblo, y Cristo, presente en su Palabra, anuncia el Evangelio (n 45). El lector debe esforzarse por poner el alma en la lectura, saber que, de él, depende en gran parte el que se entienda la Palabra. Hay personas que no valen para este ministerio.

- Puede hacerse, si es necesario o aconsejable, alguna *breve monición*. Para ayudar a los fieles a una “mejor disposición”. Hoy son menos necesarias las moniciones. Nos expresamos en lenguas conocidas. Además no olvidemos que el lenguaje litúrgico no es solo verbal. Es también hecho de canto, música, silencios, gestos (genuflexión, inclinación) posturas corporales (sentarse, ponerse de rodillas) y elementos: colores, adornos (flores, imágenes), olores (incienso), elementos (agua, vino, pan, aceite, etc.). Todo esto hace que el mensaje de la liturgia llegue por diversos cauces. Las moniciones enseñan, pero deben invitar también a las *disposiciones o actitudes interiores*: escuchar con atención, oír con deseo de sintonizar, escuchar con profunda alegría, acoger la Palabra con corazón humilde o contrito, escuchar la lectura contemplando (“como si allí presente me hallare”). Pero, sobre todo, las moniciones deben ser breves e incluso escritas, bien pensadas.

-*Comprender bien la Palabra.* Para ello, debe escucharse y acogerla con espíritu eclesial y siendo conscientes de su unidad con el sacramento eucarístico. La Palabra que se proclama y escuchamos es el Verbo hecho carne (cf *Jn* 1, 14), hace referencia intrínseca a la persona de Cristo y a su presencia sacramental.

Para conseguir esto, *se impone* “ayudar a los fieles a apreciar los tesoros de la Sagrada Escritura en el leccionario” (n45). El Leccionario es el libro por excelencia para conocer y amar a Jesucristo. Es necesario que los fieles, mediante “iniciativas pastorales”, lo conozcan y lean asiduamente. Debería estar a disposición de todos los fieles cada día, invitarles a tomarlo en las manos y leerlo. En este contexto, el Papa apunta *dos medios*: las celebraciones de la Palabra (en Cuaresma, Adviento, donde no hay Eucaristía el domingo) y la lectura meditada (la “*lectio divina*”). Será bueno también “promover las formas de oración conservadas en la tradición”: Laudes, Vísperas, Completas y vigiliias. Esta oración tan bíblica puede conducir “a una experiencia profunda del acontecimiento de Cristo y de la economía de la salvación”, enriquecedora de la comprensión y la participación en la Eucaristía.

7. La “*Verbum Domini*”.

Es un documento también fruto de un Sínodo dedicado todo él a la Palabra de Dios. El documento vio la luz

el 2010. Nos centraremos exclusivamente en la *segunda parte* dedicada a la Palabra de Dios en la Iglesia. Y, de un modo más concreto, estudiaremos la *mesa de la Palabra en la liturgia* (nn 52-60). Nos mueve el propósito de profundizar en la Palabra de Dios que la Iglesia recibe y comunica en la mesa de la Palabra.

7.1 *Palabra y liturgia.*

El Papa arranca de la *afirmación* hecha por el mensaje final del Sínodo (III, 6): “La Iglesia es la casa de la Palabra”. Si las cosas son así, es preciso prestar mucha atención a la sagrada liturgia, “el ámbito privilegiado” en el que Dios habla hoy a su pueblo. Toda celebración litúrgica, por su naturaleza, está imbuida de textos de la Sagrada Escritura (Cf. *SC* 24). Cristo mismo está presente en su Palabra (*SC* 7). “La celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta Palabra de Dios” (n 52). La Palabra de Dios en la liturgia “es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta” (*OLM* 4) el amor activo y eficaz del Padre hacia los hombres. El Papa destaca mucho la *acción eficaz* del Espíritu Santo sobre la Palabra que cae en el corazón de los fieles, en la celebración litúrgica. *Gracias al Paráclito*, la Palabra de Dios se hace “fundamento de la acción litúrgica, norma y ayuda de toda la vida” (n 52). Es una afirmación muy fuerte, sobre la que es necesario reflexionar y transmitir pacientemente a los fieles, después de meditarla los pas-

tores. La presencia y acción del Espíritu en la Palabra recuerda en el corazón de los fieles, “aquellas cosas que, en la proclamación de la Palabra de Dios, son leídas...y, consolidando la unidad de todos, fomenta asimismo la diversidad de los carismas y proporciona la multiplicidad de actuaciones” (OLM 9; n 52).

Una *consecuencia* de todo lo anterior es la que expone en este punto Benedicto XVI: *la necesidad* de “entender y vivir el valor esencial de la acción litúrgica para comprender la Palabra de Dios”. El Papa lo explica diciendo que, la interpretación que haga la fe de la Iglesia de la Sagrada Escritura, “debe tener siempre como punto de referencia la liturgia en la que se celebra la Palabra de Dios como palabra actual y viva”. El Papa lo explica más con palabras del OLM 3: “En la liturgia, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo con la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que Él exhorta a profundizar en el conjunto de las Escrituras partiendo del ‘hoy’ de su acontecimiento personal” (n 52). Dicho de otro modo, es la celebración misma, desde su “hoy” y “aquí”, la que colorea y da sentido nuevo y eficaz a la palabra contenida en los libros escritos. La Iglesia ha de actuar como lo hizo Jesús en su homilía de Nazaret (Lc 4, 16-21): “esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”. Esta debe ser la convicción de la Iglesia y, desde ella, activar la fe en la eficacia de la Palabra. ¿Estamos convencidos de esto? De verdad ¿creemos esto?

En esto, aparece también “la sabia pedagogía de la Iglesia”, al proclamar y escuchar la Sagrada Escritura al ritmo del año litúrgico. Esta *repetición* de los mismos misterios año tras año; la escucha de la abundante Palabra de Dios iluminando tales misterios año tras año, es un *precioso método* para profundizar la Palabra y así *entrar* (mistagogía) en el misterio de Cristo cada vez más. La Palabra de Dios al ritmo del tiempo se despliega sobre todo en la Eucaristía y la LH. En el *centro* está el misterio pascual, al que hacen referencia todos los misterios de Cristo y de la Hª de la salvación, que se actualizan sacramentalmente para que los fieles se llenen de la gracia de la salvación (Cf. SC 102).

El Papa exhorta a los Pastores de la Iglesia y agentes de pastoral a que se esfuercen por “educar a todos los fieles a gustar el sentido profundo de la Palabra de Dios” en el año litúrgico, “mostrando los misterios fundamentales de nuestra fe”. No basta leer la Palabra, no basta escucharla ni contemplarla. Es preciso *gustarla, saborearla* como se hace con los alimentos más estimados. Como se dice ahora en las propagandas de “vivir el vino”, así tenemos que hacer con la Palabra de Dios: hacer experiencia de que gustamos (saboreamos) vida, pero la vida de la Persona del Verbo hecho carne. De esto depende también “el acercamiento apropiado a la Sagrada Escritura”.

7. 2. Palabra y sacramentos.

El Sínodo se preocupó de estudiar la relación entre la Palabra y los sacramentos en la acción pastoral de la Iglesia y en la investigación teológica. La liturgia de la Palabra, como hemos visto, es un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento. Los fieles no siempre captan la unión entre la Palabra y el gesto. Son los pastores (sacerdotes y diáconos) quienes deben poner de relieve en la celebración tal unidad. En la relación entre Palabra y gesto sacramental se muestra, en forma litúrgica, el actuar propio de Dios en la historia a través del *carácter performativo* de la Palabra. En la Hª de la salvación, no hay separación entre lo que Dios *dice* y *hace*. Su Palabra se manifiesta como viva y eficaz (cf *Heb* 4, 12). Este es el mismo sentido, en hebreo, de *dabar*. De igual modo, *en la acción litúrgica* su Palabra realiza lo que dice. Cuando se educa al Pueblo para captar “el carácter performativo de la Palabra de Dios en la liturgia”, se le ayuda a la vez a percibir la actuación de Dios en la Hª de la salvación y en la vida de cada fiel. Esto ha llevado a los PP sinodales a tratar sobre *la sacramentalidad de la Palabra*.

El misterio de la encarnación es el origen de la sacramentalidad de la Palabra de Dios: “Y la Palabra se hizo carne” (*Jn* 1, 14). La realidad del misterio revelado se nos comunica en la “carne” del Hijo. El mis-

terio se capta en su profundidad en la unión inseparable entre la realidad significativa (carne) y su significado (el Verbo de Dios e Hijo). La Palabra de Dios se percibe por la fe mediante el “signo”, en cuanto palabra y gesto humano. La Palabra tiene un horizonte *sacramental* en el sentido siguiente: por ella, el Verbo de Dios entra en el tiempo y en el espacio de un modo histórico salvífico. Por la carne, el Verbo de Dios se convierte en interlocutor del hombre, que acoge el don por la fe.

La sacramentalidad de la Palabra se entiende en analogía con la presencia real de Cristo bajo las especies eucarísticas. Al participar del banquete eucarístico, comulgamos realmente el cuerpo y la sangre de Cristo. “La proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido” (*SC* 7; n 56). San Jerónimo, refiriéndose a la actitud a observar respecto a la Eucaristía y la Palabra de Dios, dice: “Nosotros leemos las sagradas Escrituras. Yo pienso que el Evangelio es el Cuerpo de Cristo; yo pienso que las Sagradas Escrituras son su enseñanza. Y cuando él dice: **<Quien come mi carne y bebe mi sangre>** (*Jn* 6, 53), aunque estas palabras puedan entenderse como referidas también al Misterio[eucarístico], sin embargo, el cuerpo de Cristo y su sangre es realmente la palabra de la Escritura, es la enseñanza de Dios. Cuando acudimos al Misterio [eucarístico],

si cae una partícula, nos sentimos perdidos. Y cuando estamos escuchando la Palabra de Dios, y se nos vierte en el oído la Palabra de Dios y la carne y la sangre de Cristo, mientras que nosotros estamos pensando en otra cosa, ¿cuántos graves peligros corremos? (*In Psalmum 147: CCL 78, 337-338*).

Cristo presente realmente en las sagradas especies, “está presente *de modo análogo* también en la Palabra proclamada en la liturgia” (n 56). En consecuencia, “profundizar en el sentido de la sacramentalidad de la Palabra de Dios” ayudará “a una comprensión más unitaria del misterio de la revelación en <obras y palabras íntimamente ligadas> (*DV 2*), favoreciendo la vida espiritual de los fieles y la acción pastoral de la Iglesia. Nos queda mucho camino por recorrer para llegar a la *convicción de fe* de que, cuando escuchamos la Palabra de Dios y la acogemos, recibimos el cuerpo de Cristo y, por tanto, a su persona, que, en el aquí y ahora, nos interpela y conversa con nosotros. Sin mermar nada a la convicción de fe sobre la sacramentalidad eucarística, es preciso profundizar y trabajar por crear esta *conciencia sobre la sacralidad análoga* de la Palabra.

7. 3. Palabra y Eucaristía.

Lo que se dice genéricamente de la relación entre Palabra y sacramento se profundiza al referirnos a la celebración eucarística. La íntima unidad entre Palabra y Eucaristía arraiga en el

testimonio bíblico (cf *Jn 6*; *Lc 24*), la confirman los SS. PP y la reafirma el Vat. II (*SC 48, 51, 56; DV 21, 26; AG 6, 15; PO 18; PC 6*)¹. En el discurso del pan de vida (Cf *Jn 6, 22-69*). En este pasaje, “la Ley se ha hecho Persona” (n 54). En conexión con el prólogo del Evangelio de san Juan el discurso de Cafarnaún sale profundizado. En el *primero*, el *Logos* de Dios se hace carne, en el *segundo*, es “pan” para la vida del mundo (cf *Jn 6, 51*), aludiendo a la entrega que Jesús hará de sí mismo en la cruz, confirmada por la afirmación sobre su sangre que se da a “beber” (cf *Jn 6, 53*). Consiguientemente, en el misterio de la Eucaristía, se muestra cuál es el verdadero maná, el auténtico pan del cielo: el *Logos* de Dios, hecho carne, entregado a sí mismo por nosotros en el misterio pascual.

Conclusión. Es muy densa la doctrina sobre la mesa de la Palabra. La Iglesia que estableció los grandes principios sobre la Escritura y la Liturgia, sobre la grandísima importancia de la Palabra de Dios, proclamada en la celebración litúrgica, nos ofrece, en sus documentos últimos, las conclusiones litúrgicas y pastorales que dimanan de ellos. Es preciso asimilar bien tales principios y asumir las conclusiones tan importantes para la vida de la Iglesia. Los pastores tenemos la obligación de introducir a los fieles en esta riqueza de vida, de fe y de evangelización.

Ramiro González Cougil
Delegado diocesano de Liturgia.

NOTAS

1. En la gran Tradición de la Iglesia encontramos estas expresiones: “Corpus Christi intelligitur etiam...Scriptura Dei”. “La carne del Señor es verdadera comida y su sangre verdadera bebida; este es el verdadero bien que se nos da en la vida presente, alimentarse de su carne y beber su sangre, no solo en la Eucaristía, sino también en la lectura de la Sagrada Escritura. En efecto, lo que se obtiene del conocimiento de las Escrituras es verdadera comida y verdadera bebida”: S. Jerónimo, *Commentarius in Ecclesiam* 3: PL 23, 1092 A. Tomado de la nota 191 de *VD*.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota sobre una Resolución del Tribunal Europeo de Derechos Humanos

Viernes, 13 de Abril de 2012. *Secretaría General*

La Conferencia Episcopal Española quiere mostrar su preocupación ante una decisión adoptada por los Jueces de la Sección Tercera del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, en Estrasburgo, que, si fuera ratificada, afectaría negativamente a la autonomía y a la específica organización y funcionamiento de las Iglesias y Confesiones religiosas y, por tanto, al ejercicio del derecho fundamental de libertad religiosa en toda Europa.

Se trata de la denominada causa “S.P. contra Rumanía”, promovida contra la Autoridad civil rumana, la cual no admitió inscribir como sindicato a un grupo de sacerdotes y laicos de la Iglesia ortodoxa, considerando que la creación de ese sindicato no es acorde con el ordenamiento jurídico canónico, europeo e internacional. Con su resolución del 31 de enero de 2012, la mencionada Sección del Tribunal de Estrasburgo ha sentenciado que la inadmisión del sindicato en cuestión sería contraria al derecho de libertad de asociación, sin haber ponderado adecuadamente el alcance del derecho primario de libertad religiosa. En estos días, la Gran Sala del Tribunal decide si admite o no el recurso que ha sido presentado ante ella contra la resolución de la Sección Tercera.

Con pleno respeto a los derechos fundamentales de todos y a las decisiones judiciales que han de promoverlos, la Conferencia Episcopal Española espera que se revise la resolución emitida, por hallarse en franca contradicción con puntos fundamentales y perfectamente consolidados de la jurisprudencia del alto Tribunal europeo y porque, de confirmarse la sentencia, se pondría en cuestión la seguridad jurídica de un derecho fundamental como es el de la libertad religiosa.

Fallecimientos episcopales

Mons. D. Felipe Fernández García, obispo emérito de Tenerife. Falleció el día 6 de Abril de 2012.

Realizó sus estudios en Sagrada Teología en la universidad Pontificia de Salamanca en 1958. Es licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Gregoriana de Roma en 1960.

CARGOS PASTORALES

Fue coadjutor de la parroquia de Santiago en Don Benito, Badajoz, de 1960-1965. Consiliario de varios movimientos de Acción Católica en el mismo lugar de 1960 a 1965 y profesor de Religión del colegio Público de Plasencia entre 1960-1965. Por otro lado, fue secretario de redacción de la revista Pastoral Misionera (1965-1969). Ejerció de profesor de Sociología, de Doctrina Social de la Iglesia y de Pastoral en el Seminario Mayor de Plasencia entre 1968-1976. De 1969 a 1976 fue Vicario de Pastoral de Plasencia y profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca (1972-1976).

Ha sido Obispo para la Acción Católica Española y Presidente de Manos Unidas-Campaña contra el Hambre de 1977 a 1984. Participó como Miembro Sinodal en el Sínodo de los Obispos sobre los Laicos en 1987.

Fue nombrado Obispo de Ávila en 1976 y en 1991 Obispo de Tenerife. El 29 de junio de 2005, es nombrado Administrador Apostólico de la Diócesis al ser aceptada su renuncia por razones de salud que había presentado en septiembre de 2004, cesando el 4 de septiembre de 2005 al tomar posesión el nuevo obispo, pasando a ser obispo emérito de la Diócesis de Tenerife.

Mons. José Cerviño Cerviño, Obispo Emérito de Tui-Vigo. Falleció el día 18 de Abril de 2012.

Nació el 21 de agosto de 1920 en Alda, Pontevedra. Estudió Humanidades en el Seminario diocesano de Tuy de 1933 a 1940. Después, cursó Filosofía y Teología en el Seminario Diocesano de Santiago entre los años 1940-1946. Es licenciado en Derecho Canónico por la Universidad Pontificia de Salamanca (1947-1949).

CARGOS PASTORALES

Fue coadjutor en la parroquia de San miguel dos Agros en Santiago de Compostela de 1946 a 1947 y Consiliario Diocesano de Jóvenes de Acción Católica en el mismo año y director de la revista *Ultreia* también de la AC entre 1949 y 1952. Por otro lado, fue vicerrector del Seminario Diocesano de Tui (1949-1953). Fue también educador del Seminario Mayor de Santiago entre 1953 y 1955 y rector del Seminario Menor de Santiago (1955-1968).

Canónigo Penitenciario de la Catedral de Santiago (1964-1968); profesor de Religión en la Universidad de Santiago (1966-1968).

Fue nombrado Obispo Auxiliar de Santiago el 28 de julio de 1968 hasta 1975. En 1976, fue nombrado Obispo de Tui-Vigo, cargo que desempeñaría hasta 1996.

Otros cargos que desempeñó: Presidente de la Comisión Interdiocesana para la Liturgia en Lengua Gallega (1969) y Presidente de la comisión Mixta para el Patrimonio de la Iglesia en Galicia (1989).

Mons. D. Ramón Búa Otero, obispo emérito de Calahorra y La Calzada-Logroño. Falleció el día 21 de abril de 2012.

Mons. D. Ramón Búa Otero nació en la Isla de Arousa (provincia de Pontevedra, diócesis de Santiago de Compostela), el 28 de abril de 1933.

Tras los estudios eclesiásticos en el Seminario de Tui, se trasladó a Roma, donde fue ordenado sacerdote el 19 de marzo de 1961, y obtuvo la Licenciatura en Teología (1962) y en Sagrada Escritura (1964), continuando en la Urbe sus estudios hasta 1966.

CARGOS PASTORALES

De nuevo en la Diócesis, desempeñó, de 1966 a 1982, los siguientes cargos: Prefecto de Filósofos y Profesor de Sagrada Escritura en el Seminario Mayor de Vigo; Delegado Episcopal de Enseñanza y Catequesis, y Asesor religioso de la emisora COPE-Vigo. Desde 1969, Profesor de Religión del Instituto Nacional Femenino de Enseñanza Media en Vigo. En 1972 obtuvo, por oposición, a Ca-

nonjía Lectoral. Posteriormente (1978), fue nombrado Ecónomo (Administrador Parroquial) de Santa María de Vigo (Concatedral).

El día 12 de enero de 1982 se hizo público su nombramiento como Obispo de Tarazona; la ordenación episcopal y toma de posesión tuvo lugar en la Catedral de Tarazona el 21 de febrero de 1982. Ocho años después, su Santidad lo nombró Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño.

Por motivos de salud, hubo de presentar su renuncia al gobierno pastoral de la diócesis. El Papa la aceptó el 15 de septiembre de 2003.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ANGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo de Ramos, 1 de abril de 2012

XXVII Jornada Mundial de la Juventud.

Queridos hermanos y hermanas

Al final de esta celebración, quiero dirigir un cordial saludo a todos los presentes: a los señores cardenales, a los hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas, y a todos los fieles. Un saludo especial al comité organizador de la pasada Jornada mundial de la juventud de Madrid y al que está organizando la próxima, de Río de Janeiro; así como a los delegados en el encuentro internacional sobre las Jornadas mundiales de la juventud, organizado por el Consejo pontificio para los laicos, aquí representado por su presidente, el cardenal Ryłko, y el secretario, monseñor Clemens.

Saludo cordialmente a los jóvenes y demás peregrinos de lengua española, que participan en la liturgia del domingo de Ramos y en la Jornada mundial de la juventud de este año. En particular, a los jóvenes madrileños acompañados por su pastor, el cardenal Antonio María Rouco Varela. En

el comienzo de la Semana Santa, os invito a todos a participar con fe y devoción en la celebración anual de los misterios de la Pasión y Resurrección de Jesucristo y experimentar la grandeza de su amor, que nos libra del pecado y de la muerte, y nos abre las puertas a la auténtica alegría. ¡Feliz domingo! ¡Feliz Semana Santa!

Quiero dirigir ahora mi saludo afectuoso a los jóvenes y demás peregrinos de lengua portuguesa que participan en esta celebración del domingo de Ramos. De modo particular, saludo al arzobispo don Orani Tempesta, al gobernador y al prefecto de Río de Janeiro y demás autoridades y miembros del comité responsable de la organización de la próxima Jornada mundial de la juventud, el año que viene. En los trabajos preparatorios de la misma, procurad vivir según la invitación que se nos hace hoy: «Alegraos siempre en el Señor». De este modo, el espíritu alegre y acogedor, connatural a los brasileños, será sublimado por la alegría que nace de la unión con Cristo, el único Redentor. Así podréis recibir con los brazos abiertos -como la estatua de Cristo que domina el paisaje carioca- a los jóvenes que irán de todos los rincones del mundo a vuestra ciudad. A todos deseo una feliz y santa Pascua.

REGINA CÆLI

Castelgandolfo. Lunes del Ángel, 9 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

¡Feliz día a todos vosotros! El lunes después de Pascua en muchos países es un día de vacación, en el que se puede dar un paseo en medio de la naturaleza o ir a visitar a parientes un poco lejanos para una reunión en familia. Pero quisiera que, en la mente y en el corazón de los cristianos, siempre estuviera presente el motivo de esta vacación, es decir, la resurrección de Jesús, el misterio decisivo de nuestra fe. De hecho, como escribe san Pablo a los Corintios, «si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe» (1 Co 15, 14). Por eso, en estos días es importante releer los relatos de la resurrección de Cristo que encontramos en los cuatro Evangelios y leerlos con nuestro corazón. Se trata de relatos que, de modos diversos, presentan los encuentros de los discípulos con Jesús resucitado, y así nos permiten meditar en este acontecimiento estupendo que ha transformado la historia y da sentido a la existencia de todo hombre, de cada uno de nosotros.

Los evangelistas no describen el acontecimiento de la resurrección en cuanto tal. Ese acontecimiento permanece misterioso, no en el sentido de menos real, sino de oculto, más allá del alcance de nuestro conocimiento:

como una luz tan deslumbrante que no se puede observar con los ojos, pues de lo contrario los cegaría. Los relatos comienzan, en cambio, desde que, al alba del día después del sábado, las mujeres se dirigieron al sepulcro y lo encontraron abierto y vacío. San Mateo habla también de un terremoto y de un ángel deslumbrante que corrió la gran piedra de la tumba y se sentó encima de ella (cf. Mt 28, 2). Tras recibir del ángel el anuncio de la resurrección, las mujeres, llenas de miedo y de alegría, corrieron a dar la noticia a los discípulos, y precisamente en aquel momento se encontraron con Jesús, se postraron a sus pies y lo adoraron; y él les dijo: «No temáis; id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mt 28, 10). En todos los Evangelios, las mujeres ocupan gran espacio en los relatos de las apariciones de Jesús resucitado, como también en los de la pasión y muerte de Jesús. En aquellos tiempos, en Israel, el testimonio de las mujeres no podía tener valor oficial, jurídico, pero las mujeres vivieron una experiencia de vínculo especial con el Señor, que es fundamental para la vida concreta de la comunidad cristiana, y esto siempre, en todas las épocas, no solo al inicio del camino de la Iglesia.

Modelo sublime y ejemplar de esta relación con Jesús, de modo especial en su Misterio pascual, es naturalmente María, la Madre del Señor. Precisamente a través de la experiencia trans-

formadora de la Pascua de su Hijo, la Virgen María se convierte también en Madre de la Iglesia, es decir, de cada uno de los creyentes y de toda la comunidad. A ella, nos dirigimos ahora invocándola como *Regina caeli*, con la oración que la tradición nos hace rezar en lugar del *Ángelus* durante todo el tiempo pascual. Que María nos obtenga experimentar la presencia viva del Señor resucitado, fuente de esperanza y de paz.

Domingo de la Divina Misericordia, 15 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Cada año, al celebrar la Pascua, revivimos la experiencia de los primeros discípulos de Jesús, la experiencia del encuentro con él resucitado: el Evangelio de san Juan dice que lo vieron aparecer en medio de ellos, en el cenáculo, la tarde del mismo día de la Resurrección, «el primero de la semana», y luego «ocho días después» (cf. *Jn* 20, 19.26). Ese día, llamado después «domingo», «día del Señor», es el día de la asamblea, de la comunidad cristiana que se reúne para su culto propio, es decir la Eucaristía, culto nuevo y distinto desde el principio del judío del sábado. De hecho, la celebración del día del Señor es una prueba muy fuerte de la Resurrección de Cristo, porque solo un acontecimiento extraordinario y trascendente podía inducir a los

primeros cristianos a iniciar un culto diferente al sábado judío.

Entonces, como ahora, el culto cristiano no es solo una conmemoración de acontecimientos pasados, y mucho menos una experiencia mística particular, interior, sino fundamentalmente un encuentro con el Señor resucitado, que vive en la dimensión de Dios, más allá del tiempo y del espacio, y sin embargo está realmente presente en medio de la comunidad, nos habla en las Sagradas Escrituras, y parte para nosotros el Pan de vida eterna. A través de estos signos, vivimos lo que experimentaron los discípulos, es decir, el hecho de ver a Jesús y al mismo tiempo no reconocerlo; de tocar su cuerpo, un cuerpo verdadero, pero libre de ataduras terrenales.

Es muy importante lo que refiere el Evangelio, o sea, que Jesús, en las dos apariciones a los Apóstoles reunidos en el cenáculo, repitió varias veces el saludo: «Paz a vosotros» (*Jn* 20, 19.21.26). El saludo tradicional, con el que se desea el *shalom*, la paz, se convierte aquí en algo nuevo: se convierte en el don de aquella paz que solo Jesús puede dar, porque es el fruto de su victoria radical sobre el mal. La «paz» que Jesús ofrece a sus amigos es el fruto del amor de Dios que lo llevó a morir en la cruz, a derramar toda su sangre, como Cordero manso y humilde, «lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1, 14). Por eso, el beato Juan Pablo II quiso dedicar este domingo después de Pascua a la Divina Misericordia, con una imagen

bien precisa: la del costado traspasado de Cristo, del que salen sangre y agua, según el testimonio ocular del apóstol san Juan (cf. *Jn* 19, 34-37). Pero Cristo ya ha resucitado, y, de él, vivo brotan los sacramentos pascuales del Bautismo y la Eucaristía: los que se acercan a ellos con fe reciben el don de la vida eterna.

Queridos hermanos y hermanas, acojamos el don de la paz que nos ofrece Jesús resucitado; dejémonos llenar el corazón de su misericordia. De esta manera, con la fuerza del Espíritu Santo, el Espíritu que resucitó a Cristo de entre los muertos, también nosotros podemos llevar a los demás estos dones pascuales. Que nos lo obtenga María santísima, Madre de Misericordia.

AUDIENCIAS

Plaza de San Pedro. Miércoles, 4 de abril de 2012

Viaje apostólico a México y República de Cuba. Triduo Pascual

Queridos hermanos y hermanas:

Siguen vivas en mí las emociones suscitadas por el reciente viaje apostólico a México y a Cuba, sobre el que quiero reflexionar hoy. Surge espontáneamente en mi alma la acción de gracias al Señor: en su providencia, quiso que fuera por primera vez como Sucesor de Pedro a esos dos países, que conservan un recuerdo indeleble de las visitas realizadas por el beato Juan Pablo II. El bicentenario de la independencia de México y de otros países latinoamericanos, el vigésimo aniversario de las relaciones diplomáticas entre México

y la Santa Sede, y el cuarto centenario del hallazgo de la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre en la República de Cuba fueron las ocasiones de mi peregrinación. Con ella, quise abrazar idealmente a todo el continente, invitando a todos a vivir juntos en la esperanza y en el compromiso concreto de caminar unidos hacia un futuro mejor. Expreso mi agradecimiento a los señores presidentes de México y de Cuba, que con deferencia y cortesía, me dieron su bienvenida, así como a las demás autoridades. Doy las gracias de corazón a los arzobispos de León, de Santiago de Cuba y de La Habana, y a los demás venerados hermanos en el episcopado, que me acogieron con gran afecto, así como a sus colaboradores y a todos los que se prodigaron generosamente por mi visita pastoral. Fueron días inolvidables de alegría y de esperanza, que quedarán impresos en mi corazón.

La primera etapa fue León, en el Estado de Guanajuato, centro geográfico de México. Allí una gran multitud en fiesta me dispensó una acogida extraordinaria y entusiasta, como signo del abrazo cordial de todo un pueblo. Desde la ceremonia de bienvenida pude apreciar la fe y el calor de los sacerdotes, de las personas consagradas y de los fieles laicos. En presencia de los exponentes de las instituciones, de numerosos obispos y de representantes de la sociedad, recordé la necesidad del reconocimiento y de la tutela de los derechos fundamentales de la persona humana, entre los que destaca la libertad religiosa, asegurando mi cercanía a quienes sufren a causa de plagas sociales, de antiguos y nuevos conflictos, de la corrupción y de la violencia. Recuerdo con profunda gratitud la fila interminable de gente a lo largo de las calles, que me acompañó con entusiasmo. En esas manos tendidas en señal de saludo y de afecto, en esos rostros alegres, en esos gritos de alegría, constaté la tenaz esperanza de los cristianos mexicanos, esperanza que permaneció encendida en los corazones a pesar de los difíciles momentos de violencia, que no dejé de deplorar y a cuyas víctimas dirigí un conmovido pensamiento; y pude confortar personalmente a algunas. Ese mismo día, me encontré con muchísimos niños y adolescentes, que son el futuro de la nación y de la Iglesia. Su inagotable alegría, manifestada con ruidosos cantos y músicas, así como sus miradas y sus gestos, expresaban el fuerte deseo de todos los mu-

chachos de México, de América Latina y del Caribe, de poder vivir en paz, con serenidad y armonía, en una sociedad más justa y reconciliada.

Los discípulos del Señor deben incrementar la alegría de ser cristianos, la alegría de pertenecer a su Iglesia. De esta alegría, nacen también las energías para servir a Cristo en las situaciones difíciles y de sufrimiento. Recordé esta verdad a la inmensa multitud que se reunió para la celebración eucarística dominical en el parque del Bicentenario de León. Exhorté a todos a confiar en la bondad de Dios omnipotente que puede cambiar desde dentro, desde el corazón, las situaciones insoportables y oscuras. Los mexicanos respondieron con su fe ardiente; y en su adhesión convencida al Evangelio reconocí una vez más signos consoladores de esperanza para el continente. El último evento de mi visita a México fue, también en León, la celebración de las vísperas en la catedral de Nuestra Señora de la Luz, con los obispos mexicanos y los representantes de los Episcopados de América. Manifesté mi cercanía a su compromiso frente a los diversos desafíos y dificultades, y mi gratitud por los que siembran el Evangelio en situaciones complejas y a menudo con muchas limitaciones. Los animé a ser pastores celosos y guías seguros, suscitando por doquier comunión sincera y adhesión cordial a la enseñanza de la Iglesia. Luego dejé la amada tierra mexicana, donde experimenté una devoción y un afecto especiales al Vicario de Cristo.

Antes de partir, estimulé al pueblo mexicano a permanecer fiel al Señor y a su Iglesia, bien anclado en sus raíces cristianas.

Al día siguiente, comenzó la segunda parte de mi viaje apostólico con la llegada a Cuba, adonde fui ante todo para sostener la misión de la Iglesia católica, comprometida a anunciar con alegría el Evangelio, a pesar de la pobreza de medios y las dificultades que todavía quedan por superar, para que la religión pueda prestar su servicio espiritual y formativo en el ámbito público de la sociedad. Esto lo quise subrayar al llegar a Santiago de Cuba, segunda ciudad de la isla, sin dejar de evidenciar las buenas relaciones existentes entre el Estado y la Santa Sede, orientadas al servicio de la presencia viva y constructiva de la Iglesia local. Además, aseguré que el Papa lleva en el corazón las preocupaciones y las aspiraciones de todos los cubanos, especialmente de los que sufren por la limitación de la libertad.

La primera santa misa que tuve la alegría de celebrar en tierra cubana se situaba en el contexto del IV centenario del hallazgo de la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba. Se trató de un momento de fuerte intensidad espiritual, con la participación atenta y orante de miles de personas, signo de una Iglesia que viene de situaciones difíciles, pero con un testimonio vivo de caridad y de presencia activa en la vida de la gente. A los católicos cubanos, que, junto a toda la

población, esperan un futuro cada vez mejor, les dirigí una invitación a dar nuevo vigor a su fe y a contribuir, con la valentía del perdón y de la comprensión, a la construcción de una sociedad abierta y renovada, donde haya cada vez más espacio para Dios porque, cuando se excluye a Dios, el mundo se transforma en un lugar inhóspito para el hombre. Antes de dejar Santiago de Cuba, me dirigí al santuario de Nuestra Señora de la Caridad en El Cobre, tan venerada por el pueblo cubano. La peregrinación de la imagen de la Virgen de la Caridad entre las familias de la isla suscitó gran entusiasmo espiritual, representando un significativo evento de nueva evangelización y una ocasión de redescubrimiento de la fe. A la Virgen santísima encomendé sobre todo a las personas que sufren y a los jóvenes cubanos.

La segunda etapa cubana fue La Habana, capital de la isla. Los jóvenes, en particular, fueron los principales protagonistas de la exuberante acogida en el itinerario hasta la nunciatura, donde tuve ocasión de reunirme con los obispos del país para hablar de los desafíos que la Iglesia cubana está llamada a afrontar, consciente de que la gente la mira con creciente confianza. Al día siguiente, presidí la santa misa en la plaza principal de La Habana, abarrotada de gente. A todos, recordé que Cuba y el mundo necesitan cambios, pero que estos cambios solo se producirán si cada uno se abre a la verdad integral sobre el hombre, presupuesto impres-

cindible para alcanzar la libertad, y decide sembrar en su entorno reconciliación y fraternidad, fundando su vida en Jesucristo: únicamente él puede disipar las tinieblas del error, ayudándonos a derrotar el mal y todo lo que nos oprime. Asimismo, quise reafirmar que la Iglesia no pide privilegios; solo pide poder proclamar y celebrar también públicamente la fe, llevando el mensaje de esperanza y de paz del Evangelio a todos los ambientes de la sociedad. Manifestando aprecio por los pasos dados hasta ahora en ese sentido por las autoridades cubanas, subrayé que es necesario proseguir en este camino de libertad religiosa cada vez más plena.

En el momento de dejar Cuba, decenas de miles de cubanos salieron a las calles para saludarme, a pesar de la fuerte lluvia. En la ceremonia de despedida, recordé que en la actualidad, los diversos componentes de la sociedad cubana están llamados a un esfuerzo de sincera colaboración y de diálogo paciente para el bien de la patria. En esta perspectiva, mi presencia en la isla, como testigo de Jesucristo, quiso ser un estímulo a abrir las puertas del corazón a él, que es fuente de esperanza y de fuerza para hacer que crezca el bien. Por esto, me despedí de los cubanos exhortándolos a reavivar la fe de sus padres y edificar un futuro cada vez mejor.

Este viaje a México y a Cuba, gracias a Dios, logró el anhelado éxito pastoral. Que el pueblo mexicano y el cu-

bano obtengan de él abundantes frutos para construir, en la comunión eclesial y con valentía evangélica, un futuro de paz y de fraternidad.

Queridos amigos, mañana por la tarde, con la santa misa *in cena Domini*, entraremos en el Triduo pascual, culmen de todo el Año litúrgico, para celebrar el Misterio central de la fe: la pasión, muerte y resurrección de Cristo. En el Evangelio de san Juan, este momento culminante de la misión de Jesús se llama su «hora», que se abre con la última Cena. El evangelista lo introduce así: «Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (*Jn* 13, 1). Toda la vida de Jesús está orientada a esta hora, caracterizada por dos aspectos que se iluminan recíprocamente: es la hora del «paso» (*metabasis*) y es la hora del «amor» (*agape*) hasta el extremo». En efecto, es precisamente el amor divino, el Espíritu del que Jesús está colmado, el que hace «pasar» a Jesús mismo a través del abismo del mal y de la muerte, y lo hace salir al «espacio» nuevo de la resurrección. Es el *agape*, el amor, el que obra esta transformación, de modo que Jesús trasciende los límites de la condición humana marcada por el pecado y supera la barrera que mantiene prisionero al hombre, separado de Dios y de la vida eterna. Participando con fe en las celebraciones litúrgicas del Triduo pascual, se nos invita a vivir esta trans-

formación obrada por el *agape*. Cada uno de nosotros ha sido amado por Jesús «hasta el extremo», es decir, hasta la entrega total de sí mismo en la cruz, cuando gritó: «Está cumplido» (*Jn* 19, 30). Dejémonos abrazar por este amor; dejémonos transformar, para que se realice de verdad en nosotros la resurrección. Os invito, por tanto, a vivir con intensidad el Triduo pascual y deseo a todos una santa Pascua. Gracias.

Llamamiento

Hoy se celebra la Jornada internacional para la sensibilización sobre el problema de las minas antipersona, a cuyas víctimas, así como a sus familiares, expreso mi cercanía. Aliento a todos los que se esfuerzan por librar a la humanidad de estos terribles e insidiosos artefactos, los cuales, como dijo el beato Juan Pablo II, con ocasión de la entrada en vigor de la Convención para su prohibición, impiden a los hombres «caminar juntos por las sendas de la vida sin temer las insidias de destrucción y de muerte» (*Ángelus*, 28 de febrero de 1999).

Plaza de San Pedro. Miércoles, 11 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Después de las solemnes celebraciones de la Pascua, nuestro encuentro de hoy está impregnado de alegría espiri-

tual. Aunque el cielo esté gris, en el corazón llevamos la alegría de la Pascua, la certeza de la Resurrección de Cristo, que triunfó definitivamente sobre la muerte. Ante todo, renuevo a cada uno de vosotros un cordial deseo pascual: que, en todas las casas y en todos los corazones, resuene el anuncio gozoso de la Resurrección de Cristo, para que haga renacer la esperanza.

En esta catequesis, quiero mostrar la transformación que la Pascua de Jesús provocó en sus discípulos. Partimos de la tarde del día de la Resurrección. Los discípulos están encerrados en casa por miedo a los judíos (cf. *Jn* 20, 19). El miedo oprime el corazón e impide salir al encuentro de los demás, al encuentro de la vida. El Maestro ya no está. El recuerdo de su Pasión alimenta la incertidumbre. Pero Jesús ama a los suyos y está a punto de cumplir la promesa que había hecho durante la última Cena: «No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros» (*Jn* 14, 18) y esto lo dice también a nosotros, incluso en tiempos grises: «No os dejaré huérfanos». Esta situación de angustia de los discípulos cambia radicalmente con la llegada de Jesús. Entra a pesar de estar las puertas cerradas, está en medio de ellos y les da la paz que tranquiliza: «Paz a vosotros» (*Jn* 20, 19). Es un saludo común que, sin embargo, ahora adquiere un significado nuevo, porque produce un cambio interior; es el saludo pascual, que hace que los discípulos superen todo miedo. La paz que Jesús trae es el don de la salvación que él había prometido

durante sus discursos de despedida: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 27). En este día de Resurrección, él la da en plenitud y esa paz se convierte para la comunidad en fuente de alegría, en certeza de victoria, en seguridad por apoyarse en Dios. También a nosotros nos dice: «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14, 1).

Después de este saludo, Jesús muestra a los discípulos las llagas de las manos y del costado (cf. Jn 20, 20), signos de lo que sucedió y que nunca se borrará: su humanidad gloriosa permanece «herida». Este gesto tiene como finalidad confirmar la nueva realidad de la Resurrección: el Cristo que ahora está entre los suyos es una persona real, el mismo Jesús que tres días antes fue clavado en la cruz. Y así, en la luz deslumbrante de la Pascua, en el encuentro con el Resucitado, los discípulos captan el sentido salvífico de su pasión y muerte. Entonces, de la tristeza y el miedo pasan a la alegría plena. La tristeza y las llagas mismas se convierten en fuente de alegría. La alegría que nace en su corazón deriva de «ver al Señor» (Jn 20, 20). Él les dice de nuevo: «Paz a vosotros» (v. 21). Ya es evidente que no se trata solo de un saludo. Es un don, *el* don que el Resucitado quiere hacer a sus amigos, y al mismo tiempo es una consigna: esta paz, adquirida por Cristo con su sangre, es para ellos pero también para todos nosotros, y los discípulos deberán llevarla a todo el mundo. De hecho,

añade: «Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (*ib.*). Jesús resucitado ha vuelto entre los discípulos para enviarlos. Él ya ha completado su obra en el mundo; ahora les toca a ellos sembrar en los corazones la fe para que el Padre, conocido y amado, reúna a todos sus hijos de la dispersión. Pero Jesús sabe que, en los suyos, hay aún mucho miedo, siempre. Por eso realiza el gesto de soplar sobre ellos y los regenera en su Espíritu (cf. Jn 20, 22); este gesto es el signo de la nueva creación. Con el don del Espíritu Santo que proviene de Cristo resucitado, comienza de hecho un mundo nuevo. Con el envío de los discípulos en misión, se inaugura el camino del pueblo de la nueva alianza en el mundo, pueblo que cree en él y en su obra de salvación, pueblo que testimonia la verdad de la resurrección. Esta novedad de una vida que no muere, traída por la Pascua, se debe difundir por doquier, para que las espinas del pecado que hieren el corazón del hombre dejen lugar a los brotes de la Gracia, de la presencia de Dios y de su amor que vencen al pecado y a la muerte.

Queridos amigos, también hoy el Resucitado entra en nuestras casas y en nuestros corazones, aunque a veces las puertas están cerradas. Entra donando alegría y paz, vida y esperanza, dones que necesitamos para nuestro renacimiento humano y espiritual. Solo él puede correr aquellas piedras sepulcrales que el hombre a menudo pone sobre sus propios sentimientos, sobre sus propias relaciones, sobre sus pro-

pios comportamientos; piedras que sellan la muerte: divisiones, enemistades, rencores, envidias, desconfianzas, indiferencias. Solo él, el Viviente, puede dar sentido a la existencia y hacer que reemprenda su camino el que está cansado y triste, el desconfiado y el que no tiene esperanza. Es lo que experimentaron los dos discípulos que el día de Pascua iban de camino desde Jerusalén hacia Emaús (cf. *Lc* 24, 13-35). Hablan de Jesús, pero su «rostro triste» (cf. v. 17) expresa sus esperanzas defraudadas, su incertidumbre y su melancolía. Habían dejado su aldea para seguir a Jesús con sus amigos, y habían descubierto una nueva realidad, en la que el perdón y el amor ya no eran solo palabras, sino que tocaban concretamente la existencia. Jesús de Nazaret lo había hecho todo nuevo, había transformado su vida. Pero ahora estaba muerto y parecía que todo había acabado.

Sin embargo, de improviso, ya no son dos, sino tres las personas que caminan. Jesús se une a los dos discípulos y camina con ellos, pero son incapaces de reconocerlo. Ciertamente, han escuchado las voces sobre la resurrección; de hecho le refieren: «Algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo» (vv. 22-23). Y todo eso no había bastado para convencerlos, pues «a él no lo vieron» (v. 24). Entonces Jesús, con paciencia, «comen-

zando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (v. 27). El Resucitado explica a los discípulos la Sagrada Escritura, ofreciendo su clave de lectura fundamental, es decir, él mismo y su Misterio pascual: de él, dan testimonio las Escrituras (cf. *Jn* 5, 39-47). El sentido de todo, de la Ley, de los Profetas y de los Salmos, repentinamente se abre y resulta claro a sus ojos. Jesús había abierto su mente a la inteligencia de las Escrituras (cf. *Lc* 24, 45).

Mientras tanto, habían llegado a la aldea, probablemente a la casa de uno de los dos. El forastero viandante «simula que va a seguir caminando» (v. 28), pero luego se queda porque se lo piden con insistencia: «Quédate con nosotros» (v. 29). También nosotros debemos decir al Señor, siempre de nuevo, con insistencia: «Quédate con nosotros». «Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando» (v. 30). La alusión a los gestos realizados por Jesús en la última Cena es evidente. «A ellos, se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (v. 31). La presencia de Jesús, primero con las palabras y luego con el gesto de partir el pan, permite a los discípulos reconocerlo, y pueden sentir de modo nuevo lo que habían experimentado al caminar con él: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32). Este episodio nos indica dos «lugares» privilegiados en los que podemos encontrar al Resucitado que

transforma nuestra vida: la escucha de la Palabra, en comunión con Cristo, y el partir el Pan; dos «lugares» profundamente unidos entre sí porque «Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico» (Exhort. ap. postsin. *Verbum Domini*, 54-55).

Después de este encuentro, los dos discípulos «se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: “Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”» (vv. 33-34). En Jerusalén, escuchan la noticia de la resurrección de Jesús y, a su vez, cuentan su propia experiencia, inflamada de amor al Resucitado, que les abrió el corazón a una alegría incontenible. Como dice san Pedro, «mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, fueron regenerados para una esperanza viva» (cf. *1 P* 1, 3). De hecho, renace en ellos el entusiasmo de la fe, el amor a la comunidad, la necesidad de comunicar la buena nueva. El Maestro ha resucitado y con él toda la vida resurge; testimoniar este acontecimiento se convierte para ellos en una necesidad ineludible.

Queridos amigos, que el Tiempo pascual sea para todos nosotros la ocasión propicia para redescubrir con alegría y entusiasmo las fuentes de la fe, la presencia del Resucitado entre nosotros. Se trata de realizar el mis-

mo itinerario que Jesús hizo seguir a los dos discípulos de Emaús, a través del redescubrimiento de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, es decir, caminar con el Señor y dejarse abrir los ojos al verdadero sentido de la Escritura y a su presencia al partir el pan. El culmen de este camino, entonces como hoy, es la Comunión eucarística: en la Comunión, Jesús nos alimenta con su Cuerpo y su Sangre, para estar presente en nuestra vida, para renovarnos, animados por el poder del Espíritu Santo.

En conclusión, la experiencia de los discípulos nos invita a reflexionar sobre el sentido de la Pascua para nosotros. Dejémosnos encontrar por Jesús resucitado. Él, vivo y verdadero, siempre está presente en medio de nosotros; camina con nosotros para guiar nuestra vida, para abrirnos los ojos. Confíemos en el Resucitado, que tiene el poder de dar la vida, de hacernos renacer como hijos de Dios, capaces de creer y de amar. La fe en él transforma nuestra vida: la libra del miedo, le da una firme esperanza, la hace animada por lo que da pleno sentido a la existencia, el amor de Dios. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles, 18 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Después de las grandes fiestas, volvemos ahora a las catequesis sobre la

oración. En la audiencia, antes de la Semana Santa, reflexionamos sobre la figura de la santísima Virgen María, presente en medio de los Apóstoles en oración mientras esperaban la venida del Espíritu Santo. Un clima de oración acompaña los primeros pasos de la Iglesia. Pentecostés no es un episodio aislado, porque la presencia y la acción del Espíritu Santo guían y animan constantemente el camino de la comunidad cristiana. En los *Hechos de los Apóstoles*, san Lucas, además de narrar la gran efusión acontecida en el Cenáculo cincuenta días después de la Pascua (cf. *Hch* 2, 1-13), refiere otras irrupciones extraordinarias del Espíritu Santo, que se repiten en la historia de la Iglesia. Hoy deseo reflexionar sobre lo que se ha definido el «pequeño Pentecostés», que tuvo lugar en el culmen de una fase difícil en la vida de la Iglesia naciente.

Los *Hechos de los Apóstoles* narran que, después de la curación de un paralítico a las puertas del templo de Jerusalén (cf. *Hch* 3, 1-10), Pedro y Juan fueron arrestados (cf. *Hch* 4, 1) porque anunciaban la resurrección de Jesús a todo el pueblo (cf. *Hch* 3, 11-26). Tras un proceso sumario, fueron puestos en libertad, se reunieron con sus hermanos y les narraron lo que habían tenido que sufrir por haber dado testimonio de Jesús resucitado. En aquel momento, dice san Lucas, «todos invocaron a una a Dios en voz alta» (*Hch* 4, 24). Aquí san Lucas refiere la oración más amplia de la Iglesia que encontramos en el Nuevo

Testamento, al final de la cual, como hemos escuchado, «tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios» (*At* 4, 31).

Antes de considerar esta hermosa oración, notemos una importante actitud de fondo: frente al peligro, a la dificultad, a la amenaza, la primera comunidad cristiana no trata de hacer un análisis sobre cómo reaccionar, encontrar estrategias, cómo defenderse, qué medidas adoptar, sino que, ante la prueba, se dedica a orar, se pone en contacto con Dios.

Y ¿qué característica tiene esta oración? Se trata de una oración unánime y concorde de toda la comunidad, que afronta una situación de persecución a causa de Jesús. En el original griego, san Lucas usa el vocablo «*homothumadon*» -«todos juntos», «concordes»- un término que aparece en otras partes de los *Hechos de los Apóstoles* para subrayar esta oración perseverante y concorde (cf. *Hch* 1, 14; 2, 46). Esta concordia es el elemento fundamental de la primera comunidad y debería ser siempre fundamental para la Iglesia. Entonces no es solo la oración de Pedro y de Juan, que se encontraron en peligro, sino de toda la comunidad, porque lo que viven los dos Apóstoles no solo les atañe a ellos, sino también a toda la Iglesia. Frente a las persecuciones sufridas a causa de Jesús, la comunidad no solo no se atemoriza y no se divide, sino que se mantiene profundamente unida

en la oración, como una sola persona, para invocar al Señor. Este, diría, es el primer prodigio que se realiza cuando los creyentes son puestos a prueba a causa de su fe: la unidad se consolida, en vez de romperse, porque está sostenida por una oración inquebrantable. La Iglesia no debe temer las persecuciones que en su historia se ve obligada a sufrir, sino confiar siempre, como Jesús en Getsemaní, en la presencia, en la ayuda y en la fuerza de Dios, invocado en la oración.

Demos un paso más: ¿qué pide a Dios la comunidad cristiana en este momento de prueba? No pide la incolumidad de la vida frente a la persecución, ni que el Señor castigue a quienes encarcelaron a Pedro y a Juan; pide solo que se le conceda «predicar con valentía» la Palabra de Dios (cf. *Hch 4, 29*), es decir, pide no perder la valentía de la fe, la valentía de anunciar la fe. Sin embargo, antes de comprender a fondo lo que ha sucedido, trata de leer los acontecimientos a la luz de la fe y lo hace precisamente a través de la Palabra de Dios, que nos ayuda a descifrar la realidad del mundo.

En la oración que eleva al Señor, la comunidad comienza recordando e invocando la grandeza y la inmensidad de Dios: «Señor, tú que hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos» (*Hch 4, 24*). Es la invocación al Creador: sabemos que todo viene de él, que todo está en sus manos. Esta es la convicción que nos da certeza y valen-

tía: todo viene de él, todo está en sus manos. Luego pasa a reconocer cómo ha actuado Dios en la historia -por tanto, comienza con la creación y sigue con la historia-, cómo ha estado cerca de su pueblo manifestándose como un Dios que se interesa por el hombre, que no se ha retirado, que no abandona al hombre, su criatura; y aquí se cita explícitamente el Salmo 2, a la luz del cual se lee la situación de dificultad que está viviendo en ese momento la Iglesia. El Salmo 2 celebra la entronización del rey de Judá, pero se refiere proféticamente a la venida del Mesías, contra el cual nada podrán hacer la rebelión, la persecución, los abusos de los hombres: «¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean proyectos vanos? Se presentaron los reyes de la tierra, los príncipes conspiraron contra el Señor y contra su Mesías» (*Hch 4, 25-26*). Esto es lo que ya dice proféticamente el Salmo sobre el Mesías, y, en toda la historia, es característica esta rebelión de los poderosos contra el poder de Dios. Precisamente leyendo la Sagrada Escritura, que es Palabra de Dios, la comunidad puede decir a Dios en su oración: «En verdad, se aliaron en esta ciudad... contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, para realizar cuanto tu mano y tu voluntad habían determinado que debía suceder» (*Hch 4, 27-28*). Lo sucedido es leído a la luz de Cristo, que es la clave para comprender también la persecución, la cruz, que siempre es la clave para la Resurrección. La oposición hacia Jesús, su Pasión y Muerte, se releen, a través del Salmo

2, como cumplimiento del proyecto de Dios Padre para la salvación del mundo. Y aquí se encuentra también el sentido de la experiencia de persecución que está viviendo la primera comunidad cristiana; esta primera comunidad no es una simple asociación, sino una comunidad que vive en Cristo; por lo tanto, lo que le sucede forma parte del designio de Dios. Como aconteció a Jesús, también los discípulos encuentran oposición, incompreensión, persecución. En la oración, la meditación sobre la Sagrada Escritura a la luz del misterio de Cristo ayuda a leer la realidad presente dentro de la historia de salvación que Dios realiza en el mundo, siempre a su modo.

Precisamente por esto la primera comunidad cristiana de Jerusalén no pide a Dios en la oración que la defienda, que le ahorre la prueba, el sufrimiento, no pide tener éxito, sino solamente poder proclamar con «*parresia*», es decir, con franqueza, con libertad, con valentía, la Palabra de Dios (cf. *Hch* 4, 29).

Luego añade la petición de que este anuncio vaya acompañado por la mano de Dios, para que se realicen curaciones, señales, prodigios (cf. *Hch* 4, 30), es decir, que sea visible la bondad de Dios, como fuerza que transforme la realidad, que cambie el corazón, la mente, la vida de los hombres y lleve la novedad radical del Evangelio.

Al final de la oración, -anota san Lucas- «tembló el lugar donde estaban

reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la Palabra de Dios» (*Hch* 4, 31). El lugar tembló, es decir, la fe tiene la fuerza de transformar la tierra y el mundo. El mismo Espíritu que habló por medio del Salmo 2 en la oración de la Iglesia, irrumpe en la casa y llena el corazón de todos los que han invocado al Señor. Este es el fruto de la oración coral que la comunidad cristiana eleva a Dios: la efusión del Espíritu, don del Resucitado que sostiene y guía el anuncio libre y valiente de la Palabra de Dios, que impulsa a los discípulos del Señor a salir sin miedo para llevar la buena nueva hasta los confines del mundo.

También nosotros, queridos hermanos y hermanas, debemos saber llevar los acontecimientos de nuestra vida diaria a nuestra oración, para buscar su significado profundo. Y como la primera comunidad cristiana, también nosotros, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios, a través de la meditación de la Sagrada Escritura, podemos aprender a ver que Dios está presente en nuestra vida, presente también y precisamente en los momentos difíciles, y que todo -incluso las cosas incomprensibles- forma parte de un designio superior de amor en el que la victoria final sobre el mal, sobre el pecado y sobre la muerte es verdaderamente la del bien, de la gracia, de la vida, de Dios.

Como sucedió a la primera comunidad cristiana, la oración nos ayuda a

leer la historia personal y colectiva en la perspectiva más adecuada y fiel, la de Dios. Y también nosotros queremos renovar la petición del don del Espíritu Santo, para que caliente el corazón e ilumine la mente, a fin de reconocer que el Señor realiza nuestras invocaciones según su voluntad de amor y no según nuestras ideas. Guiados por el Espíritu de Jesucristo, seremos capa-

ces de vivir con serenidad, valentía y alegría cualquier situación de la vida y con san Pablo gloriarnos «en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; la paciencia, virtud probada, esperanza»: la esperanza que «no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (*Rm 5, 3-5*). Gracias.

CARTAS

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, con ocasión del VIII Centenario de la conversión y consagración de Santa Clara

Al venerado hermano, Domenico Sorrentino, Obispo de Asís - Nocera Umbra - Gualdo Tadino

He sabido con alegría que, en esa diócesis, al igual que entre los franciscanos y las clarisas de todo el mundo, se está recordando a santa Clara con un «Año clariano», con ocasión del VIII centenario de su «conversión» y consagración. Ese acontecimiento, cuya datación oscila entre 1211 y 1212, completaba, por así decirlo, «en femenino» la gracia que había alcanzado pocos años antes la comunidad de Asís con la conversión del hijo de Pietro Bernardone. Y, tal como le había ocurrido a Francisco, también en la decisión de Clara se escondía el germen de una nueva fraternidad, la

Orden clarisa que, convertida en árbol robusto, en el silencio fecundo de los claustros, continúa esparciendo la buena semilla del Evangelio y sirviendo a la causa del reino de Dios.

Esta alegre circunstancia me impulsa a volver idealmente a Asís, para reflexionar con usted, venerado hermano, y con la comunidad a usted confiada, e, igualmente, con los hijos de san Francisco y las hijas de santa Clara, sobre el sentido de aquel acontecimiento, que, de hecho, también interesa a nuestra generación, y es atractivo sobre todo para los jóvenes, a los cuales se dirige mi afectuoso pensamiento con ocasión de la Jornada mundial de la juventud, que este año, según la costumbre, se celebra en las Iglesias particulares precisamente en este día del domingo de Ramos.

La santa misma, en su Testamento, habla de su elección radical de Cristo

en términos de «conversión» (cf. FF 2825). De este aspecto, quiero partir, como retomando el hilo del discurso desarrollado en referencia a la conversión de Francisco el 17 de junio de 2007, cuando tuve la alegría de visitar esa diócesis. La historia de la conversión de Clara gira en torno a la fiesta litúrgica del domingo de Ramos. En efecto, su biógrafo escribe: «Estaba cerca el día solemne de Ramos, cuando la joven acudió al hombre de Dios para preguntarle sobre su conversión, cuándo y de qué manera debía actuar. El padre Francisco le ordenó que el día de la fiesta, elegante y adornada, fuera a la misa de Ramos en medio de la multitud del pueblo y después, la noche siguiente, saliendo fuera de la ciudad, convirtiera la alegría mundana en el luto del domingo de Pasión. Así, cuando llegó el día de domingo, en medio de las otras damas, la joven, resplandeciente de luz festiva, entró en la iglesia con las demás. Allí, con digno presentimiento, ocurrió que, mientras los demás corrían a recibir los ramos, Clara, por vergüenza, permaneció inmóvil y entonces el obispo, bajando los escalones, llegó hasta ella y le puso el ramo en sus manos» (*Legenda Sanctae Clarae virginis*, 7: FF 3168).

Habían pasado alrededor de seis años desde que el joven Francisco había emprendido el camino de la santidad. En las palabras del Crucifijo de san Damián -«Ve, Francisco, repara mi casa»-, y en el abrazo a los leprosos, rostro doliente de Cristo, había encontra-

do su vocación. De allí, había surgido el gesto liberador del «despojo de sus vestidos» ante la presencia del obispo Guido. Entre el ídolo del dinero que le propuso su padre terreno, y el amor de Dios que prometía llenarle el corazón, no había tenido dudas, y, con impulso, había exclamado: «De ahora en adelante, podré decir libremente: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, y no padre Pietro Bernardone» (*Vida segunda*, 12: FF 597). La decisión de Francisco había desconcertado a la ciudad. Los primeros años de su nueva vida estuvieron marcados por dificultades, amarguras e incomprensiones. Pero muchos comenzaron a reflexionar. También la joven Clara, entonces adolescente, fue tocada por aquel testimonio. Dotada de un notable sentido religioso, fue conquistada por el «cambio» existencial de aquel que había sido el «rey de las fiestas». Halló el modo de encontrarse con él y se dejó implicar por su celo por Cristo. El biógrafo describe al joven convertido mientras instruye a la nueva discípula: «El padre Francisco la exhortaba al desprecio del mundo, demostrándole, con palabras vivas, que la esperanza en este mundo es árida y decepciona, y le infundía en los oídos la dulce unión de Cristo» (*Vita Sanctae Clarae Virginis*, 5: FF 3164).

Según el Testamento de santa Clara, antes incluso de recibir a otros compañeros, Francisco había profetizado el camino de su primera hija espiritual y de sus hermanas. De hecho, mientras trabajaba para la restauración de la igle-

sia de San Damián, donde el Crucifijo le había hablado, había anunciado que aquel lugar sería habitado por mujeres que glorificarían a Dios con su santo estilo de vida (cf. FF 2826; Tomás de Celano, *Vida segunda*, 13: FF 599). El Crucifijo original se encuentra ahora en la basílica de Santa Clara. Aquellos grandes ojos de Cristo que habían fascinado a Francisco, se transformaron en el «espejo» de Clara. No por casualidad, el tema del espejo le resultará muy querido y, en la IV carta a Inés de Praga, escribirá: «Mira cada día este espejo, oh reina esposa de Jesucristo, y escruta en él continuamente tu rostro» (FF 2902). En los años en que se encontraba con Francisco para aprender de él el camino de Dios, Clara era una chica atractiva. El *Poverello* de Asís le mostró una belleza superior, que no se mide con el espejo de la vanidad, sino que se desarrolla en una vida de amor auténtico, tras las huellas de Cristo crucificado. ¡Dios es la verdadera belleza! El corazón de Clara se iluminó con este esplendor, y esto le dio la valentía para dejarse cortar la cabellera y comenzar una vida penitente. Para ella, al igual que para Francisco, esta decisión estuvo marcada por muchas dificultades. Aunque algunos familiares no tardaron en comprenderla, e incluso su madre Ortolana y dos hermanas la siguieron en su elección de vida, otros reaccionaron de manera violenta. Su huida de casa, en la noche del domingo de Ramos al Lunes Santo, fue una aventura. En los días siguientes, la buscaron en los lugares donde Francisco le

había preparado un refugio y en vano intentaron, incluso a la fuerza, hacerla desistir de su propósito.

Clara se había preparado para esta lucha. Y si Francisco era su guía, un apoyo paterno le venía también del obispo Guido, como sugiere más de un indicio. Así se explica el gesto del prelado que se acercó a ella para ofrecerle el ramo, como para bendecir su valiente elección. Sin el apoyo del obispo, difícilmente se habría podido realizar el proyecto ideado por Francisco y realizado por Clara, tanto en la consagración que esta hizo de sí misma en la iglesia de la Porciúncula en presencia de Francisco y de sus hermanos, como en la hospitalidad que recibió en los días sucesivos en el monasterio de San Pablo de las Abadesas y en la comunidad de San Ángel en Panzo, antes de la llegada definitiva a San Damián. Así, la historia de Clara, como la de Francisco, muestra un rasgo eclesial particular. En ella, se encuentran un pastor iluminado y dos hijos de la Iglesia que se confían a su discernimiento. Institución y carisma interactúan estupendamente. El amor y la obediencia a la Iglesia, tan remarcados en la espiritualidad franciscano-clarisa, hunden sus raíces en esta bella experiencia de la comunidad cristiana de Asís, que no solo engendró en la fe a Francisco y a su «plantita», sino que también los acompañó de la mano por el camino de la santidad.

Francisco había visto bien la razón para sugerir a Clara la huida de casa al

inicio de la Semana Santa. Toda la vida cristiana, y por tanto también la vida de especial consagración, son un fruto del Misterio pascual y una participación en la muerte y en la resurrección de Cristo. En la liturgia del domingo de Ramos, dolor y gloria se entrelazan, como un tema que se irá desarrollando después en los días sucesivos a través de la oscuridad de la Pasión hasta la luz de la Pascua. Clara, con su elección, revive este Misterio. El día de Ramos recibe, por decirlo así, su programa. Después entra en el drama de la Pasión, despojándose de su cabellera, y, con ella, renunciando por completo a sí misma para ser esposa de Cristo en la humildad y en la pobreza. Francisco y sus compañeros ya son su familia. Pronto llegarán hermanas también desde lejos, pero los primeros brotes, como en el caso de Francisco, despuntarán precisamente en Asís. Y la santa permanecerá siempre vinculada a su ciudad, mostrándolo especialmente en algunas circunstancias difíciles, cuando su oración ahorró a la ciudad de Asís violencia y devastación. Dijo entonces a las hermanas: «De esta ciudad, queridísimas hijas, hemos recibido cada día muchos bienes; sería muy injusto que no le prestáramos auxilio como podemos en el tiempo oportuno» (*Legenda Sanctae Clarae Virginis* 23; FF 3203).

En su significado profundo, la «conversión» de Clara es una conversión al amor. Ella ya no llevará nunca los vestidos refinados de la nobleza de Asís, sino la elegancia de un alma que se en-

trega totalmente a la alabanza de Dios. En el pequeño espacio del monasterio de San Damián, contemplado con afecto conyugal en la escuela de Jesús Eucaristía, se irán desarrollando día tras día los rasgos de una fraternidad regulada por el amor a Dios y por la oración, por la solicitud y por el servicio. En este contexto de fe profunda y de gran humanidad, Clara se convierte en fiel intérprete del ideal franciscano, implorando el «privilegio» de la pobreza, o sea, la renuncia a poseer bienes incluso solo comunitariamente, que desconcertó durante largo tiempo al mismo Sumo Pontífice, el cual al final se rindió al heroísmo de su santidad.

¿Cómo no proponer a Clara, junto a Francisco, a la atención de los jóvenes de hoy? El tiempo que nos separa de la época de estos dos santos no ha disminuido su atractivo. Al contrario, se puede ver su actualidad si se compara con las ilusiones y las desilusiones que a menudo marcan la actual condición juvenil. Nunca un tiempo hizo soñar tanto a los jóvenes, con los miles de atractivos de una vida en la que todo parece posible y lícito. Y, sin embargo, ¡cuánta insatisfacción existe!, ¡cuántas veces la búsqueda de felicidad, de realización, termina por desembocar en caminos que llevan a paraísos artificiales, como los de la droga y de la sensualidad desenfrenada! También la situación actual con la dificultad para encontrar un trabajo digno y formar una familia unida y feliz, añade nubes al horizonte. No faltan, sin embargo,

jóvenes que, incluso en nuestros días, recogen la invitación a fiarse de Cristo y a afrontar con valentía, responsabilidad y esperanza el camino de la vida, también realizando la elección de dejarlo todo para seguirlo en el servicio total a él y a los hermanos. La historia de Clara, junto a la de Francisco, es una invitación a reflexionar sobre el sentido de la existencia y a buscar en Dios el secreto de la verdadera alegría. Es una prueba concreta de que quien cumple la voluntad del Señor y confía en él no solo no pierde nada, sino que encuentra el verdadero tesoro capaz de dar sentido a todo.

A usted, venerado hermano, a esa Iglesia que tiene el honor de haber

dado origen a Francisco y a Clara, a las clarisas, que muestran diariamente la belleza y la fecundidad de la vida contemplativa, en apoyo del camino de todo el pueblo de Dios, y a los franciscanos de todo el mundo, a tantos jóvenes que andan buscando y necesitan luz, entrego esta breve reflexión. Espero que contribuya a hacer redescubrir cada vez más estas dos figuras luminosas del firmamento de la Iglesia. Con un saludo especial a las hijas de Santa Clara del Protomonasterio, de los demás monasterios de Asís y del mundo entero, imparto de corazón a todos mi bendición apostólica.

Vaticano, 1 de abril de 2012, domingo de Ramos.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante el encuentro con los jóvenes españoles de la JMJ 2011

Sala Pablo VI. Lunes, 2 de abril de 2012

Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Venerados hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio, Queridos jóvenes, Amigos todos,

Agradezco las amables palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, haciéndose intérpre-

te de los sentimientos de todos los aquí presentes, y lo saludo con afecto entrañable, así como a los Señores Obispos de la Provincia eclesiástica de Madrid y al Señor Obispo de San Sebastián y responsable del departamento de pastoral de juventud en la Conferencia Episcopal Española.

Me complace dar la bienvenida, junto a la sede de Pedro, a quienes formáis parte de esta peregrinación, que habéis organizado con ilusión para agradecer al Papa su viaje a España con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada el pasado mes de agosto.

Saludo cordialmente a las autoridades, organizadores, patrocinadores y voluntarios, pero, de modo muy especial, a los jóvenes, que son los protagonistas y principales destinatarios de esta iniciativa pastoral impulsada vigorosamente por mi amado predecesor, el beato Juan Pablo II, del que hoy recordamos su tránsito al cielo.

Tengo muy presentes también a todos los obispos de España y a los delegados episcopales de juventud, que tanto colaboraron en las diócesis para el feliz desarrollo de ese significativo evento eclesial. Y no puedo dejar de mencionar a los miembros de la Vida Consagrada y a tantas otras personas e instituciones que ofrecieron su valiosa y generosa aportación a la culminación de este mismo fin.

Siempre que traigo a mi memoria la vigésimo sexta Jornada Mundial de la Juventud vivida en Madrid, mi corazón se llena de gratitud a Dios por la experiencia de gracia de aquellos días inolvidables. Desde mi llegada, se sucedieron y multiplicaron las muestras de acogida y hospitalidad, junto a la fe y la alegría de los jóvenes, que se convirtieron en signos elocuentes de Cristo resucitado.

Queridos amigos, aquel espléndido encuentro solo puede entenderse a la luz de la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia. Él no deja de infundir aliento en los corazones, y continuamente nos saca a la plaza pública de la historia, como en Pentecostés, para dar testimonio de las maravillas de Dios. Vosotros

estáis llamados a cooperar en esta apasionante tarea y merece la pena entregarse a ella sin reservas. Cristo os necesita a su lado para extender y edificar su Reino de caridad. Esto será posible si lo tenéis como el mejor de los amigos y lo confesáis llevando una vida según el evangelio, con valentía y fidelidad.

Alguno podría suponer que esto no tiene nada que ver con él o que es una empresa que supera sus capacidades y talentos. Pero no es así. En esta aventura, nadie sobra. Por ello, no dejéis de preguntaros a qué os llama el Señor y cómo le podéis ayudar. Todos tenéis una vocación personal que él ha querido proponeros para vuestra dicha y santidad. Cuando uno se ve conquistado por el fuego de su mirada, ningún sacrificio parece ya grande para seguirlo y darle lo mejor de sí mismo. Así hicieron siempre los santos extendiendo la luz del Señor y la potencia de su amor, transformando el mundo hasta convertirlo en un hogar acogedor para todos, donde Dios es glorificado y sus hijos bendecidos.

Queridos jóvenes, como aquellos apóstoles de la primera hora, sed también vosotros misioneros de Cristo entre vuestros familiares, amigos y conocidos, en vuestros ambientes de estudio o trabajo, entre los pobres y enfermos. Hablad de su amor y bondad con sencillez, sin complejos ni temores. El mismo Cristo os dará fortaleza para ello. Por vuestra parte, escuchadlo y tened un trato frecuente y sincero con él. Contadle con confianza vuestros anhelos y

aspiraciones, también vuestras penas y las de las personas que veáis carentes de consuelo y esperanza. Evocando aquellos espléndidos días, deseo exhortaros asimismo a que no ahorréis esfuerzo alguno para que los que os rodean lo descubran personalmente y se encuentren con él, que está vivo, y con su Iglesia.

Ayer, con la solemnidad del domingo de Ramos, hemos iniciado la Semana Santa, en la que seguimos los pasos de Cristo hasta la celebración de su misterio pascual. Lo aclamamos como Mesías e Hijo de David, agitando, como los niños y jóvenes de Jerusalén, las palmas de la salvación y del júbilo. Al mismo tiempo, contemplamos su dolorosa pasión y su humillación hasta la muerte. Os invito, durante estos días santos, a uniros plenamente a nuestro Redentor, recordando aquel solemne Vía Crucis de la Jornada Mundial de la Juventud. En él, oramos conmovidos ante la belleza de aquellas imágenes sagradas, que expresaban con hondura los misterios de nuestra fe. Os animo a cargar también vosotros con vuestra cruz, y la cruz del dolor y de los pecados del mundo, para que entendáis mejor el amor de Cristo por la humanidad. Así, os sentiréis llamados a proclamar que Dios ama al hombre y le envió a su Hijo, no para condenarlo, sino para que alcance una vida plena y con sentido.

Queridos amigos, estoy seguro de que ya estáis pensando en ir a Río de Janeiro, donde muchos jóvenes del mundo entero volverán a congregarse,

en lo que sin duda será un hito más del camino de la Iglesia, siempre joven, que quiere ensanchar el horizonte de las nuevas generaciones con el tesoro del evangelio, pujanza de vida para el mundo. Como ahora avanzamos con los ojos fijos en la inminente aurora de la Pascua, que la celebración de la Jornada Mundial de la Juventud en Brasil sea una nueva y gozosa experiencia de Cristo resucitado, que conduce a toda la humanidad hacia la claridad de la vida que procede de Dios.

Que María Santísima, que permaneció silenciosa al pie de la cruz de su Hijo y esperó paciente el cumplimiento de sus promesas, sea siempre para vosotros Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza vuestra. Gracias, muchas gracias por vuestra presencia festiva y jovial, queridos jóvenes. Os bendigo de todo corazón.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al final del Vía Crucis en el Coliseo***

Palatino. Viernes Santo, 6 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas

Hemos recordado en la meditación, la oración y el canto, el camino de Jesús en la vía de la cruz: una vía que parecía sin salida y que, sin embargo, ha cambiado la vida y la historia del hombre, ha abierto el paso hacia los «cielos

nuevos y la tierra nueva» (cf. *Ap* 21,1). Especialmente en este día del Viernes Santo, la Iglesia celebra con íntima devoción espiritual la memoria de la muerte en cruz del Hijo de Dios y, en su cruz, ve el árbol de la vida, fecundo de una nueva esperanza.

La experiencia del sufrimiento y de la cruz marca la humanidad, marca incluso la familia; cuántas veces el camino se hace fatigoso y difícil. Incomprensiones, divisiones, preocupaciones por el futuro de los hijos, enfermedades, dificultades de diverso tipo. En nuestro tiempo, además, la situación de muchas familias se ve agravada por la precariedad del trabajo y por otros efectos negativos de la crisis económica. El camino del *Via Crucis*, que hemos recorrido esta noche espiritualmente, es una invitación para todos nosotros, y especialmente para las familias, a contemplar a Cristo crucificado para tener la fuerza de ir más allá de las dificultades. La cruz de Jesús es el signo supremo del amor de Dios para cada hombre, la respuesta sobreabundante a la necesidad que tiene toda persona de ser amada. Cuando nos encontramos en la prueba, cuando nuestras familias deben afrontar el dolor, la tribulación, miremos a la cruz de Cristo: allí encontramos el valor y la fuerza para seguir caminando; allí podemos repetir con firme esperanza las palabras de san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?: ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?...

Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado» (*Rm* 8,35.37).

En la aflicción y la dificultad, no estamos solos; la familia no está sola: Jesús está presente con su amor, la sostiene con su gracia y le da la fuerza para seguir adelante, para afrontar los sacrificios y superar todo obstáculo. Y es a este amor de Cristo al que debemos acudir cuando las vicisitudes humanas y las dificultades amenazan con herir la unidad de nuestra vida y de la familia. El misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo alienta a seguir adelante con esperanza: la estación del dolor y de la prueba, si la vivimos con Cristo, con fe en él, encierra ya la luz de la resurrección, la vida nueva del mundo resucitado, la pascua de cada hombre que cree en su Palabra.

En aquel hombre crucificado, que es el Hijo de Dios, incluso la muerte misma adquiere un nuevo significado y orientación, es rescatada y vencida, es el paso hacia la nueva vida: «si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (*Jn* 12,24). Encomendémonos a la Madre de Cristo. A ella, que ha acompañado a su Hijo por la vía dolorosa. Que ella, que estaba junto a la cruz en la hora de su muerte, que ha alentado a la Iglesia desde su nacimiento para que viva la presencia del Señor, dirija nuestros corazones, los corazones de todas las familias a través del inmenso *mysterium passionis* hacia

el *mysterium paschale*, hacia aquella luz que prorrumpe de la Resurrección de Cristo y muestra el triunfo definitivo del amor, de la alegría, de la vida, sobre el mal, el sufrimiento, la muerte. Amén.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a una delegación de Baviera en el
día de su 85º cumpleaños***

*Sala Clementina. Lunes, 16 de abril
de 2012*

*Querido señor ministro presidente,
eminencia, queridos hermanos del epis-
copado, queridos amigos:*

Dispensadme de recordar todos los nombres y títulos uno por uno; sería demasiado largo... Pero os aseguro que he leído dos veces la lista de los invitados, de los que han venido, y la he leído con el corazón. Al hacerlo os he saludado, para mis adentros, a cada uno personalmente: ninguno está presente de forma anónima. En mi interior, os he visto a todos y me siento feliz de poder saludaros aquí. He tenido una conversación con cada uno de vosotros. Os doy la bienvenida a todos.

¿Qué decir en esta ocasión? Mi sentimiento va más allá de las palabras y, por tanto, debo proponer, a modo de agradecimiento, aquello que no puedo expresar plenamente. Pero quiero darle las gracias de todo corazón a usted,

señor ministro presidente, por sus palabras: usted ha hecho hablar al corazón de Baviera, un corazón cristiano, católico, y, al hacerlo, me ha conmovido y, al mismo tiempo, me ha hecho recordar todo aquello que ha sido importante en mi vida. Asimismo, quiero agradecerle a usted, señor cardenal, las afectuosas palabras que me ha dirigido como pastor de la diócesis de la que provengo y a la que pertenezco como sacerdote, en la que crecí y a la que interiormente siempre pertenezco, recordando al mismo tiempo el aspecto cristiano, nuestra fe en su belleza y grandeza.

Querido señor ministro presidente, usted ha recogido aquí una especie de imagen especular de la geografía interior y exterior de mi vida; de la geografía exterior, que, no obstante, es también siempre interior, y que parte de Marktl am Inn, pasa por Tittmoning y Aschau, después por Hufschlag, Traunstein y Pentling, hasta Ratisbona... En todas estas etapas, que aquí están presentes, hay siempre un trozo de mi vida, una parte en la que he vivido, he luchado, y que ha contribuido a que llegara a ser como soy y como ahora me encuentro frente a vosotros, y como un día deberé presentarme al Señor. Después, todos los ámbitos de la vida de Baviera: la Iglesia viva de nuestro país está presente; se lo agradezco a los obispos bávaros. También está, gracias a Dios, la dimensión ecuménica, con el obispo de la Iglesia evangélica de Munich... Esto me recuerda la gran amistad que me

había unido al obispo Hansemann, que es uno de los tesoros de mis recuerdos y que me testimonian cómo se va adelante. Del mismo modo, recuerdo la comunidad judía con el doctor Lamm y el doctor Snopkowski: también con ellos, habían nacido amistades cordiales, que me habían acercado interiormente a la parte judía de nuestro pueblo y al pueblo judío como tal, y que están presentes en mí en virtud del recuerdo. Luego están los medios de comunicación, que llevan al mundo lo que hacemos y lo que decimos... A veces, debemos precisarlo un poco, pero ¿qué seríamos sin su servicio? Y después, usted ha presentado la Baviera viva, querido señor ministro presidente, en los niños, en los cuales reconocemos que Baviera sigue

siendo fiel a sí misma y que precisamente porque continúa siendo fiel a sí misma permanece joven y progresa. Y, a esto, se añade la música que he podido escuchar, que me recuerda a mi padre cuando tocaba con la cítara «Gott grüße Dich». Así han vuelto los sonidos de mi infancia, pero que son también sonidos del presente y del futuro. «Gott grüße Dich»...

El corazón colmado requeriría numerosas palabras, pero, al mismo tiempo me limita porque sería demasiado grande lo que tendría que decir. Sin embargo, al final todo, se resume en la única palabra con la cual quiero concluir: «Vergelt's Gott!», «Que Dios os recompense por ello».

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor

Plaza de San Pedro. XXVII Jornada Mundial de la Juventud. Domingo, 1 de abril de 2012

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Domingo de Ramos es el gran pórtico que nos lleva a la Semana Santa, la semana en la que el Señor Jesús se dirige hacia la culminación de su vida terrena. Él va a Jerusalén para cumplir

las Escrituras y para ser colgado en la cruz, el trono desde el cual reinará por los siglos, atrayendo a sí a la humanidad de todos los tiempos y ofrecer a todos el don de la redención. Sabemos por los evangelios que Jesús se había encaminado hacia Jerusalén con los doce, y, que poco a poco, se había ido sumando a ellos una multitud creciente de peregrinos. San Marcos nos dice que ya, al salir de Jericó, había una «gran muchedumbre» que seguía a Jesús (cf. 10,46).

En la última parte del trayecto, se produce un acontecimiento particu-

lar, que aumenta la expectativa sobre lo que está por suceder y hace que la atención se centre todavía más en Jesús. A lo largo del camino, al salir de Jericó, está sentado un mendigo ciego, llamado Bartimeo. Apenas oye decir que Jesús de Nazaret está llegando, comienza a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí» (*Mc* 10,47). Tratan de acallarlo, pero en vano, hasta que Jesús lo manda llamar y le invita a acercarse. «¿Qué quieres que te haga?», le pregunta. Y él contesta: «*Rabbuní*, que vea» (v. 51). Jesús le dice: «Anda, tu fe te ha salvado». Bartimeo recobró la vista y se puso a seguir a Jesús en el camino (cf. v. 52). Y he aquí que, tras este signo prodigioso, acompañado por aquella invocación: «Hijo de David», un estremecimiento de esperanza atraviesa la multitud, suscitando en muchos una pregunta: ¿Este Jesús que marchaba delante de ellos a Jerusalén, no sería quizás el Mesías, el nuevo David? Y, con su ya inminente entrada en la ciudad santa, ¿no habría llegado tal vez el momento en el que Dios restauraría finalmente el reino de David?

También la preparación del ingreso de Jesús con sus discípulos contribuye a aumentar esta esperanza. Como hemos escuchado en el Evangelio de hoy (cf. *Mc* 11,1-10), Jesús llegó a Jerusalén desde Betfagé y el monte de los Olivos, es decir, la vía por la que había de venir el Mesías. Desde allí, envía por delante a dos discípulos, mandándoles que le trajeran un pollino de asna que encontrarían a lo largo del camino. Encuen-

tran efectivamente el pollino, lo desatan y lo llevan a Jesús. A este punto, el ánimo de los discípulos y los otros peregrinos se deja ganar por el entusiasmo: toman sus mantos y los echan encima del pollino; otros alfombran con ellos el camino de Jesús a medida que avanza a grupas del asno. Después cortan ramas de los árboles y comienzan a gritar las palabras del Salmo 118, las antiguas palabras de bendición de los peregrinos que, en este contexto, se convierten en una proclamación mesiánica: «¡Hosanna!, bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Bendito el reino que llega, el de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas!» (vv. 9-10). Esta alegría festiva, transmitida por los cuatro evangelistas, es un grito de bendición, un himno de júbilo: expresa la convicción unánime de que, en Jesús, Dios ha visitado su pueblo y ha llegado por fin el Mesías deseado. Y todo el mundo está allí, con creciente expectación por lo que Cristo hará una vez que entre en su ciudad.

Pero, ¿cuál es el contenido, la resonancia más profunda de este grito de júbilo? La respuesta está en toda la Escritura, que nos recuerda cómo el Mesías lleva a cumplimiento la promesa de la bendición de Dios, la promesa originaria que Dios había hecho a Abraham, el padre de todos los creyentes: «Haré de ti una gran nación, te bendeciré... y en ti serán benditas todas las familias de la tierra» (*Gn* 12,2-3). Es la promesa que Israel siempre había tenido presente en la oración, especialmente

en la oración de los Salmos. Por eso, el que es aclamado por la muchedumbre como bendito es al mismo tiempo aquel en el cual será bendecida toda la humanidad. Así, a la luz de Cristo, la humanidad se reconoce profundamente unida y cubierta por el manto de la bendición divina, una bendición que todo lo penetra, todo lo sostiene, lo redime, lo santifica.

Podemos descubrir aquí un primer gran mensaje que nos trae la festividad de hoy: la invitación a mirar de manera justa a la humanidad entera, a cuantos conforman el mundo, a sus diversas culturas y civilizaciones. La mirada que el creyente recibe de Cristo es una mirada de bendición: una mirada sabia y amorosa, capaz de acoger la belleza del mundo y de compartir su fragilidad. En esta mirada, se transparenta la mirada misma de Dios sobre los hombres que él ama y sobre la creación, obra de sus manos. En el *Libro de la Sabiduría*, leemos: «Te compadeces de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste;... Tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, amigo de la vida» (*Sb* 11,23-24.26).

Volvamos al texto del Evangelio de hoy y preguntémosnos: ¿Qué late realmente en el corazón de los que aclaman a Cristo como Rey de Israel? Ciertamente tenían su idea del Mesías, una idea de cómo debía actuar el Rey pro-

metido por los profetas y esperado por tanto tiempo. No es de extrañar que, pocos días después, la muchedumbre de Jerusalén, en vez de aclamar a Jesús, gritaran a Pilato: «¡Crucificalo!». Y que los mismos discípulos, como también otros que le habían visto y oído, permanecieran mudos y desconcertados. En efecto, la mayor parte estaban desilusionados por el modo en que Jesús había decidido presentarse como Mesías y Rey de Israel. Este es precisamente el núcleo de la fiesta de hoy también para nosotros. ¿Quién es para nosotros Jesús de Nazaret? ¿Qué idea tenemos del Mesías, qué idea tenemos de Dios? Esta es una cuestión crucial que no podemos eludir, sobre todo en esta semana en la que estamos llamados a seguir a nuestro Rey, que elige como trono la cruz; estamos llamados a seguir a un Mesías que no nos asegura una felicidad terrena fácil, sino la felicidad del cielo, la eterna bienaventuranza de Dios. Ahora, hemos de preguntarnos: ¿Cuáles son nuestras verdaderas expectativas? ¿Cuáles son los deseos más profundos que nos han traído hoy aquí para celebrar el Domingo de Ramos e iniciar la Semana Santa?

Queridos jóvenes que os habéis reunido aquí. Esta es de modo particular vuestra Jornada en todo lugar del mundo donde la Iglesia está presente. Por eso, os saludo con gran afecto. Que el Domingo de Ramos sea para vosotros el día de la decisión, la decisión de acoger al Señor y de seguirlo hasta el final, la decisión de hacer de su Pascua de

muerte y resurrección el sentido mismo de vuestra vida de cristianos. Como he querido recordar en el Mensaje a los jóvenes para esta Jornada – «alegraos siempre en el Señor» (Flp 4,4) –, esta es la decisión que conduce a la verdadera alegría, como sucedió con santa Clara de Asís que, hace ochocientos años, fascinada por el ejemplo de san Francisco y de sus primeros compañeros, dejó la casa paterna precisamente el Domingo de Ramos para consagrarse totalmente al Señor: tenía 18 años, y tuvo el valor de la fe y del amor de optar por Cristo, encontrando en él la alegría y la paz.

Queridos hermanos y hermanas, que reinen particularmente en este día dos sentimientos: la alabanza, como hicieron aquellos que acogieron a Jesús en Jerusalén con su «hosanna»; y el agradecimiento, porque en esta Semana Santa el Señor Jesús renovará el don más grande que se puede imaginar, nos entregará su vida, su cuerpo y su sangre, su amor. Pero a un don tan grande debemos corresponder de modo adecuado, o sea, con el don de nosotros mismos, de nuestro tiempo, de nuestra oración, de nuestro estar en comunión profunda de amor con Cristo que sufre, muere y resucita por nosotros. Los antiguos Padres de la Iglesia han visto un símbolo de todo esto en el gesto de la gente que seguía a Jesús en su ingreso a Jerusalén, el gesto de tender los mantos delante del Señor. Ante Cristo – decían los Padres –, debemos deponer nuestra vida, nuestra persona, en actitud de gratitud y adoración. En conclusión,

escuchemos de nuevo la voz de uno de estos antiguos Padres, la de san Andrés, obispo de Creta: «Así es como nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia, es decir, de él mismo... Así debemos ponernos a sus pies como si fuéramos unas túnicas... Ofrezcamos ahora al vencedor de la muerte no ya ramas de palma, sino trofeos de victoria. Repitamos cada día aquella sagrada exclamación que los niños cantaban, mientras agitamos los ramos espirituales del alma: “Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor”» (PG 97, 994). Amén.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa Crismal

Basilica Vaticana. Jueves Santo, 5 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas

En esta Santa Misa, nuestra mente retorna hacia aquel momento en el que el Obispo, por la imposición de las manos y la oración, nos introdujo en el sacerdocio de Jesucristo, de forma que fuéramos «santificados en la verdad» (Jn 17,19), como Jesús había pedido al Padre para nosotros en la oración sacerdotal. Él mismo es la verdad. Nos ha consagrado, es decir, entregado

para siempre a Dios, para que pudiéramos servir a los hombres partiendo de Dios y por él. Pero, ¿somos también consagrados en la realidad de nuestra vida? ¿Somos hombres que obran partiendo de Dios y en comunión con Jesucristo? Con esta pregunta, el Señor se pone ante nosotros y nosotros ante él: «¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con él, renunciando a vosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptasteis gozosos el día de vuestra ordenación para el servicio de la Iglesia?». Así interrogaré singularmente a cada uno de vosotros y también a mí mismo después de la homilía. Con esto, se expresan sobre todo dos cosas: se requiere un vínculo interior, más aún, una configuración con Cristo y, con ello, la necesidad de una superación de nosotros mismos, una renuncia a aquello que es solamente nuestro, a la tan invocada autorrealización. Se pide que nosotros, que yo, no reclame mi vida para mí mismo, sino que la ponga a disposición de otro, de Cristo. Que no me pregunte: ¿Qué gano yo?, sino más bien: ¿Qué puedo dar yo por él y también por los demás? O, todavía más concretamente: ¿Cómo debe llevarse a cabo esta configuración con Cristo, que no domina, sino que sirve; que no recibe, sino que da?; ¿cómo debe realizarse en la situación a menudo dramática de la Iglesia de hoy? Recientemente, un grupo de sacerdotes ha publicado en un país europeo una llamada a la desobediencia, aportando al mismo tiempo ejemplos

concretos de cómo se puede expresar esta desobediencia, que debería ignorar incluso decisiones definitivas del Magisterio; por ejemplo, en la cuestión sobre la ordenación de las mujeres, sobre la que el beato Papa Juan Pablo II ha declarado de manera irrevocable que la Iglesia no ha recibido del Señor ninguna autoridad sobre esto. Pero la desobediencia, ¿es un camino para renovar la Iglesia? Queremos creer a los autores de esta llamada cuando afirman que les mueve la solicitud por la Iglesia; su convencimiento de que se deba afrontar la lentitud de las instituciones con medios drásticos para abrir caminos nuevos, para volver a poner a la Iglesia a la altura de los tiempos. Pero la desobediencia, ¿es verdaderamente un camino? ¿Se puede ver en esto algo de la configuración con Cristo, que es el presupuesto de toda renovación, o no es más bien solo un afán desesperado de hacer algo, de transformar la Iglesia según nuestros deseos y nuestras ideas?

Pero no simplifiquemos demasiado el problema. ¿Acaso Cristo no ha corregido las tradiciones humanas que amenazaban con sofocar la palabra y la voluntad de Dios? Sí, lo ha hecho para despertar nuevamente la obediencia a la verdadera voluntad de Dios, a su palabra siempre válida. A él, le preocupaba precisamente la verdadera obediencia, frente al arbitrio del hombre. Y no lo olvidemos: Él era el Hijo, con la autoridad y la responsabilidad singular de desvelar la auténtica voluntad de Dios, para abrir de ese modo el cami-

no de la Palabra de Dios al mundo de los gentiles. Y, en fin, ha concretizado su mandato con la propia obediencia y humildad hasta la cruz, haciendo así creíble su misión. No mi voluntad, sino la tuya: esta es la palabra que revela al Hijo, su humildad y a la vez su divinidad, y nos indica el camino.

Dejémonos interrogar todavía una vez más. Con estas consideraciones, ¿acaso no se defiende de hecho el inmovilismo, el agarrotamiento de la tradición? No. Mirando a la historia de la época post-conciliar, se puede reconocer la dinámica de la verdadera renovación, que frecuentemente ha adquirido formas inesperadas en momentos llenos de vida y que hace casi tangible la inagotable vivacidad de la Iglesia, la presencia y la acción eficaz del Espíritu Santo. Y si miramos a las personas, por las cuales han brotado y brotan estos ríos frescos de vida, vemos también que, para una nueva fecundidad, es necesario estar llenos de la alegría de la fe, de la radicalidad de la obediencia, del dinamismo de la esperanza y de la fuerza del amor.

Queridos amigos, queda claro que la configuración con Cristo es el presupuesto y la base de toda renovación. Pero tal vez la figura de Cristo nos parece a veces demasiado elevada y demasiado grande como para atrevernos a adoptarla como criterio de medida para nosotros. El Señor lo sabe. Por eso, nos ha proporcionado «traducciones» con niveles de grandeza más accesibles y más cercanos. Precisamente por esta

razón, Pablo decía sin timidez a sus comunidades: Imitadme a mí, pero yo pertenezco a Cristo. Él era para sus fieles una «traducción» del estilo de vida de Cristo, que ellos podían ver y a la cual se podían asociar. Desde Pablo, y a lo largo de la historia, se nos han dado continuamente estas «traducciones» del camino de Jesús en figuras vivas de la historia. Nosotros, los sacerdotes, podemos pensar en una gran multitud de sacerdotes santos, que nos han precedido para indicarnos la senda: comenzando por Policarpo de Esmirna e Ignacio de Antioquia, pasando por grandes Pastores como Ambrosio, Agustín y Gregorio Magno, hasta Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo, Juan María Vianney, hasta los sacerdotes mártires del siglo XX y, por último, el Papa Juan Pablo II que, en la actividad y en el sufrimiento, ha sido un ejemplo para nosotros en la configuración con Cristo, como «don y misterio». Los santos nos indican cómo funciona la renovación y cómo podemos ponernos a su servicio. Y nos permiten comprender también que Dios no mira los grandes números ni los éxitos exteriores, sino que remite sus victorias al humilde signo del grano de mostaza.

Queridos amigos, quisiera mencionar brevemente todavía dos palabras clave de la renovación de las promesas sacerdotales, que deberían inducirnos a reflexionar en este momento de la Iglesia y de nuestra propia vida. Ante todo, el recuerdo de que somos –como dice Pablo– «administradores de los misterios de Dios» (1Co 4,1) y que nos corres-

ponde el ministerio de la enseñanza, el (*munus docendi*), que es una parte de esa administración de los misterios de Dios, en los que él nos muestra su rostro y su corazón, para entregarse a nosotros. En el encuentro de los cardenales con ocasión del último consistorio, varios Pastores, basándose en su experiencia, han hablado de un analfabetismo religioso que se difunde en medio de nuestra sociedad tan inteligente. Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos. Pero para poder vivir y amar nuestra fe, para poder amar a Dios y llegar por tanto a ser capaces de escucharlo del modo justo, debemos saber qué es lo que Dios nos ha dicho; nuestra razón y nuestro corazón han de ser interpelados por su palabra. El Año de la Fe, el recuerdo de la apertura del Concilio Vaticano II hace 50 años, debe ser para nosotros una ocasión para anunciar el mensaje de la fe con un nuevo celo y con una nueva alegría. Naturalmente, este mensaje lo encontramos primaria y fundamentalmente en la Sagrada Escritura, que nunca leeremos y meditaremos suficientemente. Pero todos tenemos experiencia de que necesitamos ayuda para transmitirla rectamente en el presente, de manera que mueva verdaderamente nuestro corazón. Esta ayuda la encontramos en primer lugar en la palabra de la Iglesia docente: los textos del Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica* son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios. Y, naturalmente, también for-

ma parte de ellos todo el tesoro de documentos que el Papa, Juan Pablo II, nos ha dejado y que todavía están lejos de ser aprovechados plenamente.

Todo anuncio nuestro debe confrontarse con la palabra de Jesucristo: «Mi doctrina no es mía» (*Jn 7,16*). No anunciamos teorías y opiniones privadas, sino la fe de la Iglesia, de la cual somos servidores. Pero esto, naturalmente, en modo alguno significa que yo no sostenga esta doctrina con todo mi ser y no esté firmemente anclado en ella. En este contexto, siempre me vienen a la mente aquellas palabras de san Agustín: ¿Qué es tan mío como yo mismo? ¿Qué es tan menos mío como yo mismo? No me pertenezco y llego a ser yo mismo precisamente por el hecho de que voy más allá de mí mismo y, mediante la superación de mí mismo, consigo insertarme en Cristo y en su cuerpo, que es la Iglesia. Si no nos anunciamos a nosotros mismos e interiormente hemos llegado a ser uno con aquel que nos ha llamado como mensajeros suyos, de manera que estamos modelados por la fe y la vivimos, entonces nuestra predicación será creíble. No hago publicidad de mí, sino que me doy a mí mismo. El Cura de Ars, lo sabemos, no era un docto, un intelectual. Pero con su anuncio llegaba al corazón de la gente, porque él mismo había sido tocado en su corazón.

La última palabra clave a la que quisiera aludir todavía se llama celo por las almas (*animarum zelus*). Es una expresión fuera de moda que ya casi no

se usa hoy. En algunos ambientes, la palabra alma es considerada incluso un término prohibido, porque –se dice– expresaría un dualismo entre el cuerpo y el alma, dividiendo falsamente al hombre. Evidentemente, el hombre es una unidad, destinada a la eternidad en cuerpo y alma. Pero esto no puede significar que ya no tengamos alma, un principio constitutivo que garantiza la unidad del hombre en su vida y más allá de su muerte terrena. Y, como sacerdotes, nos preocupamos naturalmente por el hombre entero, también por sus necesidades físicas: de los hambrientos, los enfermos, los sin techo. Pero no solo nos preocupamos de su cuerpo, sino también precisamente de las necesidades del alma del hombre: de las personas que sufren por la violación de un derecho o por un amor destruido; de las personas que se encuentran en la oscuridad respecto a la verdad; que sufren por la ausencia de verdad y de amor. Nos preocupamos por la salvación de los hombres en cuerpo y alma. Y, en cuanto sacerdotes de Jesucristo, lo hacemos con celo. Nadie debe tener nunca la sensación de que cumplimos concienzudamente nuestro horario de trabajo, pero que antes y después solo nos pertenecemos a nosotros mismos. Un sacerdote no se pertenece jamás a sí mismo. Las personas han de percibir nuestro celo, mediante el cual damos un testimonio creíble del evangelio de Jesucristo. Pidamos al Señor que nos colme con la alegría de su mensaje, para que con gozoso celo podamos servir a su verdad y a su amor. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa en la Cena
del Señor***

*Basilica de San Juan de Letrán. Jueves
Santo, 5 de abril de 2012*

Queridos hermanos y hermanas

El Jueves Santo no es solo el día de la Institución de la Santa Eucaristía, cuyo esplendor ciertamente se irradia sobre todo lo demás y, por así decir, lo atrae dentro de sí. También forma parte del Jueves Santo la noche oscura del Monte de los Olivos, hacia la cual Jesús se dirige con sus discípulos; forma parte también la soledad y el abandono de Jesús que, orando, va al encuentro de la oscuridad de la muerte; forma parte de este Jueves Santo la traición de Judas y el arresto de Jesús, así como también la negación de Pedro, la acusación ante el Sanedrín y la entrega a los paganos, a Pilato. En esta hora, tratemos de comprender con más profundidad estos eventos, porque en ellos se lleva a cabo el misterio de nuestra Redención.

Jesús sale en la noche. La noche significa falta de comunicación, una situación en la que uno no ve al otro. Es un símbolo de la incompreensión, del ofuscamiento de la verdad. Es el espacio en el que el mal, que debe esconderse ante la luz, puede prosperar. Jesús mismo es la luz y la verdad, la comunicación, la pureza y la bondad. Él entra en la noche. La noche, en definitiva, es símbolo de la muerte, de la pérdida definitiva de comunión y

de vida. Jesús entra en la noche para superarla e inaugurar el nuevo día de Dios en la historia de la humanidad.

Durante este camino, él ha cantado con sus Apóstoles los Salmos de la liberación y de la redención de Israel, que recuerdan la primera Pascua en Egipto, la noche de la liberación. Como él hacía con frecuencia, ahora se va a orar solo y hablar como Hijo con el Padre. Pero, a diferencia de lo acostumbrado, quiere cerciorarse de que estén cerca tres discípulos: Pedro, Santiago y Juan. Son los tres que habían tenido la experiencia de su Transfiguración – la manifestación luminosa de la gloria de Dios a través de su figura humana – y que lo habían visto en el centro, entre la Ley y los Profetas, entre Moisés y Elías. Habían escuchado cómo hablaba con ellos de su «éxodo» en Jerusalén. El éxodo de Jesús en Jerusalén, ¿qué palabra misteriosa!; el éxodo de Israel de Egipto había sido el episodio de la fuga y la liberación del pueblo de Dios. ¿Qué aspecto tendría el éxodo de Jesús, en el cual debía cumplirse definitivamente el sentido de aquel drama histórico?; ahora, los discípulos son testigos del primer tramo de este éxodo, de la extrema humillación que, sin embargo, era el paso esencial para salir hacia la libertad y la vida nueva, hacia la que tiende el éxodo. Los discípulos, cuya cercanía quiso Jesús en esta hora de extrema tribulación, como elemento de apoyo humano, pronto se durmieron. No obstante, escucharon algunos fragmentos de las palabras de la oración de

Jesús y observaron su actitud. Ambas cosas se grabaron profundamente en sus almas, y ellos lo transmitieron a los cristianos para siempre. Jesús llama a Dios «Abbá». Y esto significa – como ellos añaden – «Padre». Pero no de la manera en que se usa habitualmente la palabra «padre», sino como expresión del lenguaje de los niños, una palabra afectuosa con la cual no se osaba dirigirse a Dios. Es el lenguaje de quien es verdaderamente «niño», Hijo del Padre, de aquel que se encuentra en comunión con Dios, en la más profunda unidad con él.

Si nos preguntamos cuál es el elemento más característico de la imagen de Jesús en los evangelios, debemos decir: su relación con Dios. Él está siempre en comunión con Dios. El ser con el Padre es el núcleo de su personalidad. A través de Cristo, conocemos verdaderamente a Dios. «A Dios nadie lo ha visto jamás», dice san Juan. Aquel «que está en el seno del Padre... lo ha dado a conocer» (1,18). Ahora conocemos a Dios tal como es verdaderamente. Él es Padre, bondad absoluta a la que podemos encomendarnos. El evangelista Marcos, que ha conservado los recuerdos de Pedro, nos dice que Jesús, al apelativo «Abbá», añadió aún: Todo es posible para ti, tú lo puedes todo (cf. 14,36). Él, que es la bondad, es al mismo tiempo poder, es omnipotente. El poder es bondad y la bondad es poder. Esta confianza la podemos aprender de la oración de Jesús en el Monte de los Olivos.

Antes de reflexionar sobre el contenido de la petición de Jesús, debemos prestar atención a lo que los evangelistas nos relatan sobre la actitud de Jesús durante su oración. Mateo y Marcos dicen que «cayó rostro en tierra» (*Mt* 26,39; cf. *Mc* 14,35); asume, por consiguiente la actitud de total sumisión, que ha sido conservada en la liturgia romana del Viernes Santo. Lucas, en cambio, afirma que Jesús oraba arrodillado. En los Hechos de los Apóstoles, habla de los santos, que oraban de rodillas: Esteban durante su lapidación, Pedro en el contexto de la resurrección de un muerto, Pablo en el camino hacia el martirio. Así, Lucas ha trazado una pequeña historia del orar arrodillados de la Iglesia naciente. Los cristianos con su arrodillarse, se ponen en comunión con la oración de Jesús en el Monte de los Olivos. En la amenaza del poder del mal, ellos, en cuanto arrodillados, están de pie ante el mundo, pero, en cuanto hijos, están de rodillas ante el Padre. Ante la gloria de Dios, los cristianos nos arrodillamos y reconocemos su divinidad, pero expresando también en este gesto nuestra confianza en que él triunfe.

Jesús forcejea con el Padre. Combate consigo mismo. Y combate por nosotros. Experimenta la angustia ante el poder de la muerte. Esto es ante todo la turbación propia del hombre, más aún, de toda creatura viviente ante la presencia de la muerte. En Jesús, sin embargo, se trata de algo más. En las noches del mal, él ensancha su mirada. Ve la marea sucia de toda la mentira y de toda la infamia que le sobreviene

en aquel cáliz que debe beber. Es el estremecimiento del totalmente puro y santo frente a todo el caudal del mal de este mundo, que recae sobre él. Él también me ve, y ora también por mí. Así, este momento de angustia mortal de Jesús es un elemento esencial en el proceso de la Redención. Por eso, la *Carta a los Hebreos* ha definido el combate de Jesús en el Monte de los Olivos como un acto sacerdotal. En esta oración de Jesús, impregnada de una angustia mortal, el Señor ejerce el oficio del sacerdote: toma sobre sí el pecado de la humanidad, a todos nosotros, y nos conduce al Padre.

Finalmente, debemos prestar atención aún al contenido de la oración de Jesús en el Monte de los Olivos. Jesús dice: «Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí ese cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (*Mc* 14,36). La voluntad natural del hombre Jesús retrocede asustada ante algo tan ingente. Pide que se le evite eso. Sin embargo, en cuanto Hijo, abandona esta voluntad humana en la voluntad del Padre: no yo, sino tú. Con esto, ha transformado la actitud de Adán, el pecado primordial del hombre, salvando de este modo al hombre. La actitud de Adán había sido: No lo que tú has querido, Dios; quiero ser dios yo mismo. Esta soberbia es la verdadera esencia del pecado. Pensamos ser libres y verdaderamente nosotros mismos solo si seguimos exclusivamente nuestra voluntad. Dios aparece como el antagonista de nuestra libertad. De-

bemos liberarnos de él, pensamos nosotros; solo así seremos libres. Esta es la rebelión fundamental que atraviesa la historia, y la mentira de fondo que desnaturaliza la vida. Cuando el hombre se pone contra Dios, se pone contra la propia verdad y, por tanto, no llega a ser libre, sino alienado de sí mismo. Únicamente somos libres si estamos en nuestra verdad, si estamos unidos a Dios. Entonces nos hacemos verdaderamente «como Dios», no oponiéndonos a Dios, no desentendiéndonos de él o negándolo. En el forcejeo de la oración en el Monte de los Olivos, Jesús ha deshecho la falsa contradicción entre obediencia y libertad, y abierto el camino hacia la libertad. Oremos al Señor para que nos adentre en este «sí» a la voluntad de Dios, haciéndonos verdaderamente libres. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Vigilia Pascual en la Noche Santa***

Basilica Vaticana. Sábado Santo, 7 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas!

Pascua es la fiesta de la nueva creación. Jesús ha resucitado y no morirá de nuevo. Ha descerrajado la puerta hacia una nueva vida que ya no conoce ni la enfermedad ni la muerte. Ha asumido al hombre en Dios mismo. «Ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios», dice Pablo en la *Pri-*

mera Carta a los Corintios (15,50). El escritor eclesiástico Tertuliano, en el siglo III, tuvo la audacia de escribir refiriéndose a la resurrección de Cristo y a nuestra resurrección: «Carne y sangre, tened confianza, gracias a Cristo habéis adquirido un lugar en el cielo y en el reino de Dios» (*CCL II*, 994). Se ha abierto una nueva dimensión para el hombre. La creación se ha hecho más grande y más espaciosa. La Pascua es el día de una nueva creación, pero precisamente por ello la Iglesia comienza la liturgia con la antigua creación, para que aprendamos a comprender la nueva. Así, en la Vigilia de Pascua, al principio de la Liturgia de la Palabra, se lee el relato de la creación del mundo. En el contexto de la liturgia de este día, hay dos aspectos particularmente importantes. En primer lugar, que se presenta a la creación como una totalidad, de la cual forma parte la dimensión del tiempo. Los siete días son una imagen de un conjunto que se desarrolla en el tiempo. Están ordenados con vistas al séptimo día, el día de la libertad de todas las criaturas para con Dios y de las unas para con las otras. Por tanto, la creación está orientada a la comunión entre Dios y la criatura; existe para que haya un espacio de respuesta a la gran gloria de Dios, un encuentro de amor y libertad. En segundo lugar, que en la Vigilia Pascual, la Iglesia comienza escuchando ante todo la primera frase de la historia de la creación: «Dijo Dios: “Que exista la luz”» (*Gn 1,3*). Como una señal, el relato de la creación inicia con la creación de la luz. El sol y

la luna son creados solo en el cuarto día. La narración de la creación los llama fuentes de luz, que Dios ha puesto en el firmamento del cielo. Con ello, los priva premeditadamente del carácter divino, que las grandes religiones les habían atribuido. No, ellos no son dioses en modo alguno. Son cuerpos luminosos, creados por el Dios único. Pero están precedidos por la luz, por la cual la gloria de Dios se refleja en la naturaleza de las criaturas.

¿Qué quiere decir con esto el relato de la creación? La luz hace posible la vida. Hace posible el encuentro. Hace posible la comunicación. Hace posible el conocimiento, el acceso a la realidad, a la verdad. Y, haciendo posible el conocimiento, hace posible la libertad y el progreso. El mal se esconde. Por tanto, la luz es también una expresión del bien, que es luminosidad y crea luminosidad. Es el día en el que podemos actuar. El que Dios haya creado la luz significa: Dios creó el mundo como un espacio de conocimiento y de verdad, espacio para el encuentro y la libertad, espacio del bien y del amor. La materia prima del mundo es buena, el ser es bueno en sí mismo. Y el mal no proviene del ser, que es creado por Dios, sino que existe solo en virtud de la negación. Es el «no».

En Pascua, en la mañana del primer día de la semana, Dios vuelve a decir: «Que exista la luz». Antes había venido la noche del Monte de los Olivos, el eclipse solar de la pasión y muerte

de Jesús, la noche del sepulcro. Pero ahora vuelve a ser el primer día, comienza la creación totalmente nueva. «Que exista la luz», dice Dios, «y existió la luz». Jesús resucita del sepulcro. La vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. El amor es más fuerte que el odio. La verdad es más fuerte que la mentira. La oscuridad de los días pasados se disipa cuando Jesús resurge de la tumba y se hace él mismo luz pura de Dios. Pero esto no se refiere solamente a él, ni se refiere únicamente a la oscuridad de aquellos días. Con la resurrección de Jesús, la luz misma vuelve a ser creada. Él nos lleva a todos tras él a la vida nueva de la resurrección, y vence toda forma de oscuridad. Él es el nuevo día de Dios, que vale para todos nosotros.

Pero, ¿cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede llegar todo esto a nosotros sin que se quede solo en palabras sino que sea una realidad en la que estamos inmersos? Por el sacramento del bautismo y la profesión de la fe, el Señor ha construido un puente para nosotros, a través del cual el nuevo día viene a nosotros. En el bautismo, el Señor dice a aquel que lo recibe: *Fiat lux*, que exista la luz. El nuevo día, el día de la vida indestructible llega también para nosotros. Cristo nos toma de la mano. A partir de ahora, él te apoyará y así entrarás en la luz, en la vida verdadera. Por eso, la Iglesia antigua ha llamado al bautismo *photismos*, iluminación.

¿Por qué? La oscuridad amenaza verdaderamente al hombre porque, sí, este puede ver y examinar las cosas tangibles, materiales, pero no a dónde va el mundo y de dónde procede. A dónde va nuestra propia vida. Qué es el bien y qué es el mal. La oscuridad acerca de Dios y sus valores son la verdadera amenaza para nuestra existencia y para el mundo en general. Si Dios y los valores, la diferencia entre el bien y el mal, permanecen en la oscuridad, entonces todas las otras iluminaciones que nos dan un poder tan increíble, no son solo progreso, sino que son al mismo tiempo también amenazas que nos ponen en peligro, a nosotros y al mundo. Hoy podemos iluminar nuestras ciudades de manera tan deslumbrante que ya no pueden verse las estrellas del cielo. ¿Acaso no es esta una imagen de la problemática de nuestro ser ilustrado? En las cosas materiales, sabemos y podemos tanto, pero lo que va más allá de esto, Dios y el bien, ya no lo conseguimos identificar. Por eso, la fe, que nos muestra la luz de Dios, es la verdadera iluminación, es una irrupción de la luz de Dios en nuestro mundo, una apertura de nuestros ojos a la verdadera luz.

Queridos amigos, quisiera por último añadir todavía una anotación sobre la luz y la iluminación. En la Vigilia Pascual, la noche de la nueva creación, la Iglesia presenta el misterio de la luz con un símbolo del todo particular y muy humilde: el cirio pascual. Esta es una luz que vive en virtud del sacrificio. La luz de la vela ilumina consumiéndose a

sí misma. Da luz dándose a sí misma. Así, representa de manera maravillosa el misterio pascual de Cristo que se entrega a sí mismo, y de este modo da mucha luz. Otro aspecto sobre el cual podemos reflexionar es que la luz de la vela es fuego. El fuego es una fuerza que forja el mundo, un poder que transforma. Y el fuego da calor. También en esto, se hace nuevamente visible el misterio de Cristo. Cristo, la luz, es fuego, es llama que destruye el mal, transformando así al mundo y a nosotros mismos. Como reza una palabra de Jesús que nos ha llegado a través de Orígenes, «quien está cerca de mí, está cerca del fuego». Y este fuego es al mismo tiempo calor, no una luz fría, sino una luz en la que salen a nuestro encuentro el calor y la bondad de Dios.

El gran himno del *Exsultet*, que el diácono canta al comienzo de la liturgia de Pascua, nos hace notar, muy calladamente, otro detalle más. Nos recuerda que este objeto, el cirio, se debe principalmente a la labor de las abejas. Así, toda la creación entra en juego. En el cirio, la creación se convierte en portadora de luz. Pero, según los Padres, también hay una referencia implícita a la Iglesia. La cooperación de la comunidad viva de los fieles en la Iglesia es algo parecido al trabajo de las abejas. Construye la comunidad de la luz. Podemos ver así también en el cirio una referencia a nosotros y a nuestra comunión en la comunidad de la Iglesia, que existe para que la luz de Cristo pueda iluminar al mundo.

Roguemos al Señor en esta hora que nos haga experimentar la alegría de su luz, y pidámosle que nosotros mismos seamos portadores de su luz, con el fin de que, a través de la Iglesia, el esplendor del rostro de Cristo entre en el mundo (cf. *Lumen gentium*, 1). Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Misa con ocasión de su
85º cumpleaños***

*Capilla Paulina. Lunes, 16 de abril
de 2012*

*Señores cardenales, queridos hermanos
en el episcopado y en el sacerdocio, queri-
dos hermanos y hermanas:*

En el día de mi cumpleaños y de mi Bautismo, el 16 de abril, la liturgia de la Iglesia ha puesto tres señales que me indican a dónde lleva el camino y que me ayudan a encontrarlo. En primer lugar, la memoria de santa Bernardita Soubirous, la vidente de Lourdes; luego, uno de los santos más peculiares de la historia de la Iglesia, Benito José Labre; y después, sobre todo, el hecho de que este día se encuentra todavía inmerso en el Misterio pascual, en el Misterio de la Cruz y de la Resurrección, y en el año de mi nacimiento se manifestó de un modo particular: era el Sábado Santo, el día del silencio de Dios, de su aparente ausencia, de la muerte de Dios, pero también el día en el que se anunciaba la Resurrección.

A Bernardita Soubirous, la muchacha sencilla del sur, de los Pirineos, todos la conocemos y la amamos. Bernardita creció en la Francia ilustrada del siglo XIX, en una pobreza difícilmente imaginable. La cárcel, que había sido abandonada por ser demasiado insalubre, se convirtió al final -después de algunas dudas- en la morada de la familia, en la que transcurrió su infancia. No tuvo la posibilidad de recibir formación escolar; solo un poco de catecismo para prepararse a la Primera Comunión. Pero precisamente esta muchacha sencilla, que en su corazón había permanecido pura y limpia, tenía el corazón que ve, era capaz de ver a la Madre del Señor y, en ella, el reflejo de la belleza y de la bondad de Dios. A esta joven, María podía manifestarse y, a través de ella, hablar al siglo e incluso más allá del siglo. Bernardita sabía ver, con el corazón puro y genuino. Y María le indica la fuente: ella puede descubrir la fuente de agua viva, pura e incontaminada; agua que es vida, agua que da pureza y salud. Y, a través de los siglos, esta agua ya es un signo de parte de María, un signo que indica dónde se hallan las fuentes de la vida, dónde podemos purificarnos, dónde encontramos lo que está incontaminado. En nuestro tiempo, en el que vemos el mundo tan agitado, y en el que existe la necesidad del agua, del agua pura, este signo es mucho más grande. De María, de la Madre del Señor, del corazón puro viene también el agua pura, genuina, que da la vida, el agua que en este siglo -y en los siglos futuros- nos purifica y nos cura.

Creo que podemos considerar esta agua como una imagen de la verdad que sale a nuestro encuentro en la fe: la verdad no simulada, sino incontaminada. De hecho, para poder vivir, para poder llegar a ser puros, necesitamos tener en nosotros la nostalgia de la vida pura, de la verdad no tergiversada, de lo que no está contaminado por la corrupción, del ser hombres sin mancha. Pues bien, este día, esta pequeña santa siempre ha sido para mí un signo que me ha indicado de dónde proviene el agua viva que necesitamos -el agua que nos purifica y que da la vida-, y un signo de cómo deberíamos ser: con todo el saber y todas las capacidades, que también son necesarios, no debemos perder el corazón sencillo, la mirada sencilla del corazón, capaz de ver lo esencial; y siempre debemos pedir al Señor que nos ayude a conservar en nosotros la humildad que permite al corazón ser clarividente -ver lo que es sencillo y esencial, la belleza y la bondad de Dios- y encontrar así la fuente de la que brota el agua que da la vida y purifica.

Luego está Benito José Labre, el piadoso peregrino mendicante del siglo XVIII que, después de varios intentos inútiles, encontró finalmente su vocación de peregrinar como mendicante -sin nada, sin ningún apoyo, sin quedarse para sí con nada de lo que recibía, salvo lo absolutamente necesario-, peregrinar a través de toda Europa, a todos los santuarios de Europa, desde España hasta Polonia y desde Alemania hasta Sicilia: ¡un santo verdaderamente

uropeo! Podemos decir también: un santo un poco peculiar que, mendigando, vagabundea de un santuario a otro y no quiere hacer más que rezar y así dar testimonio de lo que cuenta en esta vida: Dios. Ciertamente, no representa un ejemplo para emular, pero es una señal, es un dedo que indica hacia lo esencial. Nos muestra que solo Dios basta; que más allá de todo, lo que puede haber en este mundo, más allá de nuestras necesidades y capacidades, lo que cuenta, lo esencial es conocer a Dios. Solo Dios basta. Y este «solo Dios» él nos lo indica de un modo dramático. Y, al mismo tiempo, esta vida realmente europea que, de santuario en santuario, abraza todo el continente europeo hace evidente que aquel que se abre a Dios no se aleja del mundo y de los hombres, sino que encuentra hermanos, porque por parte de Dios caen las fronteras; solo Dios puede eliminar las fronteras porque gracias a él todos somos hermanos, formamos parte los unos de los otros; hace presente que la unicidad de Dios significa, al mismo tiempo, la fraternidad y la reconciliación de los hombres, el derribo de las fronteras que nos une y nos cura. Así Benito José Labre es un santo de la paz precisamente porque es un santo sin ninguna exigencia, que muere pobre de todo pero bendecido con todo.

Y, por último, está el Misterio pascual. En el mismo día en que nací, gracias a la diligencia de mis padres, también renací por el agua y por el Espíritu, como acabamos de escuchar en

el Evangelio. En primer lugar, está el don de la vida, que mis padres me hicieron en tiempos muy difíciles, y, por el cual, les debo dar las gracias. Pero no se debe dar por descontado que la vida del hombre es un don en sí misma. ¿Puede ser verdaderamente un hermoso don? ¿Sabemos qué amenazas se ciernen sobre el hombre en los tiempos oscuros que se encontrará, e incluso en los más luminosos que podrán venir? ¿Podemos prever a qué afanes, a qué terribles acontecimientos podrá quedar expuesto? ¿Es justo dar la vida así, sencillamente? ¿Es responsable o es demasiado incierto? Es un don problemático, si se considera solo en sí mismo. La vida biológica de por sí es un don, pero está rodeada de una gran pregunta. Solo se transforma en un verdadero don si, junto con ella, se puede dar una promesa que es más fuerte que cualquier desventura que nos pueda amenazar, si se la sumerge en una fuerza que garantiza que ser hombre es un bien, que para esta persona es un bien cualquier cosa que pueda traer el futuro. Así, al nacimiento se une el renacimiento, la certeza de que, en verdad, es un bien existir, porque la promesa es más fuerte que las amenazas. Este es el sentido del renacimiento por el agua y por el Espíritu: ser inmersos en la promesa que solo Dios puede hacer: es un bien que tú existas, y puedes estar seguro de ello, suceda lo que suceda. Por esta certeza he podido vivir, renacido por el agua y por el Espíritu. Nicodemo pregunta al Señor: «¿Acaso un viejo puede renacer?». Ahora bien, el renacimiento se

nos da en el Bautismo, pero nosotros debemos crecer continuamente en él, debemos dejarnos sumergir siempre de nuevo en su promesa, para renacer verdaderamente en la grande y nueva familia de Dios, que es más fuerte que todas las debilidades y que todas las potencias negativas que nos amenazan. Por eso, este es un día de gran acción de gracias.

El día en que fui bautizado, como he dicho, era Sábado Santo. Entonces se acostumbraba todavía anticipar la Vigilia pascual en la mañana, a la que seguiría aún la oscuridad del Sábado Santo, sin el Aleluya. Me parece que esta singular paradoja, esta singular anticipación de la luz en un día oscuro, puede ser en cierto sentido una imagen de la historia de nuestros días. Por un lado, aún está el silencio de Dios y su ausencia, pero en la Resurrección de Cristo ya está la anticipación del «sí» de Dios; y por esta anticipación nosotros vivimos y, a través del silencio de Dios, escuchamos su palabra; y a través de la oscuridad de su ausencia vislumbramos su luz. La anticipación de la Resurrección en medio de una historia que se desarrolla es la fuerza que nos indica el camino y que nos ayuda a seguir adelante.

Damos gracias a Dios porque nos ha dado esta luz y le pedimos que esa luz permanezca siempre. Y, en este día, tengo motivo para darle las gracias a él y a todos los que siempre me han hecho percibir la presencia del Señor,

que me han acompañado para que no perdiera la luz.

Me encuentro ante el último tramo del camino de mi vida y no sé lo que me espera. Pero sé que la luz de Dios existe, que él ha resucitado, que su luz es más fuerte que cualquier oscuridad; que la bondad de Dios es más fuerte que todo mal de este mundo. Y esto me ayuda a avanzar con seguridad. Esto nos ayuda a *nosotros* a seguir adelante, y en esta hora

doy las gracias de corazón a todos los que continuamente me hacen percibir el «sí» de Dios a través de su fe.

Al final, cardenal decano, le agradezco sus palabras de amistad fraterna, y su colaboración en todos estos años. Y expreso mi profundo agradecimiento a todos los colaboradores de los treinta años que he vivido en Roma, que me han ayudado a llevar el peso de mi responsabilidad. Gracias. Amén.

MENSAJES

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, con motivo del Vía Crucis de los reclusos en la cárcel romana de Rebibbia

Queridos hermanos:

Me ha alegrado saber que, en preparación para la Pascua, realizaréis, en el centro penitenciario de Rebibbia, un vía crucis que será presidido por mi vicario para Roma, el cardenal Agostino Vallini, con la participación de los reclusos, la policía carcelaria y grupos de fieles de varias parroquias de la ciudad. Me siento particularmente cercano a esta iniciativa, porque sigue vivo en mi alma el recuerdo de la visita que realicé a la cárcel de Rebibbia poco antes de la pasada Navidad; recuerdo los rostros que encontré y las palabras que escuché, y que han dejado en mí una huella profunda. Por ello, me uno espiritual-

mente a vuestra oración, para dar así continuidad a mi presencia en medio de vosotros, y por esto doy las gracias en particular a vuestros capellanes.

Sé que este vía crucis quiere ser también un signo de reconciliación. En efecto, como dijo uno de los reclusos durante nuestro encuentro, la cárcel sirve para levantarse después de haber caído, para reconciliarse con uno mismo, con los demás y con Dios, y poder así reintegrarse en la sociedad. Cuando, en el vía crucis, vemos a Jesús que cae al suelo -una, dos, tres veces- comprendemos que él compartió nuestra condición humana; el peso de nuestros pecados lo hizo caer; sin embargo, tres veces Jesús se levantó y prosiguió el camino hacia el Calvario; y así, con su ayuda, también nosotros podemos levantarnos de nuestras caí-

das, y tal vez ayudar a otro, a un hermano, a levantarse.

¿Pero qué es lo que le daba a Jesús la fuerza de seguir adelante? Era la certeza de que el Padre estaba con él. Aunque en su corazón tenía toda la amargura del abandono, Jesús sabía que el Padre lo amaba, y precisamente este amor inmenso, esta misericordia infinita del Padre celestial lo consolaba y era más grande que las violencias y las afrentas que lo rodeaban. Aunque todos lo despreciaban y ya no lo trataban como a un hombre, Jesús, en su corazón, tenía la firme certeza de que era siempre hijo, el Hijo amado por Dios Padre.

Este, queridos amigos, es el gran don que Jesús nos ha hecho con su vía crucis: nos ha revelado que Dios es amor infinito, es misericordia, y lleva hasta el fondo el peso de nuestros pecados, para que podamos levantarnos y reconciliarnos y recobrar la paz. Tampoco nosotros, por tanto, debemos tener miedo de recorrer nuestro «vía crucis», de llevar nuestra cruz junto a Jesús. Él está con nosotros. Y con nosotros está también María, su madre y nuestra madre. Ella permanece fiel también al pie de nuestra cruz, y reza por nuestra resurrección, porque cree firmemente que, incluso en la noche más oscura, la última palabra es la luz del amor de Dios.

Con esta esperanza, basada en la fe, os deseo a todos que viváis la próxima

Pascua en la paz y en la alegría que Cristo nos ha conquistado con su sangre, y con gran afecto os imparto la bendición apostólica, extendiéndola de corazón a vuestros familiares y a vuestros seres queridos.

Vaticano, 22 de marzo de 2012

Video-mensaje del Papa, Benedicto XVI, a los católicos de Francia con motivo del 50º Aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II

Queridos hermanos y hermanas de Francia:

Es una gran alegría para mí poder dirigir mi cordial saludo a vosotros, que habéis acudido a Lourdes en gran número, respondiendo a la llamada de vuestros obispos, para celebrar el quincuagésimo aniversario de la apertura del concilio Vaticano II. Me uno a vosotros con la oración y con el corazón en el camino de fe que realizáis ante la gruta de Massabielle. El concilio Vaticano II fue y es un signo auténtico de Dios para nuestro tiempo. Si sabemos leerlo y acogerlo dentro de la Tradición de la Iglesia y bajo la guía segura del Magisterio, se transformará cada vez más en una gran fuerza para el futuro de la Iglesia. También deseo vivamente que este aniversario sea para vosotros y para toda la Iglesia que está en Francia ocasión para una renovación espiritual y pastoral. En efecto,

de esta manera, se nos da la oportunidad de conocer mejor los textos que los padres conciliares nos dejaron en herencia y que no han perdido nada de su valor, con el fin de asimilarlos y de hacer que den frutos para el presente.

Esta renovación, que se sitúa en la continuidad, asume múltiples formas y el Año de la fe, que he querido proponer a toda la Iglesia en esta ocasión, debe ayudar a que nuestra fe sea más consciente y a reavivar nuestra adhesión al Evangelio. Esto requiere una apertura cada vez mayor a la persona de Cristo, especialmente recuperando el gusto de la Palabra de Dios, para realizar una conversión profunda de nuestro corazón y recorrer los caminos del mundo proclamando el Evangelio de la esperanza a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo, en un diálogo respetuoso hacia todos. Que este tiempo de gracia permita además consolidar la comunión en el seno de esta gran familia que es la Iglesia católica y contribuya a restaurar la unidad entre todos los cristianos, que fue uno de los principales objetivos del Concilio.

La renovación de la Iglesia pasa también por el testimonio que dan los cristianos mismos con su vida, para que resplandezca la Palabra de verdad que el Señor nos dejó. Queridos amigos, frecuentando a los testigos de la fe, como santa Bernardita, la humilde virgen de Lourdes, Paulina Jaricot que

suscitó en la Iglesia un nuevo impulso misionero, y tantos otros, nacidos en Francia, creceréis en el conocimiento de Cristo. A través del servicio a Dios y a sus hermanos, estos hombres y estas mujeres nos demuestran que la fe es un acto personal y comunitario, que implica también un testimonio y un compromiso públicos que no podemos desatender. Santa Juana de Arco, de cuyo nacimiento celebramos este año el sexto centenario, es un ejemplo luminoso de esto, ella que quiso llevar el Evangelio al centro de las realidades más dramáticas de la historia y de la Iglesia de su tiempo.

Redescubrir la alegría de creer y el entusiasmo de comunicar la fuerza y la belleza de la fe es un reto fundamental de la nueva evangelización, a la que está llamada toda la Iglesia. Poneos en camino sin miedo, para llevar a los hombres y a las mujeres de vuestro país hacia la amistad con Cristo.

Queridos hermanos y hermanas, que la Virgen Inmaculada, Nuestra Señora de Lourdes, la cual desempeñó un papel tan importante en el misterio de la salvación, sea también para vosotros una luz en el camino que lleva hacia Cristo, y que os ayude a crecer en la fe. A todos vosotros, obispos y fieles, peregrinos de Lourdes, y a vosotros, hermanos y hermanas de Francia que estáis unidos a nosotros a través de la radio o la televisión, os imparto de todo corazón una afectuosa bendición apostólica.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del V Centenario de la
ostensión de la Túnica Sagrada en
Tréveris***

A mi venerado hermano, Stephan Ackermann, Obispo de Tréveris

En estos días, en la gran catedral de Tréveris, tiene lugar la ostensión de la Túnica sagrada, exactamente quinientos años después de su primera exposición pública por obra del arzobispo Richard von Greiffenklau, de acuerdo con el deseo del emperador Maximiliano I, abriendo el altar mayor. En esta ocasión especial, también yo me hago peregrino, con el pensamiento, en la antigua y venerable ciudad episcopal de Tréveris, para sumarme, en cierto sentido, al grupo de fieles que, en las próximas semanas, participarán en la peregrinación a la Túnica sagrada. A usted, excelencia, a los hermanos en el ministerio episcopal allí presentes, a los sacerdotes y a los diáconos, a los religiosos y a las religiosas, y a todos los que se encuentran reunidos en la catedral de Tréveris para la apertura de la peregrinación, deseo asegurarles la cercanía fraterna del Sucesor de Pedro.

Desde la primera ostensión, en el año 1512, la Túnica sagrada atrae hacia sí a los fieles, porque esta reliquia hace presente uno de los momentos más dramáticos de la vida terrena de Jesús, su muerte en cruz. En ese contexto, la división de los vestidos del

Crucificado entre los soldados podría parecer solamente un episodio marginal, al que los Evangelios sinópticos aluden solo de paso. El evangelista san Juan, sin embargo, desarrolla este acontecimiento con cierta solemnidad. Es el único que llama la atención sobre la túnica, que «era sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo» (19, 23). Así nos hace explícito el acontecimiento y, gracias a la reliquia, nos ayuda a contemplar con fe el misterio de la salvación.

La túnica, nos dice san Juan, estaba tejida toda de una pieza. Los soldados, según la costumbre romana, se dividen como un botín las pobres cosas del crucificado, pero no quieren desgarrar la túnica. La echan a suerte y, de este modo, permanece entera. Los Padres de la Iglesia ven en este pasaje la unidad de la Iglesia; está unida como única e indivisa comunidad por el amor de Cristo. La Túnica sagrada quiere hacernos visible todo esto. El amor del Salvador vuelve a unir lo que está dividido. La Iglesia es una en muchos. Cristo no disuelve la pluralidad de los hombres, sino que los une en su ser los unos para los otros y con los otros típico de los cristianos, hasta el punto de que ellos mismos pueden llegar a ser, de varias maneras, mediadores los unos para los otros respecto de Dios.

La túnica de Cristo está «tejida toda de una pieza de arriba abajo» (Jn 19, 23). También esta es una imagen de la

Iglesia, que no vive por sí misma, sino por Dios. Como comunidad única e indivisa, es obra de Dios, no producto de los hombres y de sus capacidades. Al mismo tiempo, la Túnica sagrada quiere ser, por decirlo así, una advertencia a la Iglesia para que permanezca fiel a sus orígenes, para que tome conciencia de que, en el fondo, su unidad, su consenso, su eficacia, su testimonio solo pueden ser creados por Dios, solo pueden ser dados por Dios. Únicamente cuando Pedro confesó: «Tú eres el Cristo» (cf. *Mt* 16, 16), recibió el poder de atar y desatar, por lo tanto, el servicio en favor de la unidad de la Iglesia.

Y, por último, la Túnica sagrada no es una toga, un vestido elegante, que expresa un papel social. Es un vestido modesto, que sirve para cubrir y proteger a quien lo lleva, conservando su intimidad. Este vestido es el don indiviso del Crucificado a la Iglesia, que él ha santificado con su Sangre. Por esto, la Túnica sagrada recuerda la dignidad propia de la Iglesia. Sin embargo, ¡cuántas veces vemos en qué frágiles vasijas (cf. *2 Co* 4, 7) llevamos nosotros el tesoro que el Señor nos ha confiado en su Iglesia, y cómo, a causa de nuestro egoísmo, de nuestras debilidades y errores, queda herida la integridad del Cuerpo de Cristo! Hace falta una disposición constante a la conversión y a la humildad para seguir al Señor con amor y con verdad. Al mismo tiempo, la particular dignidad e integridad de la Iglesia no puede quedar

expuesta y entregada al ruido de un juicio sumario por parte de la opinión pública.

La peregrinación jubilar tiene como lema, que es también una invocación al Señor, «Vuelve a unir lo que está dividido». No queremos permanecer inmóviles en el aislamiento. Queremos pedir al Señor que nos guíe en el camino de la fe, que reviva en nosotros sus contenidos. Así los cristianos, al crecer juntos en la fe, en la oración y en el testimonio, también podremos reconocer, en medio de las pruebas de nuestro tiempo, la magnificencia y la bondad del Señor. Por esto, a usted y a todos los que en estas semanas de fiesta se dirijan en peregrinación a la Túnica sagrada en Tréveris, les imparto de corazón la bendición apostólica.

Vaticano, Viernes Santo, 6 de abril de 2012

Mensaje del Papa, Benedicto XVI, con ocasión del VII Congreso Mundial de Pastoral del Turismo

Cancún, 23-27 de abril de 2012

A los Venerados Hermanos, Señor Cardenal Antonio Maria Vegliò, Presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, y Mons. Pedro Pablo Elizondo Cárdenas, L.C., Obispo Prelado de Cancún-Chetumal

Con ocasión del VII Congreso Mundial de Pastoral del Turismo, que se celebrará en Cancún (México), del 23 al 27 de abril, deseo dirigiros mi cordial saludo, que hago extensivo a los venerados Hermanos en el Episcopado y a los participantes en esta importante reunión. Al comienzo de estas jornadas de reflexión sobre la labor pastoral que la Iglesia lleva a cabo en el ámbito del turismo, quiero hacer llegar a los congresistas mi cercanía espiritual, así como mi saludo deferente a las autoridades civiles y a los representantes de organizaciones internacionales que han querido estar presentes en este evento.

El turismo es ciertamente un fenómeno característico de nuestra época, tanto por las significativas dimensiones que ha alcanzado como por las perspectivas de crecimiento que se prevén. Al igual que toda realidad humana, debe ser iluminado y transformado por la Palabra de Dios. Desde esta convicción, la Iglesia, con su solicitud pastoral, y siendo consciente del importante influjo que este fenómeno tiene sobre el ser humano, lo acompaña desde sus primeros pasos, alienta y promueve sus potencialidades, al mismo tiempo que señala y trabaja por corregir sus riesgos y desviaciones.

El turismo, junto con las vacaciones y el tiempo libre, aparece como un espacio privilegiado para la restauración física y espiritual, posibilita el encuentro de quienes pertenecen a culturas diversas, y es ocasión de acercamiento

a la naturaleza, favoreciendo por todo ello la escucha y la contemplación, la tolerancia y la paz, el diálogo y la armonía en medio de la diversidad.

El viaje es manifestación de nuestro ser *homo viator*, al mismo tiempo que refleja ese otro itinerario, más profundo y significativo, que estamos llamados a recorrer: el que nos conduce al encuentro con Dios. La posibilidad que nos brindan los viajes de admirar la belleza de los pueblos, de las culturas y de la naturaleza, nos puede conducir a Dios, favoreciendo la experiencia de fe, «pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se llega por analogía a contemplar a su creador» (Sb 13,5). Por otra parte, el turismo, como toda realidad humana, no está exento de peligros ni elementos negativos. Se trata de males que hay que afrontar urgentemente, ya que conculcan los derechos y la dignidad de millones de hombres y mujeres, especialmente de los pobres, los menores y los discapacitados. El turismo sexual es una de las formas más abyectas de estas desviaciones que devastan, desde el punto de vista moral, psicológico y sanitario, la vida de las personas, de tantas familias y, a veces, de comunidades enteras. La trata de seres humanos por motivos sexuales o para trasplantes de órganos, así como la explotación de menores, su abandono en manos de personas sin escrúpulos, el abuso, la tortura, se producen tristemente en muchos contextos turísticos. Todo esto ha de inducir a aquellos que se

dedican pastoralmente o por motivos de trabajo al mundo del turismo, y a toda la comunidad internacional, a aumentar la vigilancia, a prevenir y contrastar estas aberraciones.

En la encíclica *Caritas in veritate*, quise enmarcar el fenómeno del turismo internacional en el contexto del desarrollo humano integral. «Hay que pensar, pues, en un turismo distinto, capaz de promover un verdadero conocimiento recíproco, que nada quite al descanso y a la sana diversión» (n. 61). Os invito a que vuestro Congreso, reunido precisamente bajo el lema, *El turismo que marca la diferencia*, colabore a desplegar esa pastoral que nos conduzca paulatinamente hacia este «turismo distinto».

Deseo destacar tres ámbitos en los que la pastoral del turismo debe centrar su atención. En primer lugar, iluminar este fenómeno con la doctrina social de la Iglesia, promoviendo una cultura del turismo ético y responsable, de modo que llegue a ser respetuoso con la dignidad de las personas y de los pueblos, accesible a todos, justo, sostenible y ecológico. El disfrute del tiempo libre y las vacaciones periódicas son una oportunidad, así como un derecho. La Iglesia desea seguir ofreciendo su sincera colaboración, desde el ámbito que le es propio, para hacer que este derecho sea una realidad para todos los seres humanos, especialmente para los colectivos más desfavorecidos.

En segundo lugar, la acción pastoral nunca debe olvidar la *via pulchritudinis*, la «vía de la belleza». Muchas de las manifestaciones del patrimonio histórico-cultural religioso «son auténticos caminos hacia Dios, la Belleza suprema; más aún, son una ayuda para crecer en la relación con él, en la oración. Se trata de las obras que nacen de la fe y que expresan la fe» (*Audiencia general*, 31 agosto 2011). Es importante cuidar la acogida y organizar las visitas turísticas siempre desde el respeto al lugar sagrado y a la función litúrgica para la que nacieron muchas de estas obras y que sigue siendo su destino primordial.

Y, en tercer lugar, la pastoral del turismo ha de acompañar a los cristianos en el disfrute de sus vacaciones y tiempo libre, de modo que sean de provecho para su crecimiento humano y espiritual. Este es ciertamente «un tiempo oportuno para que el cuerpo se relaje y también para alimentar el espíritu con tiempos más largos de oración y de meditación, para crecer en la relación personal con Cristo y conformarse cada vez más a sus enseñanzas» (*Ángelus*, 15 julio 2007).

La nueva evangelización, a la que todos estamos convocados, nos exige tener presente y aprovechar las numerosas ocasiones que el fenómeno del turismo nos ofrece para presentar a Cristo como respuesta suprema a los interrogantes del hombre de hoy.

Exhorto pues a que la pastoral del turismo forme parte, con pleno derecho, de la pastoral orgánica y ordinaria de la Iglesia, de modo que coordinando los proyectos y esfuerzos, respondamos con mayor fidelidad al mandato misionero del Señor.

Con estos sentimientos, confío los frutos de este Congreso a la poderosa intercesión de María Santísima, Nuestra Señora de Guadalupe y, como prenda de abundantes favores divinos, imparto complacido a todos los congresistas la implorada Bendición Apostólica.

Vaticano, 18 de abril de 2012

***Mensaje URBI ET ORBI
del Papa, Benedicto XVI***

Domingo de Pascua, 2012. 8 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas de Roma y del mundo entero

«*Surrexit Christus, spes mea*» – «Resucitó Cristo, mi esperanza» (Secuencia pascual).

Llegue a todos vosotros la voz exultante de la Iglesia, con las palabras que el antiguo himno pone en labios de María Magdalena, la primera en encontrar en la mañana de Pascua a Jesús resucitado. Ella corrió hacia los otros

discípulos y, con el corazón sobrecogido, les anunció: «He visto al Señor» (*Jn* 20,18). También nosotros, que hemos atravesado el desierto de la Cuaresma y los días dolorosos de la Pasión, hoy abrimos las puertas al grito de victoria: «¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado verdaderamente!».

Todo cristiano revive la experiencia de María Magdalena. Es un encuentro que cambia la vida: el encuentro con un hombre único, que nos hace sentir toda la bondad y la verdad de Dios, que nos libra del mal, no de un modo superficial, momentáneo, sino que nos libra de él radicalmente, nos cura completamente y nos devuelve nuestra dignidad. He aquí porqué la Magdalena llama a Jesús «mi esperanza»: porque ha sido Él quien la ha hecho renacer, le ha dado un futuro nuevo, una existencia buena, libre del mal. «Cristo, mi esperanza», significa que cada deseo mío de bien encuentra en Él una posibilidad real: con Él, puedo esperar que mi vida sea buena y sea plena, eterna, porque es Dios mismo que se ha hecho cercano hasta entrar en nuestra humanidad.

Pero María Magdalena, como los otros discípulos, han tenido que ver a Jesús rechazado por los jefes del pueblo, capturado, flagelado, condenado a muerte y crucificado. Debe haber sido insoportable ver la Bondad en persona sometida a la maldad humana, la Verdad escarnecida por la mentira, la Misericordia injuriada por la venganza. Con la muerte de Jesús,

parecía fracasar la esperanza de cuantos confiaron en Él. Pero aquella fe nunca dejó de faltar completamente: sobre todo en el corazón de la Virgen María, la madre de Jesús, la llama quedó encendida con viveza también en la oscuridad de la noche. En este mundo, la esperanza no puede dejar de hacer cuentas con la dureza del mal. No es solamente el muro de la muerte lo que la obstaculiza, sino más aún las puntas aguzadas de la envidia y el orgullo, de la mentira y de la violencia. Jesús ha pasado por esta trama mortal, para abrirnos el paso hacia el reino de la vida. Hubo un momento en el que Jesús aparecía derrotado: las tinieblas habían invadido la tierra, el silencio de Dios era total, la esperanza una palabra que ya parecía vana.

Y he aquí que, al alba del día después del sábado, se encuentra el sepulcro vacío. Después, Jesús se manifiesta a la Magdalena, a las otras mujeres, a los discípulos. La fe renace más viva y más fuerte que nunca, ya invencible, porque fundada en una experiencia decisiva: «Lucharon vida y muerte / en singular batalla, / y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta». Las señales de la resurrección testimonian la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la misericordia sobre la venganza: «Mi Señor glorioso, / la tumba abandonada, / los ángeles testigos, / sudarios y mortaja».

Queridos hermanos y hermanas: si Jesús ha resucitado, entonces —y solo entonces— ha ocurrido algo realmente

nuevo, que cambia la condición del hombre y del mundo. Entonces Él, Jesús, es alguien del que podemos fiarnos de modo absoluto, y no solamente confiar en su mensaje, sino precisamente *en Él*, porque el resucitado no pertenece al *pasado*, sino que *está presente* hoy, vivo. Cristo es esperanza y consuelo de modo particular para las comunidades cristianas que más pruebas padecen a causa de la fe, por discriminaciones y persecuciones. Y está presente como fuerza de esperanza a través de su Iglesia, cercano a cada situación humana de sufrimiento e injusticia.

Que Cristo resucitado otorgue esperanza a Oriente Próximo, para que todos los componentes étnicos, culturales y religiosos de esa Región colaboren en favor del bien común y el respeto de los derechos humanos. En particular, que en Siria cese el derramamiento de sangre y se emprenda sin demora la vía del respeto, del diálogo y de la reconciliación, como auspicia también la comunidad internacional. Y que los numerosos prófugos provenientes de ese país y necesitados de asistencia humanitaria, encuentren la acogida y solidaridad que alivien sus penosos sufrimientos. Que la victoria pascual aliente al pueblo iraquí a no escatimar ningún esfuerzo para avanzar en el camino de la estabilidad y del desarrollo. Y, en Tierra Santa, que israelíes y palestinos reemprendan el proceso de paz.

Que el Señor, vencedor del mal y de la muerte, sustente a las comunidades

cristianas del Continente africano, les dé esperanza para afrontar las dificultades y las haga agentes de paz y artífices del desarrollo de las sociedades a las que pertenecen.

Que Jesús resucitado reconforte a las poblaciones del Cuerno de África y favorezca su reconciliación; que ayude a la Región de los Grandes Lagos, a Sudán y Sudán del Sur, concediendo a sus respectivos habitantes la fuerza del perdón. Y que a Malí, que atraviesa un momento político delicado, Cristo glorioso le dé paz y estabilidad. Que a Nigeria, teatro en los últimos tiempos de sangrientos atentados terroristas, la alegría pascual le infunda las energías necesarias para recomenzar a construir una sociedad pacífica y respetuosa de la libertad religiosa de todos sus ciudadanos.

Feliz Pascua a todos.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la XLIX Jornada Mundial de
Oración por las Vocaciones***

29 DE ABRIL DE 2012 – IV DOMINGO DE PASCUA

Tema: *Las vocaciones don de la caridad de Dios*

Queridos hermanos y hermanas

La XLIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se cele-

brará el 29 de abril de 2012, cuarto domingo de Pascua, nos invita a reflexionar sobre el tema: *Las vocaciones don de la caridad de Dios*.

La fuente de todo don perfecto es Dios Amor -*Deus caritas est*-. «quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). La Sagrada Escritura narra la historia de este vínculo originario entre Dios y la humanidad, que precede a la misma creación. San Pablo, escribiendo a los cristianos de la ciudad de Éfeso, eleva un himno de gratitud y alabanza al Padre, el cual con infinita benevolencia dispone a lo largo de los siglos la realización de su plan universal de salvación, que es un designio de amor. En el Hijo Jesús –afirma el Apóstol– «nos eligió antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor» (Ef 1,4). Somos amados por Dios incluso “antes” de venir a la existencia. Movido exclusivamente por su amor incondicional, él nos “creó de la nada” (cf. 2M 7,28) para llevarnos a la plena comunión con Él.

Lleno de gran estupor ante la obra de la providencia de Dios, el Salmista exclama: «Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para que te cuides de él?» (Sal 8,4-5). La verdad profunda de nuestra existencia está, pues, encerrada en ese sorprendente misterio: toda

criatura, en particular toda persona humana, es fruto de un pensamiento y de un acto de amor de Dios, amor inmenso, fiel, eterno (cf. *Jr* 31,3). El descubrimiento de esta realidad es lo que cambia verdaderamente nuestra vida en lo más hondo. En una célebre página de las *Confesiones*, san Agustín expresa con gran intensidad su descubrimiento de Dios, suma belleza y amor, un Dios que había estado siempre cerca de él, y al que, al final, le abrió la mente y el corazón para ser transformado: «¡Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo afuera, y así por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, más yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no existirían. Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume, y lo aspiré, y ahora te anhelo; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti» (X, 27,38). Con estas imágenes, el Santo de Hipona intentaba describir el misterio inefable del encuentro con Dios, con su amor que transforma toda la existencia.

Se trata de un amor sin reservas que nos precede, nos sostiene y nos llama durante el camino de la vida y tiene su raíz en la absoluta gratuidad de Dios. Refiriéndose en concreto al

ministerio sacerdotal, mi predecesor, el beato Juan Pablo II, afirmaba que «todo gesto ministerial, a la vez que lleva a amar y servir a la Iglesia, ayuda a madurar cada vez más en el amor y en el servicio a Jesucristo, Cabeza, Pastor y Esposo de la Iglesia; en un amor que se configura siempre como respuesta al amor precedente, libre y gratuito, de Dios en Cristo» (Exhort. ap. *Pastores dabo vobis*, 25). En efecto, toda vocación específica nace de la iniciativa de Dios; *es don de la caridad de Dios*. Él es quien da el “primer paso” y no como consecuencia de una bondad particular que encuentra en nosotros, sino en virtud de la presencia de su mismo amor «derramado en nuestros corazones por el Espíritu» (*Rm* 5,5).

En todo momento, en el origen de la llamada divina está la iniciativa del amor infinito de Dios, que se manifiesta plenamente en Jesucristo. Como escribí en mi primera encíclica *Deus caritas est*, «de hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres

en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía» (n. 17).

El amor de Dios permanece para siempre, es fiel a sí mismo, a la «palabra dada por mil generaciones» (*Sal* 105,8). Es preciso, por tanto, volver a anunciar, especialmente a las nuevas generaciones, la belleza cautivadora de ese amor divino, que precede y acompaña: es el resorte secreto, es la motivación que nunca falla, ni siquiera en las circunstancias más difíciles.

Queridos hermanos y hermanas, tenemos que abrir nuestra vida a este amor; cada día Jesucristo nos llama a la perfección del amor del Padre (cf. *Mt* 5,48). La grandeza de la vida cristiana consiste en efecto en amar “como” lo hace Dios; se trata de un amor que se manifiesta en el don total de sí mismo fiel y fecundo. San Juan de la Cruz, respondiendo a la priora del monasterio de Segovia, apenada por la dramática situación de suspensión en la que se encontraba el santo en aquellos años, la invita a actuar de acuerdo con Dios: «No piense otra cosa sino que todo lo ordena Dios. Y donde no hay amor, ponga amor, y sacará amor» (*Epistolario*, 26).

En este terreno oblativo, en la apertura al amor de Dios y como fruto de este amor, nacen y crecen todas las vocaciones. Y bebiendo de este manantial mediante la oración, con el trato

frecuente con la Palabra y los Sacramentos, especialmente la Eucaristía, será posible vivir el amor al prójimo en el que se aprende a descubrir el rostro de Cristo Señor (cf. *Mt* 25,31-46). Para expresar el vínculo indisoluble que media entre estos “dos amores” —el amor a Dios y el amor al prójimo— que brotan de la misma fuente divina y a ella se orientan, el Papa san Gregorio Magno se sirve del ejemplo de la planta pequeña: «En el terreno de nuestro corazón, [Dios] ha plantado primero la raíz del amor a él y luego se ha desarrollado, como copa, el amor fraterno» (*Moralium Libri, sive expositio in Librum B. Job*, Lib. VII, cap. 24, 28; *PL* 75, 780D).

Estas dos expresiones del único amor divino han de ser vividas con especial intensidad y pureza de corazón por quienes se han decidido a emprender un camino de discernimiento vocacional en el ministerio sacerdotal y la vida consagrada; constituyen su elemento determinante. En efecto, el amor a Dios, del que los presbíteros y los religiosos se convierten en imágenes visibles —aunque siempre imperfectas— es la motivación de la respuesta a la llamada de especial consagración al Señor a través de la ordenación presbiteral o la profesión de los consejos evangélicos. La fuerza de la respuesta de san Pedro al divino Maestro: «Tú sabes que te quiero» (*Jn* 21,15), es el secreto de una existencia entregada y vivida en plenitud y, por esto, llena de profunda alegría.

La otra expresión concreta del amor, el amor al prójimo, sobre todo hacia los más necesitados y los que sufren, es el impulso decisivo que hace del sacerdote y de la persona consagrada alguien que suscita comunión entre la gente y un sembrador de esperanza. La relación de los consagrados, especialmente del sacerdote, con la comunidad cristiana es vital y llega a ser parte fundamental de su horizonte afectivo. A este respecto, al Santo Cura de Ars le gustaba repetir: «El sacerdote no es sacerdote para sí mismo; lo es para vosotros» (*Le curé d'Ars. Sa pensée – Son cœur*, Foi Vivante, 1966, p. 100).

Queridos Hermanos en el episcopado, queridos presbíteros, diáconos, consagrados y consagradas, catequistas, agentes de pastoral y todos los que os dedicáis a la educación de las nuevas generaciones, os exhorto con viva solicitud a prestar atención a todos los que en las comunidades parroquiales, las asociaciones y los movimientos advierten la manifestación de los signos de una llamada al sacerdocio o a una especial consagración. Es importante que se creen en la Iglesia las condiciones favorables para que puedan aflorar tantos “sí”, en respuesta generosa a la llamada del amor de Dios.

Será tarea de la pastoral vocacional ofrecer puntos de orientación para un camino fructífero. Un elemento central debe ser el amor a la Palabra de Dios, a través de una creciente fa-

miliaridad con la Sagrada Escritura y una oración personal y comunitaria atenta y constante, para ser capaces de sentir la llamada divina en medio de tantas voces que llenan la vida diaria. Pero, sobre todo, que la Eucaristía sea el “centro vital” de todo camino vocacional: es aquí donde el amor de Dios nos toca en el sacrificio de Cristo, expresión perfecta del amor, y es aquí donde aprendemos una y otra vez a vivir la «gran medida» del amor de Dios. Palabra, oración y Eucaristía son el tesoro precioso para comprender la belleza de una vida totalmente gastada por el Reino.

Deseo que las Iglesias locales, en todos sus estamentos, sean un “lugar” de discernimiento atento y de profunda verificación vocacional, ofreciendo a los jóvenes un sabio y vigoroso acompañamiento espiritual. De esta manera, la comunidad cristiana se convierte ella misma en manifestación de la caridad de Dios que custodia en sí toda llamada. Esa dinámica, que responde a las instancias del mandamiento nuevo de Jesús, se puede llevar a cabo de manera elocuente y singular en las familias cristianas, cuyo amor es expresión del amor de Cristo que se entregó a sí mismo por su Iglesia (cf. *Ef* 5,32). En las familias, «comunidad de vida y de amor» (*Gaudium et spes*, 48), las nuevas generaciones pueden tener una admirable experiencia de este amor oblativo. Ellas, efectivamente, no solo son el lugar privilegiado

de la formación humana y cristiana, sino que pueden convertirse en «el primer y mejor seminario de la vocación a la vida de consagración al Reino de Dios» (Exhort. ap. *Familiaris consortio*, 53), haciendo descubrir, precisamente en el seno del hogar, la belleza e importancia del sacerdocio y de la vida consagrada. Los pastores y todos los fieles laicos han de colaborar siempre para que, en la Iglesia, se multipliquen esas «casas y escuelas de comunión» siguiendo el modelo de la

Sagrada Familia de Nazaret, reflejo armonioso en la tierra de la vida de la Santísima Trinidad.

Con estos deseos, imparto de corazón la Bendición Apostólica a vosotros, Venerables Hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los diáconos, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles laicos, en particular a los jóvenes que con corazón dócil se ponen a la escucha de la voz de Dios, dispuestos a acogerla con adhesión generosa y fiel.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANAABRIL

- Día 1: **Domingo de Ramos:** 11:15 horas, Bendición de Ramos y Procesión con el Paso de los Niños desde el Parque de San Lázaro. Misa estacional en la S. I. Catedral presidida por el Sr. Obispo.
- Día 4: **Miércoles Santo, Día Sacerdotal:** Retiro sacerdotal por la tarde. A las 20:00 horas, Misa Crismal presidida por el Monseñor Lemos y concelebrada por los sacerdotes llegados de las distintas zonas.
- Día 5: **Jueves Santo:** a las 17:30 horas, Solemne Celebración “In Cena Domini” en la Catedral, presidida por el Sr. Obispo, con el lavatorio de pies. Procesión con el Santísimo al Monumento.
- Día 6: **Viernes Santo:** 17:00 horas Solemne Celebración de la Pasión del Señor en la Catedral presidida por el Sr. Obispo. A las 21:00 horas, Vía Crucis en la Catedral (la lluvia obliga a suspender la procesión del Santo Entierro).
- Día 7: **Sábado Santo:** a las 22:00 horas, Vigilia Pascual presidida por Monseñor Lemos en la Catedral.
- Día 8: **Domingo de Pascua de Resurrección:** a las 11:15 horas Misa en la iglesia de Santa María Nai y procesión con la imagen de Santa María Nai a la Catedral. A las 12:00 horas Misa de la Resurrección del Señor presidida por el Sr. Obispo en la Catedral y Procesión de regreso con la imagen de Santa María Nai a su iglesia titular.
- Día 9: Conferencia con el tema “La parroquia desde la Misión” ofrecida por el misionero D.Miguel Sotelo Dapía a las 20:00 horas en la parroquia de la Inmacula que celebra su 50 aniversario.
- Del 10 al 15: Semana cultural en el 50 aniversario del santuario diocesano votivo de Nuestra Señora de Fátima. Ciclo de conferencias:
 Día 10: “A parroquia, casa da Virxe María”, a cargo del Cardenal Carlos Amigo, Arcebispo Emérito de Sevilla a las 20:15 horas en el salón de actos del Centro Cultural de la Diputación.
 Día 11: “Historia, protagonistas e tempos do Santuario de N^a. Sra. de Fátima de Ourense” a cargo de D. Miguel Ángel Gon-

zález García, Canónigo Archivero de la Catedral de Ourense a las 20:15 horas en el salón de actos del Centro Cultural de la Diputación.

Día 12: “Iconografía relixiosa do Santuario de Fátima (Un camiño mariano e evanxélico)”, a cargo de D. Javier Limia de Gardón, Doctor en Historia de Arte UNED-Ourense, a las 20:15 horas en el salón de actos del Centro Cultural de la Diputación.

Día 13: “O Couto, a súa parroquia e o seu Santuario” a cargo de D. José Luis Rodríguez Cid, presidente Amigos Vía da Plata-Camiño Mozárabe, a las 20:15 horas en la Sociedad Cultural “Albor” en O Couto.

Día 14: El Sr. Obispo preside la Misa a las 19:00 horas en el santuario de Nuestra Señora de Fátima y a continuación, a las 19:45 horas, inaugura la exposición fotográfica “50 e máis” que recoge la historia del santuario.

Día 12: Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 horas.

Del 13 al 15: Cursillo de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.

Día 14: El Sr. Obispo preside el Vía Lucis de los Equipos de Nuestra Señora en la iglesia de A Veracruz de O Carballiño.

Día 15: La parroquia de la Inmaculada celebra su 50 aniversario con una Eucaristía presidida por Monseñor Lemos, que inaugura una exposición fotográfica y de dibujos de los niños de catequesis.

El Sr. Obispo preside a las 12:30 horas la Eucaristía en la residencia de Os Gozos, de la Fundación San Rosendo, administrando la Santa Unción de Enfermos a siete ancianos, entre ellos dos sacerdotes.

Del 16 al 22: Conferencias en distintas parroquias con motivo de la Semana de la Familia.

Día 19: Oración diocesana por las Vocaciones a las 20:00 h. en el convento de las Esclavas del Santísimo Sacramento, plaza de las Mercedes.

Día 20: Clausura de las reuniones interparroquiales de la ciudad.

Conferencia final de la Semana de la Familia a cargo del director del Centro Teológico a distancia “San Martín” a las 20:15 horas en el Centro Cultural de la Diputación.

Día 21: VI Encuentro diocesano de niños en el santuario de Os Milagros, a partir de las 11:00 horas, organizado por las Delegaciones

diocesanas de Infancia, Misiones, Vocaciones, Catequesis y enseñanza, y contando con la presencia del Sr. Obispo.

- Días 21-22: Los scouts de toda Galicia celebran en Ourense durante el fin de semana la fiesta de su patrón, San Jorge: cerca de 300 niños y jóvenes participaron en las distintas actividades. El domingo a las 10:45 participaban en la Misa presidida por Monseñor Lemos en la parroquia de San Pío X.
- Día 22: La Semana de la Familia culmina con la Misa presidida por el Sr. Obispo a las 12:00 horas en la Catedral, especialmente dedicada a las familias.
- Ultreya del Movimiento de Cursillos de Cristiandad en Xinzo de Limia a las 17:00 horas.
- Día 23 al 27: XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española en la que participaba por primera vez Monseñor Loenardo Lemos Montanet, Obispo de Ourense, quien a partir de ahora pertenece a la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis.
- Día 25: Comienza la Novena en honor al Santo Cristo en la Catedral. Predica la Novena cada día a las 18:30 horas D. José Román Flecha, sacerdote profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca.
- Día 26: Escuela de Teología en el Salón Padre Feijóo a las 19:00 horas.
- Día 28: Asamblea diocesana de Catequistas en el Colegio Salesianos de 11:00 a 17:00 horas. Acompañados por el Sr. Obispo, participan 130 catequistas de nuestra Diócesis.
- En la parroquia de Nuestra Señora de Fátima el Sr. Obispo confirma a 30 jóvenes y 10 adultos. Queda inaugurado así el tiempo de confirmaciones en la Diócesis de Ourense.
- Día 29: Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.
- Día 30: Comienza la Novena en honor La Virgen de la Salud, en el convento de las Siervas de María Ministras de los enfermos. Predica la Novena cada día a las 20 horas el M.I. D. Miguel Ángel González García, Canónigo de la S. I. Catedral de Ourense.



DIÓCESIS
DE OURENSE
